JUAN AVILÉS

OSAMA BIN LADEN Y AL QAEDA

EL FIN DE UNA ERA

CATARATA

JUAN AVILÉS

OSAMA BIN LADEN Y AL QAEDA

EL FIN DE UNA ERA

CATARATA

Juan Avilés

Osama bin Laden y Al Qaeda

El fin de una era

Créditos

Juan Avilés

Catedrático de Historia Contemporánea de la UNED y autor de numerosos estudios sobre historia política y relaciones internacionales, entre sus últimas publicaciones se encuentran: "El nacimiento del terrorismo en Occidente", editado con Ángel Herrerín (Siglo XXI, 2008), "El terrorismo en España: de ETA a Al Qaeda" (Arco Libros, 2010) e "Historia del mundo actual: de la caída del Muro a la Gran Recesión", con Isidro Sepúlveda (Síntesis, 2010).

La investigación en que se basa este libro ha recibido el apoyo del Ministerio de Ciencia e Innovación mediante el proyecto “Terrorismo anarquista y terrorismo yihadí: un análisis comparativo” (HUM 2007-62394).

Diseño de cubierta: Estudio Pérez-Enciso

© Juan Avilés, 2011

© Los Libros de la Catarata, 2011

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

ISBN digital: 978-84-8319-655-7

ISBN libro en papel: 978-84-8319-608-3

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Capítulo 1. El terrorista millonario. ¿Era tan rico Osama bin Laden?

El primer documento de la CIA sobre Osama bin Laden que se conoce, un perfil biográfico redactado en 1996, lo describía como "uno de los más significativos patrocinadores financieros" del extremismo islámico. Y ocho años antes, el primer periodista que le dio a conocer por su heroico papel en la guerra de Afganistán, Yamal Jashogui, le había presentado como un muyahidin de familia acaudalada, "un famoso constructor saudí". Esa imagen se mantendría. Bin Laden es para muchos el terrorista millonario, el hombre que ha empleado su dinero en un proyecto fanático de destrucción. Su fortuna se ha convertido en un factor que agrava su culpa a ojos de quienes consideran comprensible, aunque no justificable, la violencia por parte del rebelde que ha conocido la miseria, pero ven como un juego perverso de un rico heredero esa promoción del terrorismo por parte de quien nunca ha tenido que preocuparse por sus medios de vida. La inicial referencia de un portavoz de la Casa Blanca al último refugio de Bin Laden en Abbotabad como una "mansión", un término que nadie utilizaría tras haber visto las fotografías de aquel caserón con aspecto de nave industrial en que el saudí encontró la muerte, respondió también a esa imagen.

Osama bin Laden no era además un millonario cualquiera, sino un millonario saudí, y ello evoca inmediatamente la imagen estereotipada del jeque petrolero que derrocha sus rentas en mansiones suntuosas, aviones privados, compras sin tasa y fiestas con prostitutas de lujo. Una imagen que, hemos de admitirlo, se basa en ejemplos reales. Nadie, sin embargo, ha encontrado prueba alguna de que Bin Laden haya llevado nunca ese tipo de vida, pues ha sido siempre un hombre austero, al que solo se le conocen dos pasiones: las mujeres y los caballos. Pero un buen musulmán saudí no necesita encuentros sexuales pecaminosos para hallar placer en

brazos de una mujer, pues cuenta con la posibilidad de cuatro esposas legales, que se pueden renovar mediante el divorcio. No se sabe si en el paraíso es posible divorciarse, lo que evitaría el tedio de toda una eternidad con las mismas setenta y dos huríes, pero en Arabía Saudí es una opción respetable y Mohamed bin Laden, el padre de Osama, tuvo sucesivamente no menos de veintidós esposas legítimas. El propio Osama se casó por primera vez a los diecisiete años, con una prima de quince, Najwa Ghanem, y a los treinta tenía ya cuatro esposas. En cuanto a la equitación, es difícil imaginar una afición más apropiada para quien quiso emular a los grandes guerreros de la tradición islámica. En cambio, ni siquiera en su primera juventud parece haberse sentido atraído por las diversiones occidentales que consideraba impías, como las noches de alcohol y flirteo. A veces se ha dicho que no siempre fue así y que durante su estancia en una elegante escuela libanesa disfrutó de los encantos de la noche en un Beirut todavía no devastado por la guerra civil. Parece sin embargo que por entonces tenía diez años, una edad en la que incluso los más precoces no suelen haber descubierto la vida nocturna.

El mayor de sus hermanastros, Salem bin Laden, sucesor de su padre como dirigente empresarial y patriarca familiar, respondía en cambio muy bien a nuestra imagen de un millonario árabe. Era un avispado hombre de negocios y tenía un gran don de gentes, que en particular le permitió ganarse el favor de la familia real, sin cuyo patrocinio es difícil prosperar en Arabia Saudí. Su historia la ha narrado un gran periodista, Steve Coll, en un libro indispensable para comprender a los Bin Laden y su mundo (Coll, 2008). Salem fue el único de sus hijos a quien Mohamed bin Laden hizo estudiar en Occidente, en un internado inglés, ya que le preparaba para sucederle y se daba cuenta de que en la segunda mitad del siglo XX un hombre de negocios saudí necesitaba una formación internacional. Así que Salem se encontraba tan a gusto en un encuentro con empresarios en los Estados Unidos como entre príncipes en una excursión por el desierto saudí, haciendo uso en ambos casos de su encanto personal y su simpática excentricidad, que le permitían hacerse perdonar cuando se propasaba. En la corte saudí ejercía un poco de bufón y sus bromas hacían reír de buena gana al propio rey Fahd, que era tan vividor como Salem. En Occidente se comportaba a veces como quien está convencido de

que todo se compra con dinero y estaba dispuesto a gastarlo. Sus grandes aficiones eran los aviones, de hecho era un piloto excelente, y las mujeres, con las que tenía éxito. En cierta ocasión le comentó al rey Fahd que iba a reunir a las cuatro novias occidentales que en ese momento tenía y proponerles que se casaran todas con él, ante lo cual el monarca se mostró escéptico. Y así lo hizo, pero solo aceptó una de ellas, la inglesa Caroline Carey, que siguió con él hasta el final e incluso se convirtió al islam, cumpliendo una promesa que hizo cuando estuvieron a punto de matarse los dos en un planeador que Salem pilotaba sobre el Nilo en un romántico atardecer. El propio Salem murió en 1988 en los Estados Unidos, cuando el avión ultraligero que pilotaba chocó contra unos cables.

Como se verá, en la historia de los Bin Laden las palabras Estados Unidos y aviones que se estrellan se han cruzado más de una vez. El padre de Salem, Mohamed bin Laden, había muerto también en un accidente en 1967, en el sur de Arabia, en un avión pilotado por un norteamericano y durante un viaje de trabajo. El contraste entre el heredero cosmopolita y su padre, un modesto inmigrante yemení que había creado la mayor empresa constructora del país partiendo de cero, es notable. En una foto de los años sesenta, este aparece como un hombre curtido por el trabajo al aire libre y de mirada astuta, tocado con el típico pañuelo beduino. La familia provenía de un pueblo enclavado en una garganta que corta el desierto de Hadramaut, en el actual Yemen, en una tierra pobre cuyos hijos a menudo emigraban. Así lo hizo Mohamed, que a comienzos de los años treinta encontró trabajo como albañil en la empresa ARAMCO, que por entonces iniciaba las prospecciones que en pocos años iban a poner en marcha la fabulosa industria petrolera saudí. Hombre emprendedor, no tardó en establecerse por su cuenta, al principio como subcontratista de la propia ARAMCO, hasta que encontró su gran cliente en la casa de Saud.

Por entonces hacía poco que Abdulaziz ibn Saud había proclamado, tras treinta años de combates y conquistas, el reino de Arabia Saudí, que, por cierto, es el único estado del mundo cuyo nombre lo identifica con la dinastía reinante, la casa de Saud. En cierto sentido se trataba de una restauración, puesto que un primer estado saudí había surgido a mediados del siglo XVIII, y vale la pena recordar su historia, porque su origen está vinculado a una interpretación

particularmente rigurosa del islam que se suele denominar wahabismo. Su fundador, Mohamed ibn Abdel Wahab, nacido en 1703 en la región central de la península Arábiga, el árido Neyed, fue un reformador religioso que pretendió imponer una versión del islam que condenaba como supersticiosas todas las prácticas piadosas que no tenían justificación coránica, tales como la peregrinación a las tumbas de los justos, y prohibía las prácticas profanas que podían distraer a los creyentes, tales como la música y la danza. Sus seguidores atacaban a los chiíes como herejes e inquietaban también a los suníes, mayoritarios en la península, con su intransigencia y sus actos violentos, como la destrucción de tumbas. Encontró, sin embargo, el apoyo del líder de un pequeño clan local, Mohamed ibn Saud, con quien selló en 1744 un pacto destinado a fundar un estado islámico basado en sus concepciones. Este pacto, mantenido por sus herederos, fue el origen de una expansión guerrera que llevó a los Saud a establecer su dominio sobre la mayor parte de la península, excluido su extremo meridional. Pero el poderío saudí fue destruido por las tropas de Mohamed Alí, el gran vasallo egipcio de los otomanos, a comienzos del siglo XIX. Los saudíes se vieron reducidos al dominio del Neyed y aun de allí fueron expulsados en 1892. El último heredero de la dinastía saudí se refugió en Kuwait, desde donde su hijo Abdulaziz ibn Saud emprendería el contraataque en 1902. Su primer éxito fue la recuperación de Riad, la anterior capital saudí, y su ascenso culminó con la toma de La Meca en 1924.

La proclamación del reino se produjo en 1932 y, al año siguiente, el rey Abdulaziz firmó con la Standard Oil de California el contrato que dio origen a ARAMCO y a la inmensa fortuna petrolera de los Saud y de su reino. Al margen de los placeres sexuales, a los que se dedicaba con entusiasmo, Abdulaziz era piadoso y austero. Se sintió atraído por ciertas novedades tecnológicas, como la radio y los automóviles, pero mostró poco interés por el desarrollo educativo y económico de su país. El petróleo bastaría para proveerles de fabulosos ingresos tanto a él como a sus sucesores, todos los cuales, hasta hoy, han sido hijos suyos: Saud, Faisal, Jaled, Fahd y Abdalá, quienes, como es lógico, han llegado al trono a una edad cada vez más tardía, ochenta y dos años en el caso de Abdalá. Y hasta hoy se ha mantenido la intransigencia religiosa inicial, de manera que en Arabia Saudí siguen rigurosamente prohibidas las misas, no se

pueden importar biblias ni cruces, ni tan siquiera árboles de Navidad, y una policía religiosa vigila el cumplimiento de los preceptos islámicos, persigue el alcohol y la música e impone sobre todo una estricta segregación entre los sexos. Las mujeres deben ir rigurosamente cubiertas, no pueden salir a la calle sin compañía y no pueden conducir un coche. Todo lo cual no ha impedido que Arabia Saudí haya sido un importante aliado de Occidente, sobre todo desde el encuentro del rey Abdulaziz y el presidente Roosevelt que tuvo lugar a bordo de un buque estadounidense en febrero de 1945 (Da Lage, 2006). Ni tampoco ha impedido que Osama bin Laden terminara por considerar que la casa de Saud no era suficientemente islamista.

La construcción de residencias principescas fue el primer paso en el ascenso de Mohamed bin Laden, que se ganó la confianza de los Saud y en 1950 fue nombrado director general de obras y construcciones del rey. Arabia Saudí no era tierra de empresarios y ello daba oportunidades a inmigrantes como el yemení Bin Laden, quien mostró su talento tanto para dirigir grandes obras como en el complejo juego de influencias de la corte. Sus relaciones fueron tan buenas con el rey Saud, a quien interesaban sobre todo los placeres de la vida, como con su hermanastro y sucesor el rey Faisal, personalmente austero y partidario de la modernización económica del reino desde una perspectiva rigurosamente conservadora. A la empresa de Bin Laden se le encargaron proyectos de excepcional importancia económica, incluidas grandes carreteras y remodelaciones urbanas, y también religiosa, en el caso de las obras de reconstrucción y ampliación de las mezquitas más sagradas del islam, las de Medina, La Meca y Jerusalén.

Los veintidós matrimonios de Mohamed bin Laden, si es que es esa la cifra exacta, no solo le permitieron tener siempre nuevas parejas, sino que a menudo le sirvieron para trabar lazos con personas influyentes, favoreciendo así sus negocios. El divorcio era el final inevitable de la mayoría de esos matrimonios, ya que un musulmán no puede tener más de cuatro mujeres legítimas a la vez, pero él no dejaba nunca en mala situación a sus ex esposas. Con la madre de Osama, Alia al Ghanem, de familia modesta libanesa, se casó durante un viaje en 1956, cuando ella tenía catorce años, y Osama, que nació al año siguiente en Riad, fue el único hijo que ambos

tuvieron, aunque solo uno de los siete que Mohamed tuvo ese año. Poco después llegó el divorcio y el patriarcal Mohamed organizó el matrimonio de su ex esposa con un empleado de nivel medio de su empresa, Mohamed al Attas, que parece haber sido un buen marido y un buen padre. Osama vivía en una casa de clase media con su madre, su padrastro y los hermanastros que fueron llegando, pero mantuvo siempre el contacto con la poderosa familia paterna y, a la muerte de Mohamed bin Laden, fue su heredero en la misma proporción que todos sus hermanastros.

La herencia, que consistía sobre todo en acciones de la empresa paterna, se repartió de acuerdo con la equitativa, aunque sexista, ley islámica. Las cuatro esposas del momento se repartieron una octava parte de las acciones y casi todo el resto se repartió entre los veinticinco hijos y las veintinueve hijas del patriarca, de manera igualitaria salvo que los varones recibieron una parte dos veces mayor que las de las mujeres. Por muy rico que fuera Mohamed, este tipo de reparto implica que ningún hijo pudo recibir una fortuna fabulosa. Así que podemos llegar a una primera conclusión: la riqueza personal de Osama bin Laden era importante, pero no fue la clave de su influencia. Sin embargo heredó algo más de su padre: la excelente red de conexiones de los Bin Laden. Como iremos viendo, incluso en la financiación de la resistencia afgana primero y del terrorismo antiamericano después, el papel más importante de Osama bin Laden no fue la aportación de capital propio, sino la canalización de donaciones ajenas.

El numeroso grupo de los Bin Laden mantuvo su cohesión patriarcal tras la desaparición de Mohamed, bajo la dirección de Salem y con una curiosa mezcla de tradición y modernidad. La mayoría de ellos, chicos y chicas, se sentían atraídos por las nuevas modas occidentales de los años setenta, por el pelo largo y la ropa moderna, que en el caso de los varones, con sus pantalones acampanados y sus chaquetas de amplias solapas, resulta hoy un poco hortera; por la música de los Beatles, de Jimmy Hendrix o los Rolling Stones, y por un estilo de vida más libre. Por otra parte, seguían siendo un clan saudí cuya prosperidad dependía de que se mantuviera su respetabilidad convencional, lo que imponía severos límites a su conducta pública en su propio país, sobre todo en el caso de las mujeres. La autoridad que sobre todos ellos ejercía el

primogénito Salem era además inimaginable en Occidente. Un piloto occidental que trabajaba para ellos y que se atrevió a dirigir la palabra a una hermana de Salem en presencia de este y sin su autorización se ganó, por ejemplo, un puñetazo. Por otra parte, el propio Salem organizaba viajes familiares en grupo para divertirse en el extranjero, entre ellos uno a Suecia, que dio origen a una fotografía que ha sido muy difundida tras los atentados del 11-S. En ella aparece un gran grupo de hermanos y hermanas, ellos con el pelo largo y ropa a la moda, ellas con el rostro y la cabellera al descubierto e incluso en manga corta, todos con aspecto de estar pasándoselo en grande. Cuando se publica esta fotografía en la prensa se suele indicar que en ella aparece Osama, pero según fuentes familiares se trata de un error, porque él no participó en ese viaje.

El joven Osama destacó pronto en el clan Bin Laden por su religiosidad. No era el único que manifestaba esa inclinación, que por otra parte resultaba de lo más normal, pues el islam estaba presente en todos los aspectos de la vida en Arabia Saudí. Para los negocios familiares era además conveniente que alguno de los hermanos fuera muy religioso, ya que algunos contratos dependían de la buena voluntad de los ulemas. Por otra parte el propio Osama nunca parece haberse atrevido a criticar el estilo de vida occidentalizado de Salem, que era el jefe de la familia, aunque sus inclinaciones fueran muy otras. Existen bastantes testimonios sobre sus años de adolescencia, que han sido recogidos por Steve Coll en su libro ya mencionado y por otro periodista, Peter Bergen, en una interesante biografía de Osama construida mediante citas directas (Bergen, 2007a). Esos testimonios coinciden en presentarlo como un muchacho tímido, muy educado y religioso. Estudió en la escuela Al Zagr, en la ciudad de Yedda, financiada por la casa real, el centro educativo más prestigioso de Arabia Saudí, en el que se educaban príncipes reales y otros miembros de familias influyentes junto con muchachos de origen modesto pero que habían sido capaces de superar los exámenes de ingreso. Uno de sus profesores ha contado que Osama no era uno de los alumnos que más destacaba en su clase, pero que, dado el elevado nivel medio de la escuela, podía considerársele un buen estudiante. En ella se enseñaba inglés y se proporcionaba una buena preparación en matemáticas, junto a la formación religiosa de rigor en el país.

A los quince años Osama se hallaba ya entre los alumnos más favorables a la interpretación rigurosa del islam, que en parte respondía a la tradición wahabí de Arabia Saudí, pero que estaba siendo promovida por profesores procedentes de otros países árabes que formaban parte del movimiento de los Hermanos Musulmanes. El país necesitaba profesores extranjeros y, puesto que el nacionalismo laico de Nasser era la mayor amenaza para la dinastía saudí, los Hermanos Musulmanes, perseguidos en Egipto, donde habían surgido, eran bienvenidos. Aunque su lectura política de la tradición islámica pudiera resultar a largo plazo subversiva para el régimen, ello no se percibía en aquel momento. Así que, aunque Osama fuera de aquellos alumnos que se dejaban la barba y se negaban a llevar las planchadas camisas blancas de su uniforme al estilo británico, porque le parecía contrario a la tradición, ello no le perjudicaba. Según un vecino y amigo, trataba de imponer a los hermanastros con los que vivía, hijos de su madre, el mismo estilo de vida islámico que él seguía y los reprendía si llevaban manga corta o miraban a la criada. Delante de él los amigos no contaban chistes verdes ni soltaban tacos y tampoco le parecía bien que se pusieran pantalones cortos para jugar al fútbol, un deporte que él mismo practicaba, pero con un atuendo islámicamente correcto. Aunque de pequeño le gustaban las películas del Oeste y por supuesto la serie televisiva Furia, protagonizada por un muchacho y un caballo, luego repudió el cine y la música, por ser diversiones contrarias a la interpretación rigorista del islam que él asumió.

En 1976 Osama bin Laden se matriculó en la Universidad Rey Abdulaziz de Yedda, en la que estudió economía, aunque no parece que llegara a concluir la carrera. Comenzó pronto a colaborar en las empresas familiares y sus ingresos por este motivo, unidos a la asignación que recibía por su patrimonio, lo convirtieron en un joven rico, que adquirió algunos coches de lujo. Según un testimonio, al dejar la universidad, Osama asumió la dirección de los proyectos de construcción que la familia tenía en La Meca. Su pasatiempo favorito era montar a caballo y no desdeñaba correr por el desierto con un todoterreno, pero su gran interés era ya el islamismo. Un compañero suyo ha narrado que por entonces ambos leyeron a Sayid Qutb, el intelectual islamista más influyente del siglo XX, que había sido ejecutado en su Egipto natal por su oposición al régimen de Nasser, y asistieron a conferencias de su

hermano Mohamed, que era profesor en la Universidad de Yedda. A sus hijos, Osama les prohibía la mayor parte de la programación televisiva, así como las cintas de Disney o Barrio Sésamo, pero, en cambio, los llevaba de acampada al desierto para que aprendieran a cabalgar y a cazar, se hicieran fuertes y se curtieran sin temor al frío de las noches pasadas al raso.

Su actitud ante las mujeres ajenas era la esperable en un islamista. Carmen, una mujer muy bella, de padre suizo y madre iraní, que se casó con Yeslam, uno de los hermanastros de Osama, del que luego se separó, y que acabó enemistada con los Bin Laden, ha dado un ejemplo de ello en un curioso libro que ofrece una visión desde dentro de aquel notable clan (Bin Ladin, 2004). Cuando a mediados de los años setenta llegó a Yedda para casarse, le sorprendió no solo la pobreza del lugar, sino sobre todo la ausencia de mujeres, que permanecían casi todo el tiempo encerradas tras los elevados muros de cemento de sus casas que las ocultaban de las miradas. Tan solo unas pocas figuras embozadas totalmente de negro revelaban la presencia femenina en aquella ciudad, en la que ella se sintió como un fantasma. En el interior de las viviendas, las mujeres de clase alta como las Bin Laden tenían una vida más libre, pero Carmen quedó impactada cuando una tarde las visitó Osama y, al abrir ella misma la puerta, sin velo, aquel joven torció la cabeza irritado. Al parecer nadie le había explicado hasta entonces que ni siquiera un familiar podía verle el rostro y es de suponer que otros cuñados no fueran tan recatados.

En definitiva, Osama bin Laden fue desde joven un hombre rico, pero sobre todo un hombre austero apegado a la tradición. Nunca experimentó una caída en el camino de Damasco que le condujera al islamismo radical, porque siempre fue así. Según le explicó a Peter Bergen el periodista saudí Yamal Jashogui, que le había tratado de joven, entonces ya era un fundamentalista: “No escuchaba música. No le daba la mano a una mujer. No fumaba. No veía la televisión, a menos que fueran las noticias. No jugaba a las cartas. No colgaba cuadros en las paredes”.

Capítulo 2. Afganistán y la conexión americana. ¿Ayudó la CIA a Bin Laden?

"¡Nosotros creamos al monstruo conocido como Bin Laden! ¿A qué escuela de terroristas fue? A la CIA." La afirmación es de Michael Moore, el conocido y polémico director de cine americano, y la colgó en su sitio en la red al día siguiente de los atentados de Nueva York y Washington; pero eso mismo se ha dicho tantas veces, antes y después del 11-S, que mucha gente ha llegado a creerlo, incluso en círculos islamistas. Lo han desmentido, sin embargo, personas que tenían información de primera mano, entre ellas, un militante yihadí casado con una española, el sirio Mustafá Setmarian, más conocido como Abu Musab al Suri, quien, en un texto colgado también en Internet, afirmó: "Es una gran mentira que los árabes afganos se formaran con el respaldo de la CIA, cuyos esbirros serían Bin Laden y Azzam. La verdad es que las agencias de espionaje saudíes sí tuvieron trato con Bin Laden y que elementos de su aparato sí enviaron asistencia desde Arabia Saudí" (Bergen, 2007a: 117).

Con toda probabilidad era Setmarian y no Moore quien estaba en lo cierto, pues no solo no existe ninguna prueba de que Osama bin Laden haya sido un hombre de la CIA, sino que esa hipótesis resulta poco verosímil en el contexto de lo que estaba sucediendo cuando el joven saudí se convirtió en líder de los "árabes afganos", es decir, de los voluntarios árabes que habían acudido a Afganistán para combatir a los soviéticos. El propio Bin Laden lo negó en una entrevista en Al Jazeera de diciembre de 1998, en la que el periodista le preguntó por las alusiones de los medios de comunicación internacionales a sus supuestos lazos con la CIA y la financiación que de esta habría recibido durante la yihad contra la Unión Soviética. Bin Laden replicó que se trataba de un intento de distorsionar lo ocurrido; que él, como buen musulmán, odiaba a los americanos, a los judíos y a los cristianos, y que simplemente se

había producido una coincidencia de intereses frente a un enemigo común: “Nosotros estábamos cumpliendo con nuestro deber, que era defender al islam en Afganistán, aunque ello coincidiera con los intereses americanos. Cuando los musulmanes luchaban contra los bizantinos, en medio de una feroz guerra entre bizantinos y persas, nadie en su sano juicio podría haber dicho que los musulmanes luchaban como agentes de los persas contra los bizantinos” (Lawrence, 2005: 87).

No hay duda, en cambio, de que la participación de Bin Laden en la lucha contra los soviéticos tuvo el respaldo directo de las autoridades saudíes. Poco después del 11-S el príncipe Turki al Faisal, que por entonces dirigía el servicio de inteligencia saudí, admitió en una entrevista con el periodista Yamal Jashogui que durante la guerra de Afganistán se había reunido un par de veces con Bin Laden en la embajada saudí en Islamabad. Y añadió: “No teníamos constancia de que mantuviera contactos con ningún organismo gubernamental extranjero, salvo con los pakistaníes” (Bergen, 2007a: 116). Uno de los colaboradores de Turki era un antiguo profesor de Bin Laden en la escuela de Yedda, Ahmed Badeeb, quien también se ha referido a las estrechas relaciones de Bin Laden con el servicio de inteligencia saudí y con la embajada (Coll, 2008: 295). Por otro testimonio sabemos que Bin Laden se mostraba en aquellos años respetuoso con la monarquía saudí, hasta el punto de cortar la conversación cuando alguien se atrevió a criticar en su presencia al rey Fahd por haber aceptado de la reina Isabel una condecoración ¡que contenía una cruz! (Bergen, 2007a: 115).

No hay ninguna razón para suponer que los dirigentes saudíes estuvieran dispuestos a reconocer después de los atentados del 11-S sus anteriores lazos con Bin Laden y, en cambio, hubieran querido ocultar el papel de la CIA. Hubo en realidad una confluencia de intereses entre los Estados Unidos, Pakistán y Arabia Saudí que les llevó a implicarse a fondo en el apoyo a la resistencia afgana contra los soviéticos, pero la ayuda americana, canalizada en buena medida a través de los pakistaníes, se dirigió a los propios muyahidines afganos y no al pequeño contingente de voluntarios árabes, que jugaron un papel muy limitado en aquella guerra y de los que nadie se acordaría si de aquel episodio no hubiera nacido Al

Qaeda. Todo lo cual exige una explicación detallada.

Los orígenes de la intervención soviética en Afganistán y de la posterior decisión de Washington de dar apoyo a la resistencia afgana se conocen bien, a partir de fuentes tanto rusas como americanas (Jones, 2009). A comienzos de los años setenta, Afganistán tenía escaso interés estratégico para ambas superpotencias, pero la situación cambió cuando en 1978 un golpe de Estado militar dio el poder a Muhamad Taraki, jefe del más radical de los dos partidos comunistas rivales existentes en el país. El nuevo régimen recibió el apoyo de Moscú, pero pronto se encontró en dificultades por la hostilidad de las áreas rurales más apegadas a las tradiciones, en las que estallaron revueltas. La respuesta del régimen fue de una gran dureza represiva, pero la lealtad al mismo de los soldados afganos era dudosa y las deserciones, e incluso el paso a la insurgencia, se hicieron muy comunes en sus fuerzas armadas. Por otra parte los líderes soviéticos no se mostraban partidarios de una intervención en apoyo de Taraki por el temor a que pudiera resultar contraproducente. La situación se deterioró rápidamente y una revuelta en Herat fue aplastada tras tres días de combates con un balance de 5.000 muertes, incluidas las de todos los asesores soviéticos que los rebeldes pudieron capturar. En septiembre de 1979 Taraki fue convocado a Moscú para debatir la situación y, a su regreso, fue depuesto y ejecutado por su vicepresidente, Hafizullah Amin, quien se convirtió en el nuevo líder. Los soviéticos desconfiaban de él, por creerle partidario de un acercamiento a los Estados Unidos, y a pesar de las advertencias de algunos generales acerca de la dificultad de la empresa, optaron en diciembre por una intervención militar, basando su decisión en el peligro que podía representar para su frontera sur la presencia de un régimen proamericano en Afganistán y también en la necesidad de contrarrestar el ascenso del islamismo radical, que podía contagiar a las repúblicas soviéticas de Asia central. Fue un inmenso error, que empantanó al régimen soviético en un largo conflicto que se saldó con una derrota.

La intervención se produjo en los últimos días del año 1979, con el despliegue de un fuerte contingente de tropas que apenas encontraron resistencia entre los seguidores de Amin, a quien

liquidaron, y el gobierno fue encomendado a Babrak Karmal, líder del otro partido comunista afgano. La conmoción en Occidente fue grande, pues era la primera vez que el ejército soviético intervenía fuera del área de influencia establecida con su victoria en la guerra mundial, y en Washington algunos temieron que aquello representara el primer paso en un proyecto de expansión soviética en el Medio Oriente. No era así, pero a medida que la insurrección antisoviética se extendía por el país, surgió una nueva oportunidad estratégica para los Estados Unidos, la de un Vietnam al revés que debilitara a su gran rival. Esa fue la lógica que llevó a Washington a un apoyo decidido a los insurgentes afganos, que se realizaría a través de Pakistán, un país fronterizo con Afganistán y tradicional aliado de Washington, que consideraba como una amenaza directa la consolidación de un régimen prosoviético en Kabul.

Para los musulmanes de todo el mundo, lo ocurrido fue una afrenta similar a la que suponía la hegemonía israelí en Palestina. En esta ocasión era una potencia atea la que había invadido la tierra del islam. Para la casa de Saud, a la que los pozos de petróleo otorgaban un gran poderío financiero, el apoyo a la causa afgana representaba una oportunidad para potenciar su papel de guardianes del islam en un momento en que había síntomas de que estaba surgiendo en el reino una oposición islamista radical. Muy poco antes, en noviembre de 1979 un grupo de rebeldes islamistas había ocupado la mezquita de La Meca y para someterlos fue necesario un asalto, en el que, junto a los saudíes, intervinieron en secreto comandos franceses, cuya participación se solicitó al gobierno de París. Los Bin Laden, siempre fieles a la casa real, contribuyeron al asalto con la maquinaria pesada que se utilizó para abrir acceso a los subterráneos en los que se habían atrincherado los rebeldes. Luego, cuando se produjo la invasión de Afganistán, la riqueza de los Bin Laden, como la de muchos otros acaudalados saudíes, se puso al servicio de la causa sagrada del islam. Los servicios de inteligencia saudíes comenzaron a colaborar con los pakistaníes en el suministro de dinero y armas a los rebeldes afganos y, además, trataron de establecer lazos directos con estos. Ese era el contexto en el que el joven Osama bin Laden, rico, bien relacionado y entregado a la causa islámica, podía desempeñar un papel importante. Al final aquello daría un nuevo rumbo a su vida, pues su participación en la yihad afgana marcó el rumbo que le

llevaría hacia el gran proyecto de una yihad global, pero en un primer momento el nuevo papel de Osama encajaba simplemente en la tradición familiar. De nuevo un miembro del clan iba a prestar un servicio relevante a los Saud.

La guerra afgana fue larga y cruel. El ejército regular afgano se desintegró, minado por las disensiones, y el peso de los combates lo llevaron las tropas soviéticas, que, sin embargo, nunca llegaron a disponer de los efectivos necesarios para una real ocupación del terreno. Podían controlar las ciudades, pero en las vastas áreas rurales del país, en las que se movían las guerrillas rebeldes, se limitaban a incursiones de castigo cuya ferocidad los enemistaba aún más con el grueso de la población. Los rebeldes contaban con las bazas de una retaguardia segura en territorio pakistaní y de una importante ayuda internacional, pero su única estrategia posible era la del lento desgaste del enemigo mediante incursiones y emboscadas que fueran minando la voluntad del Kremlin de mantener su intervención. La vida civil se hizo imposible en extensas áreas del país y ello provocó un masivo éxodo de refugiados hacia Pakistán, donde los jóvenes podían incorporarse a la guerrilla, y en menor medida hacia Irán y hacia las propias ciudades afganas, en especial Kabul, que triplicó su población. Las muertes afganas se estiman en muchos cientos de miles, mientras que el ejército soviético tuvo quince mil muertos.

La resistencia afgana estaba enormemente fragmentada e incluía desde facciones islamistas radicales hasta otras más moderadas. El servicio de inteligencia militar pakistaní, denominado en inglés Inter Services Intelligence Directorate (ISI), tuvo un papel crucial en la distribución de armas y suministros y trató de imponer una coordinación a la resistencia afgana, cuyos siete principales componentes llegaron a un acuerdo en 1984 en la ciudad pakistaní de Peshawar. Para entonces la preocupación del Kremlin iba en aumento y, en 1985, Gorbachov advirtió a Karmal que debía ir preparándose para una próxima retirada de las tropas soviéticas. Poco después el Kremlin optó por sustituirlo por un nuevo líder, el hasta entonces jefe de la policía secreta, Muhamad Najibullah.

La ayuda americana a los rebeldes afganos fue relativamente modesta en los primeros años, pero se incrementó a partir de 1984,

justo cuando una derrota soviética comenzaba a parecer factible. A partir de entonces la CIA se implicó a fondo, aunque eran habitualmente los servicios pakistaníes los que hacían llegar la ayuda a los rebeldes. Un paso decisivo se dio en 1986, cuando los muyahidines afganos recibieron los primeros misiles portátiles Stinger, que se guiaban hacia su blanco mediante la detección de fuentes de calor y eran capaces de abatir a los letales helicópteros soviéticos. Para entonces el propósito del presidente Reagan era forzar la retirada rusa de Afganistán, que se produciría finalmente en febrero de 1989, unos meses antes de que se vinieran abajo los regímenes comunistas de Europa central.

La contribución de Bin Laden y los voluntarios árabes a esa derrota fue modesta, pero en aquella lucha se forjaron los lazos en que se basaría Al Qaeda. El periodista saudí Yamal Jashogui calculó que el número de muyahidines árabes no pasaría de dos o tres mil en su mejor momento. Uno de ellos ha precisado que serían solo unos cien a finales de 1985, aunque en los años finales de la guerra llegaron a ser entre tres y cinco mil, de los que solo un máximo de quinientos se hallaban dentro de Afganistán, mientras que la gran mayoría desempeñaba tareas de apoyo al otro lado de la frontera pakistaní (Bergen, 2007a: 92-93). En definitiva, se trataba de unas cifras poco relevantes en un conflicto de la magnitud que tuvo aquel.

Una de las iniciativas en las que participó Bin Laden fue en la creación, a finales de 1984, de una Oficina de Servicios (Majtab al Jadamat) que asumió la tarea de canalizar el envío de voluntarios árabes a Afganistán. En ello colaboró con un personaje carismático que tendría una influencia decisiva en el nuevo rumbo que estaba tomando su vida, el palestino Abdulá Azzam. Nacido en Cisjordania, Azzam se exilió tras ser ocupada por Israel en 1967 y recaló en Arabia Saudí, donde era profesor de la Universidad de Yedda cuando Osama bin Laden era estudiante. Pronto obtuvo un gran prestigio en el mundo árabe por sus publicaciones, lo que no implica que pudiera evitar las dificultades económicas, y durante sus años en Yedda trabó amistad con el joven Osama. En 1981 Azzam se trasladó a la Universidad Islámica de Islamabad, en Pakistán, y desde allí se convirtió en el gran propagandista de la yihad afgana en todo el mundo. Viajó por Oriente Medio, Europa y

América del Norte para predicar la yihad y recaudar dinero y escribió diversos llamamientos muy leídos por los militantes islamistas.

El punto en el que Azzam insistía una y otra vez era el de la obligación personal y no solo colectiva de combatir en la yihad. En uno de sus textos más conocidos, Únete a la caravana, se expresó en estos términos: "La obligación de la yihad es hoy personal hasta que se alcance la liberación del último pedazo de tierra que estaba en manos de los musulmanes pero ha sido ocupado por los infieles" (Azzam, 1987). La importancia que esta doctrina tendría para la futura yihad terrorista global es que convertía a la guerra santa, tradicionalmente considerada como una tarea que competía a los gobernantes, en una empresa individual. Según él, la ocupación de una tierra musulmana por los infieles y la incapacidad de sus habitantes para expulsarlos hacían que la yihad se convirtiera en una obligación para todo musulmán, que este habría de cumplir sin tener que pedir permiso a nadie. Azzam no otorgaba a los gobiernos musulmanes la dirección de la yihad contra la Unión Soviética o contra Israel, que quedaba encomendada a la iniciativa individual de los voluntarios dispuestos a combatir. Advertía que quien estando en condiciones de combatir ignoraba su obligación individual de hacerlo, pecaba de la misma manera que quien no cumplía el ayuno preceptivo del ramadán. No era sin embargo un anarquista, pues destacaba que, aun en los casos en que se convertía en una obligación individual, la yihad debía ejercerse en grupo y bajo la autoridad de un jefe: "La yihad es un acto colectivo de culto y todo grupo debe tener un líder. La obediencia al líder es necesaria en la yihad y por tanto cada persona debe adaptarse a obedecer siempre al líder". Por otra parte, su llamamiento a la lucha no implicaba solo la liberación de Afganistán y Palestina, sino que se extendía a la recuperación de todas las tierras que habían sido algún día musulmanas, incluido expresamente Al Ándalus.

Uno de los principales objetivos de la Oficina de Servicios fundada por Azzam y Bin Laden en 1984 era la recaudación de fondos. El propio Osama hizo una contribución personal importante, pero su papel fundamental fue el de ponerse en contacto con los piadosos y acaudalados saudíes que estaban dispuestos a contribuir a la causa del islam en Afganistán. Y, en términos generales, la recaudación de

fondos privados, como sabe cualquier ONG, depende de la eficacia de la propaganda. A ese fin Azzam y Bin Laden crearon la revista Yihad, que según uno de sus colaboradores llegó a alcanzar una tirada de setenta mil ejemplares. Yihad contribuyó a revitalizar el viejo concepto de guerra santa con llamamientos como el siguiente: "La yihad en el nombre de Dios significa matar a los infieles en el nombre de Dios y elaborar el estandarte de su nombre. No queremos que esta gran yihad se quede en palabras pronunciadas en estrados o en artículos publicados en periódicos. La yihad se hace conforme a la voluntad de Dios solo si se combate al infiel con la espada hasta que se someta al Islam" (Bergen, 2007a: 86).

Por consejo de Azzam, Bin Laden, que el año anterior se había casado con su tercera esposa, se instaló en 1986 con sus mujeres e hijos en Peshawar, la ciudad pakistaní cercana a la frontera que se había convertido en la principal base de retaguardia para la resistencia afgana. En el plano doctrinal Azzam era el maestro y Bin Laden, el discípulo. Y fue Azzam quien más contribuyó al concepto de una yihad global para liberar todas las tierras del islam y a esa retórica del martirio, basada inicialmente en los casos de los voluntarios que habían hallado la muerte en Afganistán, que sería más adelante uno de los rasgos distintivos de Al Qaeda. Por su parte, Osama demostró las cualidades empresariales habituales en su familia en temas como la recaudación de fondos, la gestión de la propaganda e, incluso, el empleo de maquinaria pesada suministrada por su empresa en la construcción de una base fortificada en la región afgana cercana a Peshawar. Quiso también implicarse a fondo en el suministro de armas y para ello pidió ayuda a su hermanastro Salem, el patriarca familiar. Los Estados Unidos no proporcionaban armamento a los voluntarios árabes, por considerarlos irrelevantes desde el punto de vista militar, pero parece que Salem, en parte con fondos proporcionados por las autoridades saudíes, logró comprar en el mercado negro misiles soviéticos portátiles y munición para fusiles de asalto chinos.

Su base fortificada la construyó cerca de la ciudad de Yayi, en las montañas de Tora Bora, al sureste del paso de Jiber que enlaza Kabul con Peshawar, y que ha sido tradicionalmente la ruta por la que los conquistadores procedentes de Asia central penetraban en el valle del Indo. La denominó Guarida del León (Masada) e incluía

fortificaciones subterráneas, para cuya construcción se utilizaron en parte cuevas naturales. Era la primera base permanente de los voluntarios árabes en territorio afgano, una decisión que chocaba con la línea impulsada hasta entonces por Azzam, quien prefería que los voluntarios se incorporaran a unidades guerrilleras afganas. La creación de una base permanente implicó un gran coste económico y ofrecía un objetivo evidente para los ataques soviéticos, aunque sin duda resultaba útil para proteger una importante ruta de entrada de suministros para los muyahidines afganos. Bin Laden parecía además tener interés en crear una legión árabe bajo su control, quizá pensando en el futuro de la yihad global. Se instaló allí con algunos voluntarios, muchos de ellos saudíes y otros procedentes de distintos países árabes. Algunos eran militantes del grupo egipcio Yihad Islámica, que había lanzado en años anteriores una campaña de atentados en su país, entre los que destacaban dos antiguos oficiales de policía: Amin Alí al Rashidi, conocido como Abu Ubaida al Banshiri, y Mohamed Atef, conocido como Abu Hafs al Masri, que más tarde serían dos de los fundadores de Al Qaeda. En particular, Abu Ubaida demostró una capacidad militar que le ganó la confianza de Bin Laden.

Fue en torno a la Guarida del León, en las áridas y polvorientas montañas de Tora Bora, nombre que apropiadamente significa "polvo negro", donde en la primavera de 1987 tuvo lugar la llamada batalla de Yayi, que si bien tuvo muy escasa trascendencia en el plano bélico, fue en cambio decisiva para que se forjara la leyenda heroica de los árabes afganos. La realidad de aquel combate, luego magnificado en el recuerdo, ha sido reconstruida por Lawrence Wright en su excelente libro sobre Al Qaeda (Wright, 2006: 110-120). Tras algunas escaramuzas, las tropas soviéticas habían decidido destruir la posición; durante semanas la sometieron a un intenso bombardeo, hasta que Bin Laden optó por ordenar la retirada, tras haber destruido las armas y el material que no pudieron llevar consigo. Era una humillante derrota, pero cuando los desmoralizados árabes llegaron al cercano campamento de un comandante afgano, este les ordenó que retomaran la posición con ayuda de algunos de sus hombres. Tras el regreso a la base, cuya destrucción debía de haber representado un duro golpe para Bin Laden, este cedió el mando a Abu Ubaida, pero él mismo demostró su valor en el combate, que resultó victorioso: los soviéticos,

carentes en aquel momento de apoyo aéreo, se retiraron. Era la primera victoria destacada de los voluntarios árabes y el recuerdo de aquel día contribuiría a la convicción de Al Qaeda de que con la ayuda de Dios era posible derrotar a los enemigos más poderosos.

Al prestigio que Bin Laden y sus muyahidines adquirieron en la Guarida del León contribuyó su habilidad para promocionarse en los medios de comunicación mediante visitas organizadas de periodistas. El saudí Yamal Jashogui, a quien hemos mencionado varias veces, lo entrevistó allí en 1987 y, en un artículo publicado al año siguiente, reveló por primera vez su gesta al público árabe. Y también lo visitó en su guarida el director de cine egipcio Essan Deraz, que fue su primer biógrafo y contribuyó a forjar la imagen pública de un hombre que había renunciado a los privilegios de la riqueza para vivir como un combatiente más y que estaba dispuesto a morir por la causa del islam. Osama bin Laden tenía entonces treinta años.

Capítulo 3. Hacia la ‘yihad’ global. ¿Cómo nació Al Qaeda?

“Más allá de su pequeño grupo, Bin Laden no tenía una organización formal hasta que los americanos se inventaron que tenía una.” Esa es la tesis que sostenía Adam Curtis en un documental para la BBC del año 2004, The power of nightmares. A Al Qaeda se la habrían inventado los Estados Unidos para responsabilizarla de los atentados contra sus embajadas de Kenia y Tanzania en 1998; pero, en realidad, no se trataría de una gran organización de alcance global dirigida por el jeque saudí, sino que este no sería sino uno más entre los muchos líderes del fragmentado islamismo radical. Así formulada, la tesis resulta excesiva, pero el debate sobre la naturaleza de Al Qaeda no ha cesado en los últimos años entre quienes creen en la existencia de una poderosa organización jerárquica, quienes lo dudan y quienes piensan que lo fue en los años previos a los atentados del 11-S pero ha dejado de serlo.

Como punto de partida para el análisis de esta cuestión es conveniente dar la palabra al propio Bin Laden, quien se refirió al tema en una famosa entrevista en Al Jazeera, que se grabó pocas semanas después del 11-S y fue emitida por la cadena catarí en enero del 2002. Cuando le planteó el tema su entrevistador, Taysir Alluni, un periodista sirio nacionalizado español que más tarde sería condenado por la Audiencia Nacional como miembro de la célula española de Al Qaeda, Bin Laden respondió con un largo párrafo del que vale la pena extractar algunas afirmaciones: “Somos los hijos de la nación islámica, cuyo líder es el profeta Mahoma […]. La situación no es pues la que describe Occidente: que hay una ‘organización’ con el nombre específico de ‘Al Qaeda’ y demás. Ese nombre en concreto es muy antiguo y surgió de manera ajena a mí. El hermano Abu Ubaida al Banshiri creó una base militar para entrenar a los jóvenes que querían luchar contra el imperio

soviético, que era verdaderamente despiadado, arrogante y brutal y aterrorizaba a los creyentes. Así es que el lugar se denominó 'la Base" [en árabe, Al Qaeda], como una base de entrenamiento, y el nombre viene de ahí. Nosotros no estamos al margen de la Umma [la comunidad de los creyentes]. Somos los hijos de la Umma y parte inseparable de ella […]. Estos jóvenes que se han sacrificado en Nueva York y Washington, ellos son los que expresan verdaderamente la conciencia de nuestra Umma, que comprende que es imperativo vengarse de los malvados y los transgresores y los criminales y los terroristas que aterrorizan a los verdaderos creyentes. […] Así es que Estados Unidos e Israel practican un terrorismo malvado y nosotros practicamos un buen terrorismo porque les disuade de matar a nuestros hijos en Palestina y otros lugares" (Lawrence, 2005: 119-120).

Al margen de su implícita reivindicación de los atentados del 11-S, presentados como un ejemplo de "terrorismo bueno", lo más notable de estas palabras es su intento de restar importancia a Al Qaeda como grupo diferenciado. Bin Laden no quería presentarse como el líder de una organización específica, sino como parte de la gran comunidad musulmana, por cuyos objetivos se habían supuestamente sacrificado los terroristas suicidas del 11-S. Su retórica se asemeja a la de aquellos partidos que niegan ser tales porque se presentan como la expresión de la comunidad nacional, algo de lo que en Europa tenemos bastante experiencia. Pero en cuanto al origen de Al Qaeda, en el que efectivamente desempeñó un papel el egipcio Abu Ubaida, Bin Laden no se apartaba mucho de la realidad.

Hoy lo conocemos bien, a través de algunos testimonios personales y, sobre todo, de un archivo informático, denominado "Tareekh Osama" (es decir, "la historia de Osama"), que fue encontrado en marzo del 2002 durante un registro de la sede de una ONG musulmana en Sarajevo, Benevolence International Foundation, y que contiene reproducciones fotográficas de varios documentos. Un extracto del mismo fue presentado durante el juicio en los Estados Unidos de su director, el sirio Enaam Arnaout, que había participado en la batalla de Yayi (USA versus Arnaout: 29-38).

Entre esos documentos se encuentra una nota sobre una

conversación entre “Abu al Ridha” (es decir, Mohamed Baiziz) y “el jeque” (es decir, Bin Laden). Abu al Ridha, quien redactó la nota y parece haber tomado la iniciativa, era un joven sirio que en 1985 había abandonado sus estudios de ingeniería en Kansas City y había volado a Islamabad para sumarse a la yihad afgana. Ambos constataron que las disensiones internas habían debilitado la cohesión del grupo de combatientes que se había agrupado en torno al “jeque Abdulá”, es decir, el doctor Abdulá Azzam, y concluyeron que había que partir de cero. Su plan era fundar “un nuevo grupo militar”, integrado por un campo de entrenamiento general, otro especial y una base (qaeda) que en seis meses podría contar con 314 combatientes entrenados. Abu al Ridha observó que el proyecto podía interesar a los egipcios, en referencia a Abu Ubaida y demás militantes de la Yihad Islámica, enfrentados con Azzam pero muy estimados por Bin Laden, quien le explicó que él hasta entonces no había tratado de formar un nuevo grupo. Una semana después se celebró una amplia reunión en la residencia de Bin Laden en Peshawar, en la que se eligió un consejo consultivo, encabezado por “el jeque Osama” y por Abu Ubaida, y se acordó que los voluntarios que destacaran durante su entrenamiento en el campo podrían incorporarse a “la base militar” (Al Qaeda al Askariya). El objetivo de Al Qaeda, que quedó definida como una “facción islámica organizada”, sería “difundir la palabra de Dios y llevar a la victoria a su religión”. A mediados de septiembre la nueva organización contaba con treinta miembros (Tareekh Osama Memo).

Aunque los documentos de la “historia de Osama” consisten en notas muy esquemáticas, cabe deducir de ellos que Azzam se incorporó a la naciente Al Qaeda, pero que algunos de los “hermanos” mostraban cierta reticencia hacia él y le pedían una clarificación de su postura. Se menciona también una significativa alusión a la necesidad de “prestar atención al monoteísmo” por parte de Al Qaqa, apodo usado por Bin Laden, que parece una prueba de su creciente radicalismo religioso, pues solo puede entenderse como una muestra de desconfianza hacia aquellos musulmanes que no se atuvieran a la estricta interpretación del monoteísmo que era propia de la tradición wahabí.

Según algunos testimonios de personas que estuvieron en contacto con Al Qaeda en sus inicios, la iniciativa no había partido del

propio Bin Laden, sino de los egipcios Abu Ubaida y Abu Hafs, que quisieron contar con el poderío financiero del saudí para impulsar su proyecto (Bergen, 2007a: 132-146). En ese caso habría que concluir que Abu al Ridha, el sirio de Kansas City, habría hecho la propuesta a Bin Laden en nombre de los egipcios. Y lo cierto es que el respaldo financiero se obtuvo, pues en el archivo informático citado aparece un documento titulado "La cadena de oro", en el que figuran veinte nombres, se supone que de donantes, seguidos de otros nombres entre paréntesis, que corresponderían a quienes recabaron tales donaciones. En siete de los casos el nombre entre paréntesis es el de Osama, que habría recibido, entre otras, una donación de los hermanos Bin Laden.

A la altura de 1988 las relaciones entre Azzam y el grupo egipcio eran muy tensas, especialmente en el caso de uno de sus miembros más influyentes, el doctor Ayman al Zawahiri, quien no participó en las primeras reuniones de Al Qaeda, pero que terminaría siendo su número dos. Nacido en 1951, Al Zawahiri procede de una distinguida familia egipcia: su abuelo paterno fue imán de la mezquita de Al Azhar, centro de la ortodoxia suní, y su abuelo materno fue rector de la Universidad de El Cairo, en la que el propio Ayman concluyó sus estudios de medicina en 1978. Muy religioso desde niño, a los dieciséis años se incorporó a una célula de una organización islamista clandestina y, en la dura represión que siguió al asesinato del presidente egipcio Anwar el Sadat, fue condenado a tres años de cárcel. Liberado en 1984, se trasladó dos años después a Peshawar, la ciudad pakistaní cercana a la frontera desde la que se coordinaba la resistencia afgana (Raphaeli, 2002).

Allí conoció a Bin Laden, sobre el que parece haber ejercido una gran influencia, y se enfrentó dialécticamente con Azzam. Para el palestino, la yihad contra los ocupantes infieles tenía máxima prioridad, mientras que el egipcio era ante todo un islamista enfrentado al gobierno de su propio país. Azzam no quería que los voluntarios árabes tomaran partido entre las diferentes facciones de la resistencia afgana y en particular sentía una gran admiración por Ahmad Sha Masud, que era uno de los más eficaces comandantes guerrilleros pero no un islamista radical, a diferencia de su más claro rival en el seno de la resistencia, Gulbudin Hekmatiar, a quien apoyaba en cambio Al Zawahiri. Según algunos testimonios, Al

Zawahiri tenía una mentalidad takfir, es decir que se mostraba inclinado a condenar por apostasía a aquellos musulmanes que no compartían su particular y rigurosa interpretación del islam. A veces se ha sostenido, y de vez en cuando aparecen referencias a ello en la prensa, que existe una secta clandestina takfir heredera de un grupo egipcio de los años setenta, e incluso se ha afirmado que Al Zawahiri pertenecía a ella, pero no parece que sea así: se trata de una actitud más que de una organización (Cozzens, 2009). Según un testigo, Al Zawahiri llegó a decir que no era lícito participar en la plegaria junto a Azzam (Bergen, 2007a: 125).

Resulta por otra parte notable comprobar que en abril de 1988, unos meses antes de las mencionadas reuniones en que se formó Al Qaeda, el propio Azzam utilizó el término qaeda en un artículo publicado en la revista Yihad, cuya vinculación a la Oficina de Servicios fundada por él mismo y Bin Laden ya hemos mencionado. Su título era "Al qaeda al sulbá" ("La base sólida") y su argumentación era la siguiente: "Todo principio necesita una vanguardia que lo lleve adelante y, mientras penetra en la sociedad, cargue con tareas gravosas y sacrificios enormes. No hay ideología, terrenal o celestial, que no exija una vanguardia de ese tipo, que dé todo lo que posee para lograr la victoria de esa ideología. […] Esa vanguardia constituye la base sólida [al qaeda al sulbá] de la sociedad que se espera" (Bergen, 2007a: 132). Ese artículo lo tuvieron que leer sin duda los fundadores de Al Qaeda y, en ese caso, el término no se eligió por casualidad y no aludía solo a una base militar, sino a una vanguardia destinada a preparar el advenimiento de una sociedad acorde con la auténtica tradición islámica. Una vanguardia revolucionaria, podríamos decir, porque la influencia del concepto leninista del partido como vanguardia del proletariado parece más que probable, como lo sugiere la alusión de Azzam a las ideologías terrenales. Al Qaeda no era la primera organización armada que se concebía como vanguardia islamista, pero fue la primera que trascendió las fronteras nacionales para englobar a militantes de diversos países árabes. A ello contribuyeron los lazos que se habían forjado en la yihad afgana y Abdulá Azzam, el gran predicador de esa yihad, puede ser considerado como uno de los principales promotores de Al Qaeda, aunque ello no implique hacerle retrospectivamente responsable de los atentados indiscriminados y masivos que la harían tristemente

célebre. No tuvo responsabilidad alguna en ellos, porque fue asesinado mucho antes de que se cometieran.

El viernes 24 de noviembre de 1989, el automóvil en el que Azzam y dos de sus hijos se dirigían a una mezquita de Peshawar fue destrozado por una bomba accionada a distancia y los tres murieron. Ese crimen nunca se ha esclarecido y sobre su autoría intelectual hay teorías para todos los gustos; incluso hay quien ha sospechado de que el propio Bin Laden pudiera haber estado implicado. Creo que esto último se puede descartar, aunque solo sea porque su participación en el asesinato de quien había sido su mentor y gran impulsor del apoyo árabe a la yihad afgana habría supuesto un golpe irreparable a su prestigio moral en caso de haberse conocido. Al Zawahiri, que se había opuesto a Azzam, es un sospechoso algo mas verosímil, aunque parece que en el funeral se le vio muy afectado y no es probable que fingiera. Pudiera haber sido también una venganza de los comunistas afganos y, por supuesto, no falta quien suponga la intervención del Mosad, dada la vinculación de Azzam con Hamás, pero ninguna de las dos hipótesis parece sólida. Más sentido habría tenido que el inductor fuera Hekmatiar, el jefe de la facción más radicalmente islamista de la resistencia afgana, quien, en la perspectiva de un ya muy probable triunfo frente a un régimen comunista debilitado por la retirada soviética, podía estar preparándose para la lucha por el poder entre las fuerzas guerrilleras y que, con la muerte de Azzam, privaría al comandante Masud de un apoyo externo que podía ser importante en el plano de la propaganda. Es probable que nunca sepamos la verdad (Bergen, 2007a: 152-158).

Poco después del asesinato de Azzam, Bin Laden partió de Pakistán. Según Yamal Ismail, un periodista palestino que trabajó en la revista Yihad, se trató de una decisión impuesta por la primera ministra Benazir Bhutto, que protestó ante el rey Fahd cuando supo que Bin Laden había proporcionado dinero para comprar votos en una moción de censura contra ella en el parlamento pakistaní. En vista de ello, los saudíes le habían obligado a regresar y le habrían retirado el pasaporte, para evitar que saliera de Arabia Saudí (Bergen, 2007a: 158). Pero esto no supuso el fin de la actividad de Al Qaeda en Pakistán, que siguió entrenando a voluntarios árabes para que participaran en la yihad contra el régimen comunista

afgano.

Uno de esos voluntarios, Noman Benotman, un libio procedente de una familia vinculada a la monarquía que se había visto marginada por el régimen de Gadafi, ha dejado un testimonio interesante de ello en una entrevista con Peter Bergen. Benotman huyó de Libia en 1989 para salvarse de la gran redada contra los islamistas que había lanzado Gadafi y acabó en un campo de entrenamiento cerca de Jost, en el este de Afganistán, cuyos instructores, miembros de Al Qaeda, aplicaban el duro régimen que parece imprescindible para que un civil se transforme en pocas semanas en un combatiente. Tras ello participó en el asedio de la ciudad de Jost, encarnizadamente defendida por los comunistas, y observó una diferencia entre los afganos, que deseaban reconquistar su país, y los voluntarios árabes, que iban allí para morir y, por tanto, no les importaba afrontar los mayores peligros, una experiencia que le pareció fantástica (Bergen, 2007a: 159-160). Al parecer, el culto a la muerte promovido por Al Qaeda tenía su atractivo para algunos.

Osama bin Laden se hallaba de regreso en su país natal cuando en agosto de 1990 el dictador iraquí Sadam Husein ocupó con sus tropas Kuwait. La propia Arabia Saudí parecía amenazada, y la posibilidad de que Sadam llegara a imponer su hegemonía en la estratégica región del Golfo, con sus inmensas reservas de petróleo, inquietó al mundo. Desde la perspectiva islamista, Sadam representaba un ejemplo de tirano laico, de falso musulmán, y la reacción de Bin Laden fue ofrecer al régimen saudí la formación de un cuerpo de voluntarios dispuestos a defender la península Arábiga de los invasores iraquíes. La oferta fue rechazada y el alarmado rey Fahd recurrió a una protección mucho más segura, la de los Estados Unidos. Para ello autorizó el despliegue de tropas americanas en su territorio, que se convirtió en la base principal para el ataque contra los ocupantes iraquíes, con autorización del Consejo de Seguridad y con la participación de una amplia coalición internacional liderada por Washington, que condujo a la liberación de Kuwait en 1991. La decisión de permitir que tropas infieles hoyaran la tierra sagrada de la península Arábiga condujo, sin embargo, a la ruptura de Bin Laden con la casa de Saud, aunque las buenas conexiones de su familia evitaron que su disidencia fuera duramente castigada. Según su antiguo guardaespaldas, le concedieron un pasaporte para que

viajara a Pakistán, liquidara sus inversiones allí y regresara inmediatamente (Bergen, 2007a: 165). Lo cierto es que nunca volvería a su país.

Su estancia en Pakistán fue breve. El régimen comunista afgano se hundió en la primavera de 1992 y la desaparición del enemigo común acentuó la discordia entre las distintas facciones de los muyahidines, que se encaminaron hacia una guerra civil en la que Bin Laden no quiso tomar partido. El gobierno pakistaní deseaba desembarazarse de unos huéspedes que ya no le eran útiles y podían causarle problemas diplomáticos, así que muchos voluntarios, entre ellos la mayoría de los saudíes, volvieron a su país, pero otros, como los egipcios, los sirios, los iraquíes o los libios, enfrentados a sus propios gobiernos, no tenían esa opción. Para el propio Osama, el regreso a Arabia Saudí suponía la renuncia a toda actividad no aprobada por las autoridades.

Una opción atractiva surgió en Sudán, donde el régimen de Omar al Bashir había adoptado un línea islámica radical, cuyo inspirador ideológico era el doctor Hasan al Turabi, y, tras recibir una invitación, se instaló allí con varios de sus colaboradores. Una vez más sus recursos financieros le resultaron útiles. Emprendió proyectos de construcción convenientes para el gobierno sudanés, invirtió en negocios agrícolas y subvencionó a aquellos de sus seguidores que le siguieron allí. Jartum, la capital sudanesa, se convirtió en la base de operaciones de Al Qaeda. Allí se estableció Al Zawahiri con otros militantes de la Yihad Islámica egipcia, una organización que se fundió con la propia Al Qaeda.

Existen varios testimonios de la vida de Bin Laden en Jartum. El imán de la mezquita a la que acudía para orar lo describió como un buen musulmán, un hombre sencillo y piadoso que, a pesar de su riqueza, hacía comidas modestas y dormía en el suelo sobre unas mantas. Wisal al Turabi, esposa del líder islamista sudanés, tuvo ocasión de conocer a dos de las esposas de Bin Laden y gracias a ello ha podido desvelar algo de la poco conocida vida familiar del jeque. Le causó una favorable impresión la segunda esposa, que, según la costumbre árabe, era conocida por el nombre de su primer hijo como Um Alí, es decir, madre de Alí. La describió como una mujer culta que había estudiado en su país, Arabia Saudí, y

explicaba el islam a mujeres sudanesas de buena familia. Se trataba de Jadicha Sharif, que se casó con el jeque en 1983 y le dio tres hijos, pero acabó por pedirle el divorcio. También conoció a la primera esposa siria de Bin Laden, su prima Najwa Ghanem, que, aunque no era tan culta, tenía a ojos de Wisal el mérito de no quejarse de que su marido hubiera tomado otras esposas, como era frecuente que se quejaran las mujeres de la nueva generación. Por otra parte admiraba la piedad del propio jeque, que había elegido para sus segundas, terceras y cuartas nupcias a sendas solteronas, lo cual resulta meritorio en la tradición islámica. Unas solteronas con buena formación universitaria, pues, según otro testimonio, la tercera, Um Hamza (es decir, Jairiá Saber), con quien se casó en 1985, era doctora en filología árabe; y la cuarta, Um Jalid (es decir, Siham Saber), con quien se casó en 1987, lo era en jurisprudencia islámica (Bergen, 2007a: 186-197). El divorcio con Jadicha le permitió a Bin Laden tomar en el 2000 una nueva esposa, la yemení Amal al Sadah; cuando se casaron tenía dieciocho años y le demostró su amor en un último gesto cuando intentó interponerse ante los comandos que iban a matarlo y resultó herida en una pierna.

A Bin Laden lo habían intentado matar también en Jartum, en un tiroteo contra su residencia en el que varios asaltantes resultaron muertos, pero los detalles de este atentado nunca se han esclarecido, aunque se ha apuntado que fue obra de un grupo islamista rival. Por otra parte, él mismo enviaba desde Jartum a agentes encargados de evaluar las posibilidades de acción en lugares como Somalia, Kenia y Yibuti. No consta en cambio que tuviera relación directa con el primer atentado islamista en suelo de los Estados Unidos, en 1993, cuyo objetivo fue ya el World Trade Center de Nueva York y que, efectuado mediante una furgoneta cargada de explosivos, causó seis muertes. Lo cierto es que aquel atentado incrementó la preocupación internacional por el terrorismo islamista, al mismo tiempo que Bin Laden comenzaba a adquirir la reputación de ser uno de sus promotores, lo que acabaría por convertirlo en un huésped incómodo para el gobierno sudanés.

Las autoridades saudíes trataron de convencerle de que cesara en sus actividades subversivas, se reintegrara a su patria y pidiera perdón al rey Fahd, y para ello enviaron como intermediarios, en

sucesivas visitas a Jartum, a su tío, a varios de sus hermanos y a su propia madre. Pero Osama se mantuvo inflexible. Ante ello el gobierno saudí le privó de la ciudadanía en abril de 1994 e impidió que siguiera recibiendo los intereses de sus acciones en la empresa familiar, con lo que su famosa fortuna personal, que no se había incrementado con sus poco rentables inversiones en Sudán, dejó de constituir un as en su mano. En nombre de los Bin Laden el nuevo patriarca, su hermanastro Mohamed, expresó la condena de los actos que hubiera podido cometer. Ante la presión de Arabia Saudí, de Egipto y de los Estados Unidos, el gobierno de Jartum optó por hacerle saber que deseaba que se alejara del país. Osama bin Laden era ya un proscrito y buscó refugio en el país donde había nacido su leyenda, en Afganistán. En mayo de 1996 voló a Jalalabad.

Capítulo 4. El salafismo yihadí. ¿Es el islam responsable?

En el verano de 1996, al poco de haberse establecido en Afganistán y unos meses antes de que los talibanes asumieran el poder en Kabul, Bin Laden escribió un largo texto, a veces denominado "Epístola ladenesa", en el que proclamó la yihad contra los Estados Unidos de América (Bin Laden, 1996). Se publicó en agosto de ese año en un periódico árabe de Londres, Al Quds al Arabi, y argumentaba, con abundantes citas coránicas y de tratadistas musulmanes, la necesidad de expulsar a "los infieles de la península Arábiga", al considerar que el establecimiento de bases militares americanas en la tierra de Medina y La Meca, autorizado por la monarquía saudí tras la invasión de Kuwait por Sadam Husein, suponía una traición al islam. Pero su denuncia no se circunscribía a la situación en su país natal, sino que planteaba una respuesta global a lo que él presentaba como la persecución de los musulmanes por sus enemigos sobre todo en Palestina y en Irak, y también en Líbano, Tayikistán, Birmania, Cachemira, Assam, Filipinas, Somalia, Eritrea, Chechenia y Bosnia. Es decir que cualquier conflicto en que comunidades musulmanas se enfrentaran a gentes de otras creencias, incluidos hinduistas y budistas, era presentado como un caso más de una conspiración mundial encabezada por "los sionistas y los cruzados", que, bajo la cobertura de las "inicuas Naciones Unidas" y con falsas apelaciones a los derechos humanos, habían hecho del pueblo del islam el principal objetivo de sus agresiones.

Proclamaba además que la monarquía saudí había perdido su legitimidad no solo por haber permitido la entrada de las tropas americanas, sino también por haber introducido una legislación humana al margen de la ley de Dios (la sharia). Reclamaba, pues, el establecimiento de un Estado islámico en Arabia, que a su vez serviría de base para destruir el Estado sionista que ocupaba

Palestina. Sin embargo admitía que, debido al desequilibrio de fuerzas, no era posible una guerra convencional para expulsar a los cruzados de Arabia, por lo que habría que recurrir a la lucha guerrillera. Los jóvenes que murieran en esa lucha serían mártires a los que Dios recompensaría generosamente en el paraíso, donde setenta y dos huríes los recibirían.

Año y medio después, en febrero de 1998, Bin Laden dio a conocer un segundo documento doctrinal, esta vez suscrito también por Al Zawahiri y otros tres dirigentes islamistas, que anunciaba la creación de un Frente Islámico Mundial y llamaba de nuevo a la yihad contra "los judíos y los cruzados", con el objetivo de expulsarlos de Arabia Sudí, de Irak y de Israel (Lawrence, 2005: 58-62). Al igual que el anterior, este documento estaba concebido como un pronunciamiento jurídico basado en la ley islámica (lo que se denomina fetua) e imponía como obligación individual para todo musulmán que tuviera capacidad para hacerlo la de dar muerte a los americanos y sus aliados, tanto civiles como militares, en cualquier país en que fuera posible. Basándose en la exhortación coránica a "combatir contra los infieles todos juntos como ellos todos juntos os combaten", esta fetua, más radical que la anterior, pretendía dar cobertura a cualquier atentado individual, incluso contra civiles, que quedaba asimilado al glorioso concepto tradicional de yihad. Pocos meses después Al Qaeda pasó a la acción con dos de esos atentados masivos e indiscriminados que se convertirían en su imagen de marca. El 7 de agosto de 1998, el día en que se cumplía el octavo aniversario de la llegada a Arabia de las tropas americanas, terroristas de Al Qaeda hicieron estallar vehículos cargados de explosivos en las embajadas de los Estados Unidos en Kenia, con el resultado de doscientos trece muertos, doce de ellos estadounidenses, y Tanzania, con el resultado de once muertos, ninguno de ellos estadounidense. Se abría una nueva página en la historia del terrorismo internacional.

La justificación religiosa de la violencia, argumentada con abundantes citas del Corán y de los dichos del profeta no solo por Bin Laden y Al Zawahiri, sino por muchos otros, ha provocado un debate acerca de si Al Qaeda no representa sino la punta de lanza de un choque de civilizaciones entre el islam y Occidente. Para algunos comentaristas existiría una incompatibilidad de fondo entre

los valores del islam y los valores de la democracia, y la justificación de la violencia se hallaría inscrita en el propio mensaje coránico. De ahí a ver en los atentados de Al Qaeda una continuación de la lucha secular entre la cristiandad y el islam no hay más que un paso. Por ejemplo, un libro reciente del prolífico autor César Vidal, España frente al Islam, pretende oponer al mito políticamente correcto de la convivencia de las religiones en la España medieval, la realidad de unas relaciones siempre tensas y a veces violentas, "desde la invasión del siglo VIII, que aniquiló la cultura más floreciente de Occidente […] hasta el desafío que suponen en la actualidad la inmigración, el terrorismo y las reivindicaciones marroquíes sobre ciudades del territorio nacional", según puede leerse en la publicidad del libro.

En realidad no hay más motivos para creer que los musulmanes se ven impulsados a la violencia por su religión que para creerlo acerca de los cristianos y de los judíos, mientras que las atrocidades cometidas en el siglo pasado por ateos como Stalin prueban que las ideologías laicas pueden servir también para justificar los peores crímenes contra la humanidad. Conviene por ello prestar atención a la génesis del concepto clásico de yihad y a su modificación por parte de quienes en las últimas décadas han elaborado los fundamentos doctrinales en que se apoya la acción de Al Qaeda.

No hay duda de que tanto en el Corán como en los hadices se exhorta a los musulmanes al combate contra quienes no comparten su fe (Elorza, 2004). El Corán también presenta bajo una luz favorable casos atroces, como lo ocurrido a la tribu judía medinesa de los Banu Quraiza, que se había aliado con los enemigos de Mahoma en La Meca, por lo que sus fortalezas fueron asediadas por las tropas del profeta, que, cuando se rindieron, hizo dar muerte a todos los varones y esclavizar a las mujeres y a los niños. Una gesta que el Corán atribuye a la voluntad de Dios: "Hizo bajar de sus fortalezas a los de la gente de la Escritura [judíos] que habían apoyado a aquellos [los de La Meca]. Sembró el terror en sus corazones. A unos matasteis, a otros los hicisteis cautivos" (el Corán, 33:26). En nota a pie de página el gran arabista recientemente fallecido Julio Cortés, cuya reputada traducción del Corán hemos utilizado, apunta que a los Banu Quraiza "se les aplicó la ley judía", una expresión poco afortunada que se presta a ser

malinterpretada. Lo hace para indicar que esa práctica es la que el Deuteronomio, libro canónico no solo para los judíos, sino también para los cristianos, prescribe para el caso de toda ciudad que se haya resistido a los ejércitos de Israel: “Si en vez de hacer paces contigo [someterse] quiere la guerra, la sitiarás; y cuando Yavé, tu Dios, la pusiere en tus manos, pasarás a todos los varones al filo de la espada” (Dt 20, 10).

Basten estos ejemplos para llegar a una sencilla conclusión: judíos, cristianos y musulmanes tienen en sus respectivos libros sagrados argumentos para la guerra santa y para el exterminio de los infieles que se nieguen a someterse. Afortunadamente esas exhortaciones ancestrales tienen hoy poco eco entre la mayoría de los creyentes, que no asumen la obligatoriedad de normas que responden a prácticas brutales de otro tiempo. Ningún teólogo justificaría hoy que se pasara a cuchillo a todos los varones de una ciudad conquistada. El problema se plantea sin embargo por la defensa de la interpretación literal del Corán que defienden los partidarios del salafismo yihadí, la corriente ideológica a la que se adscribe Al Qaeda, caracterizada por su pretensión de representar la pureza del islam tal como la vivieron los salafíes (los primeros seguidores del profeta) y su propósito de reactivar la práctica de la yihad en el sentido específico de guerra santa.

Por otra parte, hay que destacar que el concepto clásico de yihad no justifica los atentados indiscriminados. A partir de la irrupción de Al Qaeda en el escenario mundial, los occidentales nos hemos acostumbrado a asociar los términos yihad y terrorismo, pero uno y otro tienen una carga semántica contrapuesta. Terrorista es quien pretende provocar el miedo en una comunidad mediante atentados para lograr sus objetivos políticos, mientras que el término yihad significa “esfuerzo”, sobre todo esfuerzo por seguir el mandato de Dios. En el Corán aparece como verbo en una expresión que significa “esforzarse en el camino de Dios” y tradicionalmente se ha entendido en un sentido guerrero. La yihad es, pues, la guerra inspirada por un propósito religioso, la guerra por el islam; pero, de acuerdo con los tratadistas clásicos, es también una guerra justa, en la que se excluye la muerte deliberada de no combatientes, especialmente en el caso de mujeres y niños. Esta prescripción se remonta incluso a los dichos de Mahoma, recogidos en las

recopilaciones canónicas de hadices. En la de Abu Daud, por ejemplo, se recuerda cómo, al ver el cadáver de una mujer a la que había dado muerte uno de sus lugartenientes, Mahoma mandó que le advirtieran que no debía matar a mujeres, niños ni siervos (Cook, 2005).

El salafismo yihadí, que se desarrolla en las últimas décadas del siglo XX, implica la convicción de que la yihad, entendida en el sentido guerrero, es necesaria para llevar el mensaje de Dios a toda la humanidad y que, en determinados casos, no representa una obligación colectiva cuya iniciativa corresponda a los gobernantes musulmanes, sino una obligación individual de todo creyente, que puede ser asumida por grupos reducidos, al margen de los gobernantes e incluso en contra de ellos, en el caso de que no cumplan con su deber. A la difusión de ambas tesis contribuyó más que nadie el militante islamista egipcio Sayid Qutb.

Considerado hoy como el más influyente pensador islamista del siglo XX, Qutb no alcanzó una gran audiencia en el mundo musulmán hasta que, algunos años después de su muerte, comenzó el gran auge del islamismo. En Occidente fue prácticamente un desconocido, salvo en limitados círculos de arabistas, hasta que se produjeron los atentados del 11 de septiembre del 2001; unas semanas después el diario británico The Guardian se preguntaba: ¿es este el hombre que inspiró a Bin Laden?, una pregunta que con el transcurso del tiempo bastantes comentaristas han convertido en afirmación. De hecho, tanto Bin Laden como Al Zawahiri recibieron en sus años formativos una influencia directa de su doctrina y el segundo ha escrito que el llamamiento de Qutb “fue la chispa que prendió la revolución islámica” (Al Zawahiri, 2001). Las aportaciones básicas de Qutb a la doctrina islamista fueron: la denuncia de todas las sociedades musulmanas como infieles al mandato del Corán y sumidas, por tanto, en la ignorancia del mandato divino (jahiliyá); su llamamiento a constituir una vanguardia que preparara la instauración de un Estado basado en la ley de Dios (sharia) y, finalmente, su afirmación de la necesidad de recurrir a la guerra para dar a conocer el islam a toda la humanidad (yihad).

Sayid Qutb había nacido en una aldea egipcia en 1906, estudió en

El Cairo, fue profesor y luego funcionario del Ministerio de Educación; se interesó por la literatura como autor y como crítico y, en 1948, recibió una beca para estudiar en los Estados Unidos, donde vivió dos años en una ciudad de Colorado y confirmó su hostilidad previa hacia la civilización occidental. A comienzos de los años cincuenta ingresó en la sociedad islamista de los Hermanos Musulmanes, cuyo fundador, Hasan al Banna, había sido asesinado en 1949, probablemente en represalia por diversos atentados contra miembros del gobierno y periodistas. Los Hermanos acogieron positivamente el golpe de Estado que en 1952 derribó la monarquía, pero quedaron decepcionados cuando el nuevo régimen nacionalista de Gamal Abdel Nasser se negó a implantar la sharia. Tras un intento de asesinato de Nasser en 1954, fueron objeto de una severa represión y, entre los detenidos, se hallaba Qutb, quien fue inicialmente torturado y sometido a un duro régimen carcelario, pero más tarde pudo escribir en prisión buena parte de su obra como teórico islamista. Fue liberado en 1964, año en que publicó su obra más difundida, Signos en el camino, pero al año siguiente fue detenido de nuevo. Condenado a muerte por conspiración contra el Estado, fue ahorcado en agosto de 1966 (Musallam, 2005).

Qutb dejó tras de sí una extensa obra escrita, pero el texto que mayor influencia ha tenido en los militantes yihadíes es sin duda Signos en el camino (Qutb, 1964). Su tesis era que el mundo entero se hallaba en un estado de jahiliyá, de ignorancia del mandato divino. Este término es el que los musulmanes usan habitualmente para referirse a la situación de los árabes antes de la revelación del Corán, pero Qutb lo aplicaba tanto a las sociedades no musulmanas como al conjunto de las sociedades musulmanas de su tiempo: “Esta jahiliyá se basa en la rebelión contra la soberanía de Dios en la tierra. Transfiere al hombre uno de los grandes atributos de Dios, en concreto la soberanía, y hace de unos hombres los señores de otros. Hoy no toma la forma simple y primitiva de la antigua jahiliyá, sino que toma la forma de pretender que el derecho a crear valores, a establecer normas legales de comportamiento colectivo y a escoger cualquier modo de vida corresponde a los hombres, sin respeto a lo que Dios ha ordenado. El resultado de esta rebelión contra la autoridad de Dios es la opresión de sus criaturas”. Se trata de una tesis básica del islamismo más radical que conduce a negar la legitimidad de todo sistema político que pretenda imponer

cualquier norma no basada expresamente en el mensaje divino, convertido en la única fuente del derecho.

La condena de Qutb respecto a la sociedad occidental combinaba elementos propios de la izquierda anticapitalista y de la crítica de la modernidad realizada por diferentes intelectuales occidentales, de derecha o de izquierda, con otros específicamente islamistas. Según él, Occidente se caracterizaba por "la prosperidad material, el disfrute sensual y la saciedad sexual, que la hunden en un pantano de trastornos nerviosos y psicológicos, perversión sexual, ansiedad constante, enfermedad y locura, crimen frecuente y ausencia de toda dignidad humana en la vida". En particular le resultaba intolerable el avance de la emancipación femenina y de la libertad sexual que se vivía en Occidente, dos procesos que para él estaban estrechamente asociados, porque no podía entender que una mujer pudiera abrirse camino en una profesión sin recurrir a su poder de seducción. Pero, en último término, todos los males de Occidente se derivaban del cristianismo, que desde sus orígenes había caído en el error de separar la dimensión religiosa y la dimensión secular de la vida humana, que en cambio el islam integraba en un todo coherente (Berman, 2004).

En su actitud ante los judíos, Qutb partió de los reproches que el Corán hace a los judíos de Medina por haber rechazado el mensaje de Dios transmitido por Mahoma, pero a partir de ahí elaboró toda una interpretación que debe mucho al moderno antisemitismo occidental. Según él, los judíos habían conspirado siempre contra el islam y habían defendido "la mayor parte de las perversas teorías que se proponen destruir todos los valores y todo lo que es sagrado para la humanidad", como la doctrina del materialismo ateo, fundada por un judío (Marx), y la doctrina de la permisividad sexual, fundada por otro judío (Freud). En un ensayo titulado Nuestra lucha con los judíos, Qutb llegó a afirmar que Dios había enviado a Hitler para castigar su maldad (Zimmerman, 2004).

Lo más llamativo de su doctrina no son, sin embargo, tales críticas del cristianismo y el judaísmo, comunes en el mundo islámico, sino su radical afirmación de que "todas las supuestas sociedades musulmanas existentes" habían caído también en la jahiliyá y debían ser consideradas "no islámicas e ilegales". Pues, aunque

proclamaran su creencia en la unicidad de Dios, en la práctica su vida no se basaba en la exclusiva sumisión a Dios, al haber entregado a otros el poder legislativo que solo a Él le pertenece. Estamos ante una actitud que podríamos definir como anarco-islamismo, pues niega legitimidad a todo sistema de gobierno que pretenda legislar por sí mismo. Sin embargo, Qutb no era un libertario, pues su concepción de la ley de Dios, basada en las antiguas costumbres musulmanas, incluía el recurso a medidas feroces para mantener a las gentes en el recto camino. La pena por las relaciones sexuales fuera del matrimonio debía ser "en el caso de los hombres y mujeres casados, la lapidación hasta la muerte; en el caso de los solteros, la flagelación, cien latigazos, que en algunos casos tienen consecuencias fatales". Respecto a aquellos que amenazaran la seguridad general de la sociedad, el castigo que debía imponérseles era "ser ejecutados, ser crucificados, sufrir la amputación de manos y pies, o ser deportados del país" (Berman, 2004: 97).

Para implantar el Estado islámico era necesario que se formara una vanguardia islamista y fue para guiar a esa vanguardia en las etapas que habría de seguir hasta alcanzar su objetivo por lo que Qutb escribió Signos en el camino. Al igual que había ocurrido con la primera comunidad islámica formada en torno a Mahoma en La Meca, esta vanguardia debía concentrar inicialmente sus esfuerzos en la purificación religiosa. De esta manera, en el seno de la sociedad supuestamente musulmana, pero en realidad sumida en la jahiliyá, se formaría una nueva comunidad sometida solo a Dios que tarde o temprano se vería obligada a luchar físicamente contra sus enemigos. Pero el objetivo que Qutb se proponía no era tan solo el de purificar las sociedades musulmanas, sino que llamaba a reanudar la expansión del islam mediante la yihad para extender por todo el mundo su dominio. Como en los primeros tiempos del islam, los no musulmanes solo tendrían dos alternativas: aceptar la condición de dhimmies (comunidades que mantienen su propia religión bajo la soberanía de un Estado musulmán al que pagan un impuesto) o convertirse al islam. La novedad era que, utilizando el lenguaje progresista de los años sesenta, Qutb afirmaba que el objetivo de la yihad era la liberación del hombre: "Este movimiento no se limita a enfrentarse mediante la mera predicación al poder físico pero tampoco usa la compulsión para cambiar las ideas de la

gente. Estos dos principios son igualmente importantes en el método de esta religión. Su propósito es liberar a aquellos que desean ser liberados de su servidumbre hacia otros hombres, de manera que puedan servir solo a Dios".

Este es el núcleo central de la yihad según la entiende Qutb. La violencia ha de ser utilizada para derribar a todos los gobiernos, tanto a los de los países musulmanes, culpables de haber permitido la recaída de la sociedad en la jahiliyá, como a los del resto del mundo, lo cual permitirá a todos los que lo deseen convertirse al verdadero islam. Este, sin embargo, no puede ser impuesto, de acuerdo con el principio coránico de que "no cabe coacción en religión". La alternativa a la conversión es, sin embargo, la subordinación al Estado islámico, lo que otorga un significado muy poco habitual al término de liberación. En realidad, no sería exagerado afirmar que Qutb pretendía liberar a los hombres de sí mismos: "Esta religión es realmente una declaración universal de libertad del hombre respecto a otros hombres y respecto a la servidumbre hacia sus propios deseos, que es también una forma de servidumbre humana; es una declaración de que la soberanía pertenece solo a Dios y que Él es el Señor de todos los mundos".

Influido por el pensamiento progresista occidental, aunque se cuidara mucho de reconocer tal influencia, Qutb llamó a derrocar todas las tiranías, fueran políticas, raciales o clasistas, para que el islam pudiera establecer un nuevo sistema económico, social y político en el que el concepto de libertad del hombre pudiera aplicarse en la práctica. Y en realidad, al margen de que su propuesta estribara en el retorno a las prácticas musulmanas medievales, el discurso de Qutb tenía cierta similitud con el discurso revolucionario laico de aquellos años, en la medida en que llamaba a la destrucción de todos los sistemas de poder existentes para alcanzar una supuesta libertad verdadera, que en ambos casos se impondría por la fuerza. Y es en esta nueva corriente del salafismo yihadí, más que en la vieja tradición wahabí, asimilada por una casa de Saud aliada a los Estados Unidos, aunque fiel al rigorismo islámico, en la que se basó Al Qaeda.

Capítulo 5. La estrategia de Al Qaeda. ¿Cuáles son sus objetivos?

Poco después de los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington, el filósofo francés André Glucksman publicó un libro titulado Dostoievski en Manhattan, en el que la sombría visión del novelista ruso le proporcionaba la clave para interpretarlos (Glucksman, 2002). Más allá de las elucubraciones religiosas o políticas que pudieran haber inspirado a Al Qaeda, actos de terrorismo masivo como aquellos solo podían entenderse como una manifestación de nihilismo, una complacencia en la destrucción por la destrucción que, tras la aparente religiosidad de sus autores, expresaba el vacío moral que Dostoievski había asociado a la pérdida de la fe: si Dios no existe, todo está permitido. La tesis es sugerente y la interpretación del terrorismo en términos nihilistas tiene una larga tradición. El propio Dostoievski evocó un caso real, un asesinato cometido en 1869 por el grupo revolucionario encabezado por Sergei Nechaev, para crear en su novela Demonios la siniestra figura de Verjovenski, cuyo proyecto se centra en la destrucción total de las instituciones existentes y de sus fundamentos morales para crear un vacío que dejara paso libre a la vanguardia revolucionaria.

El culto a la muerte que parece implicar el terrorismo suicida de Al Qaeda refuerza esa imagen nihilista, pero lo que nosotros denominamos atentados suicidas son para los yihadíes “operaciones de martirio”. Reinterpretan con ello una tradición musulmana que considera al guerrero caído en la yihad como un shahid, palabra que tiene el mismo significado que el de mártir en la tradición cristiana, es decir el que muere dando testimonio de su fe. Los textos islamistas contienen frecuentes exhortaciones al martirio, acompañadas de sugerentes descripciones de las recompensas que esperan al mártir en la otra vida. El propio Bin Laden, en su declaración de guerra a los Estados Unidos, lo expresó con palabras

atribuidas al profeta en un hadiz: “El mártir tiene una garantía de Dios: Él le perdona en cuanto cae la primera gota de su sangre y le indica su asiento en el Cielo. Él le orna con las joyas de la fe, le protege del tormento de la tumba, coloca en su cabeza una corona de dignidad con los más bellos rubíes del mundo, le da como esposas a setenta y dos de las vírgenes puras del paraíso e intercede a favor de setenta de sus parientes”.

Así expuestas sus recompensas, la inmolación en un atentado suicida más que una muestra de desesperación suicida parece una inversión razonable, aunque ello se presta con facilidad a la sátira de los infieles. Una de las viñetas publicadas en el 2005 por el diario danés Jyllands Posten, que desencadenaron una pequeña crisis mundial por las protestas musulmanas que suscitaron, ofrecía una visión humorística de ese entusiasmo por el martirio al presentar a una hilera de chamuscados suicidas recibida por Mahoma en el paraíso con la advertencia de que pararan, porque se les habían agotado las vírgenes.

Si es fácil concebir el terrorismo masivo y suicida de Al Qaeda como fruto de un impulso destructivo surgido del rechazo de la nueva civilización global, o como un rito en que el sacrificante se inmola con sus víctimas, no resulta tan sencillo entenderlo como el resultado de una estrategia racional encaminada al logro de unos objetivos políticos y religiosos. ¿Cómo podría un puñado de extremistas derrotar a la primera potencia mundial? ¿Cómo se podría reislamizar la sociedad mediante unos atentados? Las posibilidades de éxito eran sin duda limitadas y el optimismo de Bin Laden y sus fieles, excesivo; pero ello no implica que detrás de los atentados terroristas contra los Estados Unidos no hubiera una estrategia encaminada a un fin. Se trataba de empujar a Washington a una intervención directa en el mundo árabe que provocara una reacción popular masiva, como había ocurrido en Afganistán frente a la invasión soviética, y condujera a la caída de los regímenes árabes que se habían apartado de la ley de Dios. Se llegaría así, finalmente, a la restauración de un califato que de nuevo sirviera de guía a los musulmanes, sin distinción de fronteras. Si los muyahidines habían derrotado a la Unión Soviética, ¿por qué no iban a derrotar a los Estados Unidos? Y si el califato se había mantenido durante siglos y en su versión otomana solo había

desaparecido en 1924, ¿por qué no podrá renacer, esta vez en el mundo árabe como el califato primigenio? El problema era cómo despertar a las masas musulmanas y para ello los atentados espectaculares, magnificados por los medios de comunicación, serían el instrumento elegido. El desarrollo de esta estrategia será el tema de este y los próximos capítulos.

Cuando Bin Laden llegó, en mayo de 1996, a Jalalabad, con sus tres mujeres, varios de sus hijos y una treintena de sus seguidores, los talibanes todavía no se habían impuesto en la región. De hecho, quienes lo habían invitado a establecerse allí, cerca de su ya mítica Guarida del León en Tora Bora, fueron tres comandantes guerrilleros locales que más tarde serían desplazados por los talibanes. Tres meses después dio a conocer su famosa declaración de guerra a los Estados Unidos que hemos comentado en el capítulo anterior y que suponía un enfoque nuevo en la historia del yihadismo. Hasta entonces los islamistas habían tomado las armas sobre todo contra el "enemigo cercano", es decir, los gobernantes musulmanes que según ellos se habían apartado de la ley de Dios, y contra quienes consideraban invasores infieles, como los israelíes en Palestina o los soviéticos en Afganistán, pero habían sido excepcionales los ataques contra el "enemigo lejano", es decir, los Estados Unidos y demás potencias occidentales, en su propio territorio.

La nueva tendencia se había manifestado tres años antes en el primer atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, que un grupo yihadí intentó ya derribar en febrero de 1993 con una furgoneta cargada de explosivos, cuya deflagración no afectó a la estructura de los edificios, pero mató a seis personas e hirió a centenares. El jefe del grupo era Ramzi Yusef, un ciudadano de origen medio palestino y medio pakistaní, criado en Kuwait y graduado en ingeniería eléctrica en Gales, que era seguidor de uno de los más radicales ulemas islamistas, el llamado Jeque Ciego, el egipcio Omar Abdel Rahman. Este jeque, que tras haberse hecho famoso por una fetua que autorizaba el asesinato del presidente Sadat recibió por error autorización para establecerse en los Estados Unidos, fue arrestado meses después y condenado a cadena perpetua en 1996, mientras que Yusef fue detenido en 1995 en Pakistán, entregado a los Estados Unidos y finalmente condenado

también a cadena perpetua (Benjamin y Simon, 2003: 7-26). Durante su juicio, Yusef dijo: “Sí, soy un terrorista y estoy orgulloso de serlo. Apoyo al terrorismo siempre que va dirigido contra el gobierno de Estados Unidos y contra Israel, porque ustedes son más que terroristas, ustedes son los que inventaron el terrorismo y lo usan cada día”. Por su parte, el juez Duffy negó todo valor a la pretensión de Yusef de que actuaba en defensa del islam: “El Dios de usted no es Alá. Usted rinde culto a la muerte y la destrucción” (The New York Times, 9-1-1998).

La mayoría de los yihadíes seguían sin embargo vinculados a sus objetivos específicos y, aunque a menudo se ha sostenido que fue el egipcio Al Zawahiri, que también se había establecido por entonces en Afganistán, quien orientó a Bin Laden por el camino de la yihad global, parece que, al contrario, fue el saudí quien convenció a Al Zawahiri y su grupo para que relegaran su lucha contra el gobierno egipcio y se sumaran a la gran ofensiva de Al Qaeda contra el enemigo lejano (Burke, 2003: 151). Por su parte los talibanes, que a partir de la toma de Kabul en septiembre de 1996 dominaron la mayor parte del país, no podían estar más lejos de una visión global de la yihad. Coincidían con el jeque saudí en su fundamentalismo religioso, aunque en su caso no se basaba en la tradición wahabí, ni en la nueva corriente salafista, sino en la escuela dehobandí, nacida en el subcontinente indio. Habían asimilado esa doctrina en las madrasas (escuelas religiosas) del exilio pakistaní, en las que muchos de ellos se habían formado, motivo por el cual se les denominaba talibanes (estudiantes). Pero sus objetivos eran puramente locales y los problemas no ya del mundo, sino de Cachemira y Palestina, les quedaban muy lejos. Los talibanes se ganaron cierto apoyo popular, que junto a la ayuda pakistaní les facilitó la conquista del poder, en parte porque se les veía como una alternativa de paz y orden frente a los continuos enfrentamientos entre las distintas facciones de los muyahidines que habían ensangrentado al país desde la caída del régimen comunista. Por lo demás, tenían una formación muy limitada, excepto en el terreno religioso, y su propósito era simplemente el de imponer en todo Afganistán, incluidas las ciudades como Kabul y Herat, que habían conocido un inicio de modernización, las costumbres ancestrales de la etnia pastún, a la que en su mayoría pertenecían, las cuales se habían mantenido en las áreas rurales en las que las mujeres usaban

el burka ya antes del triunfo talibán. No tenían proyectos específicos de política económica o internacional, pero estaban dispuestos a imponer el retorno a las viejas buenas costumbres: los hombres barbudos, las mujeres encerradas en sus casas, nada de música ni de cine. Fue una tragedia sobre todo para aquellas mujeres que en años anteriores habían comenzado a trabajar como médicas o profesoras (Burke, 2003: 110-123).

Cuando se hicieron con el poder, Bin Laden supo congraciarse con los dirigentes talibanes, en parte gracias a sus aportaciones financieras, que no provenían de su desaparecida fortuna personal sino de los fondos que, a pesar de su proscripción, seguía recabando de acaudalados donantes árabes. El mulá Omar, que se había proclamado emir de los creyentes y, como tal, era la máxima autoridad de Afganistán, lo protegería hasta el final, pero los dirigentes talibanes no veían con buenos ojos que Bin Laden tratara de convertir a su país en una base desde la cual preparar la yihad mundial, y menos que lo anunciara abiertamente en entrevistas concedidas a cadenas de televisión occidentales. El líder de Al Qaeda había encontrado finalmente en Afganistán el recurso que le permitiría poner en marcha su ambicioso proyecto de una yihad global impulsada mediante atentados terroristas. Se trataba de los campos donde recibían entrenamiento militar voluntarios musulmanes venidos de distintos países, que luego se incorporaban al combate contra las guerrillas que en el norte del país, poblado por etnias no pastunes, resistían la ofensiva de los talibanes, se infiltraban en la Cachemira india para sumarse a la insurrección o se preparaban para luchar contra los gobiernos de sus países de origen. Bin Laden no se hizo con el control de todos esos campos, no eran “campos de Al Qaeda”, como a veces se dice, pero podía reclutar en ellos a quienes estuvieran dispuestos a sumarse a una empresa mucho más grande que la ofrecida por cualquiera de los grupos yihadíes de diversa nacionalidad que pululaban en Afganistán, la yihad global contra el enemigo lejano (Burke, 2003: 151-153). Ese era el fundamento del extraordinario atractivo que Bin Laden llegó a ejercer entre los jóvenes yihadíes más combativos, aquellos que no dudarían en cumplir misiones suicidas.

Para dar a conocer su proyecto y conseguir reclutas dispuestos al sacrificio, Bin Laden necesitaba publicidad y la logró gracias a una

efectiva gestión de su imagen en los medios de comunicación, como ya había comenzado a hacer diez años antes en la Guarida del León y, sobre todo, gracias a unos atentados espectaculares que le dieron visibilidad en los medios e hicieron que muchos árabes lo vieran como el gran héroe dispuesto a demostrar de nuevo la capacidad guerrera del islam. Aunque por entonces residía en Jalalabad (luego se trasladaría a Kandahar, núcleo del poder talibán), el líder de Al Qaeda prefirió conceder su primera entrevista a una cadena occidental en el marco inquietante de las montañas de Tora Bora, donde había reconstruido la Guarida del León. De esa entrevista de 1997 con la CNN, uno de cuyos enviados fue Peter Bergen, surgiría la imagen romántica del guerrillero indomable que amenazaba a Occidente desde una caverna oculta en remotas montañas. Su gran estatura, su delgadez, la calma con la que hablaba contribuían a darle un aura especial. Explicó que había declarado la guerra al gobierno de los Estados Unidos porque era "injusto, criminal y tiránico", porque estaba subordinado a los judíos (las fantasías sobre el poder oculto judío, tan caras antaño a la extrema derecha europea, han sido desde hace tiempo asumidas por los islamistas) y porque había desplegado soldados "en el país de los Dos Lugares Sagrados" (es decir Arabia Saudí, donde se encuentran Medina y La Meca). La entrevista, sin embargo, pasó casi desapercibida cuando la emitió la CNN (Bergen, 2007a: 251-255). Pocas personas se tomaron entonces en serio aquellas amenazas, aunque la CIA contaba ya con una unidad, la estación Alec localizada en Nueva York, cuya principal misión era seguir la pista a Osama bin Laden, a quien se percibía como un peligroso financiero del terror. Su jefe era Michael Scheuer, quien muy pronto llegó a una conclusión sobre la mejor manera de acabar con el jeque saudí: matarle (Wright, 2006: 241-242).

Un año después, en la primavera de 1998, fueron los enviados de la cadena ABC los que emprendieron el ascenso de las montañas de Tora Bora. La puesta en escena fue espectacular y cuando Bin Laden llegó a la base en un vehículo todoterreno, sus guardaespaldas se situaron a su alrededor y comenzaron a disparar al aire, se supone que con la generosa intención de proporcionar unas buenas imágenes a sus nuevos invitados. Y también estos quedaron impresionados por la figura de aquel hombre cuya cabeza sobresalía entre quienes le rodeaban, que hablaba de manera calma y educada

y a quien sus hombres aludían con reverencia religiosa. Concluyeron que tenía esa aura carismática indefinible que proporciona seguidores, pero no se sintieron muy afectados cuando les dijo que había declarado la guerra a su país y pensaba atacarlo. Pensaron: ¿con qué ejército? El programa se emitió en un especial de una hora en junio de 1997 y el presentador de ABC News se dirigió a los telespectadores con estas palabras: "Esta noche vamos a presentarles al hombre que supone la mayor amenaza para Estados Unidos; es un nombre que nadie ha oído nunca, y ese nombre es Osama bin Laden" (Bergen, 2007a: 289-294).

Este amor a la publicidad, coherente con la estrategia de Al Qaeda, que buscaba visibilidad en los medios para darse a conocer y multiplicar así el impacto de sus atentados, no era en cambio del agrado de los talibanes, que no entendían en qué podía favorecerles que el mundo fijara su atención en Afganistán. Abu Salid al Misri, que por entonces dirigía la revista en lengua árabe que publicaban los talibanes, ha escrito que Bin Laden "sentía una obsesión maníaca por los medios de comunicación, en especial los internacionales" y que el mayor fracaso del mulá Omar fue su incapacidad para hacerle callar, a pesar de los visitantes que le enviaba a Jalalabad con el siguiente mensaje: "Te consideraremos uno de nosotros, pero no te dirijas a los medios" (Bergen, 2007a: 284-285).

No fue sin embargo a través de las entrevistas como consiguió Bin Laden adquirir notoriedad internacional, sino a través de los atentados, de acuerdo con el viejo principio de la "propaganda por el hecho" enunciado a finales del siglo XIX por los primeros promotores del terrorismo anarquista. En un mundo en que los ataques terroristas se habían convertido en un acontecimiento común, la apuesta de Al Qaeda fue cometerlos de tal magnitud que eclipsaran cualquier otra noticia. El viejo dicho de que los terroristas matan a pocos para aterrorizar a muchos dejó de ser válido, sustituido por el argumento de que para aparecer en todas las televisiones del mundo había que causar muchas muertes y hacerlo de manera espectacular. Si había más de un atentado simultáneo su impacto se multiplicaría y el empleo de terroristas suicidas no solo resultaría útil en el terreno operativo, sino que incrementaría la sensación de amenaza, al demostrar de manera

irrefutable la convicción profunda de quienes estaban dispuestos a dar su vida en la lucha. En el ambiente fanatizado de los campos yihadíes de Afganistán no faltaban los aspirantes al martirio y algunos consideraban incluso que una misión suicida era el más alto honor que se les podía encomendar.

Tales principios se pusieron por primera vez en práctica el 7 de agosto de 1998, cuando sendos vehículos conducidos por suicidas estallaron junto a los edificios de las embajadas de los Estados Unidos en Kenia y Tanzania. Se conoce bien la historia de uno de los que participaron en la misión suicida en Kenia, el joven saudí Mohamed al Owhali, que por entonces tenía veintidós años. Miembro de una rica y piadosa familia de Riad, la capital saudí, Al Owhali quiso incorporarse en 1996 a la yihad y, tras discutir con algunos amigos la posibilidad de ir a combatir a Bosnia o a Chechenia, y debido a que no encontraron a nadie que les pudiera trasladar hacia dichos lugares en conflicto, optaron por trasladarse a Afganistán. Allí se incorporó a un campo de entrenamiento básico y conoció a Bin Laden. Un día se le ofreció prestar juramento a Al Qaeda, pero él se negó, porque quería conservar su independencia para no aceptar misiones que no fueran de combate. Junto al amigo que más tarde detonaría su vehículo explosivo en Nairobi, fue enviado a combatir en el frente del norte, donde ambos se distinguieron por su bravura, por lo que fueron seleccionados para un mes de instrucción sobre acción clandestina. Y finalmente Al Qaeda, a pesar de que formalmente no era miembro de la organización, le ofreció una misión a la altura de sus expectativas, un atentado suicida. Así que aquel 7 de agosto se hallaba con su compañero de armas en el vehículo cargado de explosivos que se dirigía hacia la embajada americana. Pero, tal y como se desarrollaron los hechos, no llegó a morir, sino que resultó herido y, careciendo por motivos obvios de cualquier plan de huida, terminó en un hospital donde resultó sospechoso. Interrogado por el FBI tras su arresto, se mostró dispuesto a cooperar y proporcionó información relevante, incluidos los datos aquí mencionados (Burke, 2007: 143-160).

Se había elegido ese día para el ataque porque se trataba del aniversario del primer despliegue de tropas americanas en Arabia Saudí. La presencia de Al Qaeda en Kenia se había iniciado hacía

tiempo, cuando Bin Laden envió a su bravo camarada de los tiempos heroicos de la Guarida del León, el egipcio Abu Ubaida, que encontró una muerte poco gloriosa en mayo de 1996 cuando se hundió el ferry en el que cruzaba el lago Victoria (Wright, 2006: 231-232).

El resultado de los atentados contra las embajadas fue letal e indiscriminado, con un balance total de 224 muertos y miles de heridos, casi todos ellos africanos. Las pruebas que apuntaban hacia la autoría de Al Qaeda aparecieron muy pronto y la inquietud en Washington fue aún mayor, porque unas semanas antes la CIA había presentado un informe acerca de los esfuerzos de Al Qaeda por procurarse armas de destrucción masiva. En particular, una muestra de suelo tomada cerca de la planta farmacéutica de Al Shifa, en las inmediaciones de Jartum, la capital sudanesa, había revelado la presencia de un compuesto químico asociado a la producción del gas tóxico VX, lo que convirtió a esa planta en uno de los objetivos de los ataques de represalia con misiles Tomahawk que ordenó el presidente Clinton. Los otros objetivos fueron campos de entrenamiento en el este de Afganistán, incluido uno en las cercanías de Jost en el que fuentes de inteligencia indicaron que Bin Laden iba a estar presente el 20 de agosto, la fecha que fue por ello escogida para los ataques. No fue así y ningún líder de Al Qaeda fue alcanzado por los misiles, pero perecieron unos sesenta militantes, muchos de ellos pakistaníes que se preparaban para entrar en acción en Cachemira (Benjamin y Simon, 2003: 256-262). El ataque que más polémica generó en los medios, incluidos los de los Estados Unidos, fue el que destruyó por completo la planta farmacéutica de Al Shifa, causando la muerte a un obrero. La conclusión generalmente aceptada es que allí no se producían armas químicas (The New York Times, 20-10-2005).

A pesar de la brutalidad de los ataques contra las embajadas y del número de víctimas musulmanas, el efecto combinado de la audacia del desafío lanzado a los Estados Unidos, de las represalias de Washington contra dos países islámicos y de su fracaso en el intento de eliminar a Bin Laden convirtieron a este en una figura admirada por sectores de la población de todo el mundo musulmán, aunque un comunicado de Al Qaeda negó formalmente su implicación en los ataques. Carteles con la imagen de Bin Laden aparecieron por

todos los rincones, desde Malasia hasta Marruecos, las donaciones a Al Qaeda se incrementaron y, aunque los atentados aumentaron la irritación de los dirigentes talibanes con su incómodo huésped, las represalias en suelo afgano excluyeron cualquier posibilidad de que lo entregaran a su país de origen, como pretendían las autoridades saudíes (Burke, 2003: 166-168).

Dos días después de los ataques estadounidenses en territorio afgano, el mulá Omar, cuyo régimen no había sido reconocido por casi ningún país del mundo, tomó una iniciativa diplomática singular. Telefoneó al departamento de Estado y expuso a un funcionario que estaría interesado en establecer un canal de comunicación seguro con Washington, que no tenía pruebas de que Bin Laden hubiera planeado atentados desde suelo afgano y que los ataques con misiles eran contraproducentes. También dio algunos consejos para que los Estados Unidos recuperaran su popularidad en el mundo islámico: debían retirar sus tropas del Golfo y el Congreso debía destituir al presidente Clinton (US State, 1998).

Capítulo 6. Las Torres Gemelas. ¿Se pudo evitar el 11-S?

El informe diario sobre seguridad nacional para lectura exclusiva del presidente que George Bush recibió el 6 de agosto del 2001 llevaba este alarmante título: “Bin Laden está decidido a lanzar un ataque en Estados Unidos”. Aunque el peligro parecía grande, su naturaleza resultaba imprecisa, pues el informe no destacaba ningún proyecto concreto de atentado, si bien mencionaba que el FBI tenía abiertas en territorio estadounidense unas setenta investigaciones relacionadas con el extremista saudí. Una de las amenazas más graves, que no se había podido confirmar, se refería al secuestro de un avión para exigir la liberación del Jeque Ciego, encarcelado por su responsabilidad en el atentado de 1993 contra las Torres Gemelas (US PDB, 6-8-2001).

Treinta y seis días después se supo que el plan real de Al Qaeda implicaba el secuestro de aviones, pero era mucho más terrible. Nadie que haya visto en su día las imágenes que mostraron todas las cadenas televisivas del mundo las habrá olvidado, pero conviene recordar en pocas palabras la tragedia. A las 8.46 de aquella luminosa mañana del 11 de septiembre un avión se estrelló en Nueva York contra la Torre Norte; a las 9.03 otro se estrelló contra la Torre Sur; a las 9.37 un tercero se estrellaba en Washington contra la sede del Pentágono y, finalmente, a las 10.02 un cuarto avión se estrelló tras una caída en picado en un campo de Pensilvania. Poco antes, a las 9.59, se había producido el colapso de la Torre Sur y a las 10.28 se hundió la Torre Norte. En una hora y cuarenta y dos minutos 2.973 ciudadanos habían muerto en el más luctuoso ataque que los Estados Unidos hayan sufrido en su propio territorio durante toda su historia. La mayoría de las víctimas se produjeron en las Torres Gemelas y resulta casi inimaginable el horror que vivieron las personas que quedaron atrapadas en los pisos que quedaban por encima del área de impacto de los aviones,

algunas de las cuales prefirieron saltar al vacío antes que afrontar una muerte terrible e inevitable. Se calcula que en el momento del primer impacto había entre 16.000 y 19.000 personas en ambos edificios, pero la eficacia de la evacuación salvó la vida a la mayoría de quienes se encontraban en los pisos inferiores. Los héroes del día fueron los bomberos neoyorquinos, 343 de los cuales perecieron al desplomarse sobre sus cabezas las torres en las que trabajaban en tareas de rescate. Más tarde se supo que había habido otros héroes, aquellos pasajeros del ya mítico vuelo 93 de United Airlines que, informados de la tragedia en marcha a través de sus teléfonos móviles, se enfrentaron a sus secuestradores en una lucha que provocó la caída del aparato en aquel desierto campo de Pensilvania. No se sabe si el objetivo de sus secuestradores era estrellarlo contra la Casa Blanca o contra el Capitolio (11-S: el informe).

La gran pregunta es cómo fue posible que Al Qaeda montara una operación de la complejidad que representó el secuestro de cuatro aviones de pasajeros en poco más de una hora y su conducción hacia sus objetivos por cuatro terroristas que se habían formado para ese fin como pilotos en escuelas de vuelo estadounidenses, sin que los diferentes servicios de inteligencia y seguridad detectaran el plan, a pesar de que Bin Laden era considerado un gravísimo peligro desde los atentados contra las embajadas de Kenia y Tanzania en 1998. En este capítulo examinaremos tanto la preparación de tales atentados como las infructuosas medidas adoptadas por los Estados Unidos para evitar el peligro.

La prevención de ataques por sorpresa era la principal misión de la CIA y a fines del siglo XX ello implicaba sobre todo la recogida y análisis de información sobre posibles tramas terroristas. Desde 1996 contaba con una unidad especializada en el seguimiento de Bin Laden, encabezada inicialmente por Michael Scheuer, quien luego se ha retirado de la CIA y se ha dado a conocer por varios libros sobre la amenaza de Al Qaeda. En un rasgo de humor negro los analistas de aquella unidad, en su mayoría mujeres, se llamaban a sí mismos “la familia Manson”, aludiendo al enloquecido grupo de seguidores de Charlie Manson que cometieron horribles crímenes en la California de los años sesenta, como irónica respuesta a aquellos de sus colegas que les reprochaban su tendencia a imaginar

escenarios de terror exagerados. Al final se pudo comprobar que no exageraban. Por su parte, el director de la CIA, George Tenet, estimaba que el terrorismo representaba la segunda amenaza más grave para la seguridad nacional, después de la proliferación de las armas de destrucción masiva (Coll, 2004: 453-456). Dentro del Consejo de Seguridad Nacional que asesoraba al presidente, el coordinador de la lucha contraterrorista era desde 1998 Richard Clarke, quien en su libro sobre el tema ha atribuido al entonces presidente Clinton una clara visión del terrorismo como principal amenaza tras el fin de la guerra fría, aunque "debilitado por los continuos ataques políticos, no pudo conseguir que la CIA, el Pentágono y el FBI hicieran lo suficiente" (Clarke, 2004: 10). En realidad, como veremos, el presidente de los Estados Unidos tenía que tomar en consideración otros intereses esenciales antes de hacer que la eliminación de la amenaza de Al Qaeda fuera el objetivo número uno de la política exterior americana en el complejo panorama de Asia meridional. Pakistán era un tradicional aliado de Washington y un actor crucial respecto a Afganistán, pero lo más preocupante era que se hubiera dotado de armamento nuclear, al igual que su eterna rival, la India, convirtiéndose así ambos países en un ejemplo de la amenaza que para la paz y la estabilidad suponía la proliferación de armas no convencionales. También cabía la posibilidad de que la amenaza del terrorismo y la de la proliferación confluyeran si algún grupo terrorista lograba dotarse de armas no convencionales, algo que preocupaba especialmente a Clinton y a Clarke (Coll, 2004: 434). Como se recordará fue ese temor el que llevó al presidente a incluir a la planta farmacéutica sudanesa de Al Shifa entre los objetivos de los ataques de represalia tras los atentados contra las embajadas de África oriental, aunque en ese caso, al parecer, sin fundamento.

La defensa de los Estados Unidos frente al declarado propósito de Bin Laden de lanzar nuevos ataques tras los de Nairobi y Dar es Salaam se planteó en tres planos distintos. Por un lado, el de la labor paciente y cotidiana de recogida y análisis de información, que proporcionaba una infinidad de datos de difícil valoración, entre los cuales pasó desapercibida una pista que podría haber conducido, como veremos, a la identificación previa de dos de los terroristas del 11-S. En segundo lugar existía la posibilidad de que el régimen talibán retirara su protección a Bin Laden y lo expulsara

del país, privándole de su base de operaciones y de la cantera de reclutas que suponían los campos de entrenamiento paramilitar, o incluso que lo extraditara para ser juzgado. Y en tercer lugar se barajaron planes para una intervención directa contra el líder de Al Qaeda en Afganistán, bien mediante una acción de guerra que lo eliminara, bien mediante una operación de comando para arrestarlo y llevarlo a juicio en los Estados Unidos. Sin embargo el mulá Omar nunca estuvo dispuesto a traicionar la hospitalidad que había concedido al jeque saudí y, por su parte, Clinton no quería convertir la guerra contra Al Qaeda en una guerra contra los talibanes.

Todo se complicaba por lo peculiares que resultaban los dos principales aliados con los que Washington intentaba contar en sus esfuerzos para neutralizar la amenaza de Bin Laden, es decir, Arabia Saudí y Pakistán, dos de los poquísimos países del mundo que habían establecido relaciones diplomáticas con el régimen talibán. La monarquía saudí consideraba a su rebelde súbdito como una amenaza, pero no quería mostrarse demasiado favorable a la cooperación antiterrorista con los Estados Unidos, por temor a dar argumentos a sus críticos islamistas, y nunca llegó a cortar el flujo financiero de los donantes que apoyaban a los talibanes y a Bin Laden. En cuanto a Pakistán, que era el país con mayor influencia en Afganistán, quería mantener sus buenas relaciones con Washington, pero a su vez respaldaba a los talibanes y veía en los campos paramilitares afganos un instrumento útil para formar a militantes que combatieran a la India en Cachemira.

El príncipe Turki, jefe de los servicios de inteligencia saudíes desde hacía décadas, compartía la preocupación por el apoyo que Bin Laden podía adquirir en su propio país con el príncipe heredero Abdulá, que, debido a la enfermedad del rey Fahd, gobernaba de hecho el país, pero su orientación proamericana contrastaba con la voluntad de independencia de este. Abdulá no quería por supuesto renunciar a la protección americana, pero consideraba conveniente una política exterior más equilibrada, que incluyera por ejemplo una mejora de las relaciones con Irán, gran enemigo de Washington. Esa era también la actitud del príncipe Naif, el poderoso ministro del Interior, que no deseaba interferencias americanas en su esfera. Sobre ese trasfondo hay que situar el viaje que en junio de 1998, poco antes de los atentados contra las

embajadas de África oriental, efectuó el príncipe Turki a Kandahar, donde solicitó al mulá Omar que Bin Laden fuera expulsado de Afganistán o incluso entregado a Arabia Saudí. Según la versión de Turki, el líder talibán se manifestó de acuerdo, pero cuando en septiembre, es decir después de los ataques de represalia de los americanos contra Al Qaeda, viajó de nuevo a Kandahar para hacerse cargo del rebelde, se encontró con una negativa. El mulá le llegó a reprochar que persiguiera a un valiente musulmán como Bin Laden, a lo que Turki le replicó que con su actitud iba a causar un gran daño a Afganistán (Coll, 2004).

Arabia Saudí era un aliado demasiado importante, por sus recursos petrolíferos y por haber aceptado la presencia de tropas americanas en su suelo, como para que su escasa o nula cooperación antiterrorista, debilitada por la decreciente influencia del príncipe Turki, le causara problemas con Washington. Por otra parte es posible, aunque apenas haya información sobre el tema, que al comienzo de la estancia de Bin Laden en Afganistán los servicios secretos saudíes hubieran tratado de emplear medios más directos para acabar con el problema. Parece, en efecto, que sufrió algún intento de asesinato en el que pudieron estar implicados. También se ha mencionado que pudo atentar contra su vida un grupo islamista, como había ocurrido en Sudán, al que alguna fuente da la denominación de takfir, pero todo ello permanece en el más impenetrable misterio (Scheuer, 2011: 108-110).

Aún más importante para Washington era la cooperación antiterrorista de Pakistán, un país que comparte una extensa frontera con Afganistán, con presencia a ambos lados de un mismo grupo étnico, el pastún, y cuyos servicios de inteligencia mantenían un estrecho contacto con los talibanes. De hecho, el movimiento talibán había nacido entre los refugiados que estudiaban en las madrasas pakistaníes y el apoyo pakistaní había facilitado su triunfo. Para comprender la política de Islamabad en este tema hay que tener en cuenta dos factores fundamentales: por un lado la gran influencia de la cúpula militar en la política exterior y de seguridad, y por otro, la convicción de los militares y de muchos políticos civiles de que frente a la amenaza de la India, su gran rival, era necesario contar con la “profundidad estratégica” que les daba la presencia de un régimen amigo en Afganistán. En la práctica, esa

profundidad estratégica significaba no solo la existencia de una retaguardia segura, sino la posibilidad de cooperación en el entrenamiento paramilitar de militantes islamistas. Como se recordará, la mayoría de las víctimas de los ataques estadounidenses a los campos de entrenamiento en 1998 fueron militantes pakistaníes. Y ello respondía a una arriesgada apuesta de las fuerzas armadas pakistaníes, y en especial de sus poderosos servicios de inteligencia, la de emplear como auxiliares en su enfrentamiento con la India a las milicias de los partidos islamistas, dispuestas a montar ataques guerrilleros y atentados terroristas en territorio indio, especialmente en Cachemira, la región que ambos países se disputaban desde hacía medio siglo. Desde el punto de vista de Washington, la rivalidad entre Delhi y Rawalpindi suponía una grave amenaza para la estabilidad regional, tanto más inquietante en cuanto que ambos países se habían dotado recientemente de armamento nuclear. Así que Clinton tenía buenos motivos para manejar con precaución las relaciones con el tradicional aliado pakistaní, que recibía una importante ayuda militar.

Ello a su vez contribuyó a la reticencia de los Estados Unidos a considerar al régimen talibán como un enemigo a batir. La opción de apoyar en serio a la resistencia afgana no se tomó en consideración hasta después de los atentados del 11-S. La base de la resistencia contra los talibanes se hallaba en el norte del país y su principal impulsor era Ahmed Sha Masud, que se había distinguido en la guerra contra los soviéticos pero se había desacreditado en los conflictos que enfrentaron a los comandantes guerrilleros tras la caída del régimen comunista. Voces autorizadas en Washington hacían notar que, como líder de una etnia minoritaria, los tayicos, difícilmente podía convertirse en un líder nacional; destacaban su vinculación con el tráfico de heroína, sus violaciones de los derechos humanos y, sobre todo, argumentaban que, en ausencia de posibilidades de victoria, un apoyo decidido a la resistencia afgana solo contribuiría a prolongar la guerra civil y a complicar las relaciones con Pakistán. Por otra parte las presiones sobre Islamabad para que colaborara en la lucha contra Al Qaeda dieron escasos resultados, tanto durante la presidencia civil de Nawaz Sharif, hasta 1999, como durante la dictadura del general Pervez Musharraf, a partir de ese año. Los pakistaníes ni convencieron al

mulá Omar de que expulsara a Bin Laden, ni aportaron datos útiles de inteligencia para una posible intervención contra él (Coll, 2004).

Respecto a una acción directa contra Bin Laden en suelo afgano, la administración Clinton barajó dos posibilidades: o bien una acción de guerra basada en el principio de legítima defensa, por ejemplo un ataque con misiles desde un submarino en el océano Índico, o bien un arresto efectuado por los afganos que trabajaban para la CIA. Ambas posibilidades presentaban todo tipo de dificultades, tanto morales y legales como políticas y prácticas. Un asesinato político ordenado por el presidente habría sido ilegal, así que los asesores jurídicos discutieron seriamente si una operación letal contra Bin Laden entraba en esa categoría. Un ataque con misiles podría haber tenido consecuencias políticas adversas, sobre todo si Bin Laden no resultaba alcanzado y había, en cambio, daños colaterales. En cierta ocasión, por ejemplo, hubo informes bastante fiables de inteligencia que lo localizaron en un campamento de cetrería, pero resultó que entre los cetreros se hallaban también potentados de los Emiratos Árabes Unidos, a quienes no habría sido apropiado exterminar con misiles. Una operación de arresto, aparte de la violación de la soberanía afgana, habría sido de resultado incierto, pues Bin Laden estaba bien protegido, y los afganos al servicio de la CIA no deseaban arriesgarse demasiado y tampoco se sentían cómodos con las reglas de uso restringido de la fuerza que se les proponían, que en su opinión implicaban algo tan inviable como sería en una partida de ajedrez dar jaque al rey sin matar ningún peón. El entusiasmo del Pentágono para emplear sus propias fuerzas en tal misión era también limitado. Por otra parte, resultaba muy difícil localizar con antelación las coordenadas de Bin Laden, que se movía en secreto. En cuanto a lograr confidentes en el núcleo árabe de Al Qaeda que lo rodeaba, resultaba imposible. Se experimentó incluso con los primeros aviones de reconocimiento no tripulados y en una ocasión su cámara captó una figura de un hombre muy alto, que bien pudiera haber sido el saudí, pero el resultado final de todos aquellos planes fue nulo (Coll, 2004).

Al Qaeda, en tanto, seguía con sus planes contra los Estados Unidos y en octubre del 2000 consiguió un éxito significativo: dos terroristas suicidas lograron acercarse con su pequeño esquife cargado de explosivos al destructor estadounidense USS Cole, que

repostaba en el puerto yemení de Adén, y lo hicieron estallar, abriendo un boquete en el casco y matando a diecisiete marineros. A falta de pruebas inequívocas acerca de la autoría y de objetivos apropiados para las represalias, Clinton no las ordenó, pero parece que el objetivo de Al Qaeda era precisamente provocarlas. Al menos eso es lo que un mes después le explicó su jefe militar Mohamed Atef, conocido como Abu Hafs, al jefe de la delegación de Al Jazeera en Pakistán: "Nosotros hicimos lo del Cole y queríamos que Estados Unidos reaccionara. Y si reacciona va a invadir Afganistán y eso es lo que queremos […] entonces empezaremos la guerra santa contra los americanos, exactamente igual que contra los soviéticos" (Bergen, 2007a: 336-337).

Unos meses después de aquel atentado entró en funciones un nuevo presidente, George Bush, que en principio no tenía la lucha contra el terrorismo como una de sus prioridades, pero cuyo equipo de seguridad no tardó en darse cuenta de la magnitud de la amenaza. El 4 de septiembre del 2001 el gabinete de Bush se reunió para discutir un borrador de directiva presidencial que implicaba la opción por un compromiso contra los protectores de Al Qaeda mediante una ayuda sustancial a los resistentes afganos contra el régimen talibán, y en especial al comandante Masud (Coll, 2004: 580-581). Pero respecto a Masud, Al Qaeda se les adelantó: el 9 de septiembre le mató un terrorista suicida que se había hecho pasar por periodista. Cabe suponer que se trataba de privar a Washington de su mejor aliado potencial cuando, en respuesta a los inminentes atentados, se decidiera finalmente a invadir Afganistán (Scheuer, 2011: 127-128). Dos días después llegaron los atentados del 11-S, los más letales en toda la historia del terrorismo.

Su preparación, que había comenzado dos años antes, ha sido reconstruida por la Comisión Nacional de Investigación, nombrada a tal efecto por el presidente y el Congreso de los Estados Unidos e integrada por cinco miembros demócratas y cinco republicanos, que entregó su informe final en 2004 (11-S: el informe). La Comisión pudo consultar las declaraciones hechas por los terroristas detenidos, algunas de las cuales hoy sabemos que fueron obtenidas por procedimientos que cabe definir como tortura, como el waterboarding. Ese fue el caso del principal promotor de los atentados del 11-S, Khaled Sheik Mohamed, capturado en el 2002

en Pakistán, que había estudiado ingeniería técnica en los Estados Unidos y había combatido como muyahidin contra los rusos en Afganistán. Estuvo ya implicado en el primer atentado contra las Torres Gemelas de 1993, aunque logró evitar el arresto, y fue él quien le propuso en 1996 a Bin Laden una operación basada en pilotos suicidas que estrellaran aviones contra edificios de los Estados Unidos. Mohamed rechazó inicialmente el ofrecimiento de incorporarse formalmente a Al Qaeda, porque deseaba preservar su independencia, pero comprendía que solo esta organización tenía los medios para una operación de esa envergadura y, cuando a finales de 1998 o comienzos de 1999 Bin Laden le dio el visto bueno, se instaló en Kandahar para prepararla.

Algunos de los principales miembros del grupo que perpetró los atentados llegaron a Afganistán a finales de 1999, procedentes de Hamburgo, donde residían y se habían radicalizado. Entre ellos se encontraban el egipcio Mohamed Atta, que había estudiado urbanismo en Hamburgo y se convirtió en el líder del grupo operativo, así como otros dos de los terroristas que pilotaron los aviones secuestrados, un libanés y un ciudadano de los Emiratos Árabes Unidos. Los tres obtuvieron el visado de entrada y viajaron a los Estados Unidos para formarse como pilotos en el verano del 2000, mientras que quien se ocuparía del cuarto avión sería un saudí que había residido en los Estados Unidos, donde consiguió el título de piloto comercial en 1999. En cuanto a los otros secuestradores, cuya capacitación técnica era menor, se trataba en su mayoría de saudíes que se habían entrenado en los campos de Al Qaeda en Afganistán. Los últimos preparativos se acordaron en una reunión celebrada en las cercanías de Tarragona en julio del 2001, en la que participaron Mohamed Atta y uno de sus compañeros del grupo de Hamburgo, el yemení Ramzi Binalshib, que no pudo participar en los atentados porque los Estados Unidos no le concedieron el visado y actuó como enlace entre el arquitecto de la operación, Khaled Sheik Mohamed, y el grupo operativo. Binalshib visitó de nuevo España seis días antes de los atentados (El País, 30-6-2002). Fue detenido en Pakistán en el 2002 y sus confesiones fueron también importantes para reconstruir la trama. En la actualidad se encuentra encerrado en Guantánamo, como Mohamed.

Hubo al menos dos fallos en las agencias de inteligencia y seguridad, sin los cuales es posible que antes del 11 de septiembre se hubiera tenido una pista de lo que se tramaba. En primer lugar, en el curso de las investigaciones sobre los atentados contra las embajadas de Nairobi y Dar es Salaam se había sabido que dos árabes que tenían relación con Al Qaeda planeaban un viaje a Kuala Lumpur, en Malasia, y la CIA pudo fotografiarlos allí cuando participaban en una reunión y más tarde identificarlos. Eran veteranos de las guerras de Afganistán y Bosnia. Sin embargo no se tomaron medidas y ambos pudieron entrar sin problemas en los Estados Unidos, donde participarían en los atentados del 11-S (Coll, 2004: 477-478). El segundo fallo se produjo cuando, un mes antes de los atentados, una escuela de vuelo de Minnesota contactó con el agente local del FBI para comunicarle sus sospechas acerca de uno de sus alumnos, Zacarías Moussaoui, que hacía extrañas preguntas; y, tras comprobarse que era un islamista radical y que tenía caducada la tarjeta de residencia, fue arrestado, bajo la sospecha de que preparaba un secuestro aéreo. Los agentes del FBI que investigaron su caso no recibieron, sin embargo, autorización para inspeccionar el contenido de su ordenador portátil, por falta de base legal para ello, ni tampoco les llamó la atención el nombre de alguien que le enviaba fondos, que era la persona en cuya residencia se había celebrado la reunión de Kuala Lumpur. La CIA sí tenía ese dato, pero, como en el caso anterior, las reglas que limitaban el intercambio de información entre las agencias de seguridad impidieron cruzar los datos pertinentes (Wright, 2006: 351). Pero de ello no se deben sacar grandes consecuencias: de entre los millones de datos que se recogían sobre presuntas actividades terroristas, en su mayoría inútiles, era difícil que no pasara desapercibido alguno que podía haber proporcionado una pista relevante.

Moussaoui, ciudadano francés de origen marroquí, fue condenado en el 2006 a cadena perpetua, como implicado en la conspiración del 11-S. El voto en contra de uno solo de los doce miembros del jurado le salvó de la pena de muerte.

Capítulo 7. La guerra contra el terror. ¿Fue contraproducente la respuesta de Bush?

En noviembre del 2001, Osama bin Laden tuvo una charla acerca del 11-S que quiso que se grabara en una cinta. Abandonada en su huida, fue encontrada por los americanos y dada a conocer en diciembre. Por ella sabemos que su alegría y excitación fueron tan grandes al tener noticia de lo ocurrido que permaneció hasta las cuatro de la mañana oyendo las noticias en la radio. En su opinión se trataba de un enorme éxito de comunicación y, refiriéndose a los autores de los atentados, dijo: "Esos jóvenes pronunciaron con sus actos en Nueva York y Washington discursos que eclipsaron todos los demás discursos del mundo". Lo más llamativo a mi juicio fue, sin embargo, el comentario que hizo uno de los invitados: "No hay duda de que se trata de una gran victoria. Alá nos ha concedido el honor y nos dará su bendición y nueva victoria durante este sagrado mes de ramadán [que ese año comenzó el 17 de noviembre]. Y esto es lo que todo el mundo espera. Gracias a Alá, América ha salido de sus cuevas" (Bin Laden, 2001).

¿Era eso lo que se pretendía? ¿Forzar a los Estados Unidos a invadir Afganistán, como se fuerza a una alimaña a salir de su cueva para matarla? Esa fue la interpretación que más tarde le dio un líder de Al Qaeda, Sayf Adel, a un periodista jordano: "Nuestro objetivo último con esos golpes a la cabeza de la serpiente era obligarla a salir de su madriguera. […] La primera reacción fue la invasión de Afganistán y la segunda la de Irak". Esas invasiones despertarían finalmente a la nación musulmana, que llevaba "casi dos siglos en hibernación" (Bergen, 2007a: 398-399).

La explicación más coherente de la lógica estratégica que subyacía a los atentados se encuentra en un libro que Ayman al Zawahiri escribió antes de que se cometieran y del cual un periódico árabe de

Londres publicó un amplio extracto poco después. Al Zawahiri era consciente de que la lucha contra gobiernos árabes, como aquella en la que él mismo había participado años atrás contra el gobierno egipcio, no había tenido apenas éxito entre las masas y había fracasado en el propio Egipto y de manera aun más sangrienta en Argelia. En cambio, la Intifada de Al Aqsa había demostrado una vez más el enorme eco que la lucha palestina tenía en la opinión musulmana de todo el mundo. La consecuencia era fácil de deducir: "El movimiento de la yihad debe acercarse más a las masas. […] La nación musulmana no participará en él si los eslóganes de los muyahidines no son entendidos por las masas de la nación musulmana. El único eslogan que ha sido bien entendido por la nación y al que ha respondido durante los últimos cincuenta años ha sido el llamamiento a la yihad contra Israel. Además, la nación se ha orientado en la última década contra la presencia de los Estados Unidos" (Al Zawahiri, 2001).

El principal colaborador de Bin Laden reconocía el error que los islamistas habían cometido al dejar a los nacionalistas laicos el protagonismo de la lucha contra Israel. Pero Al Zawahiri no se limitaba al enemigo sionista, sino que llamaba a la lucha contra Occidente en su conjunto. Con ese peculiar desdén hacia la lógica que suele caracterizar a los aficionados a las teorías de la conspiración, Al Zawahiri era capaz de presentar a Israel como un instrumento creado por las potencias occidentales para servir a sus intereses y dividir a los árabes, y a los Estados Unidos, como un instrumento del "gobierno judío mundial". En plena paranoia conspirativa explicaba que las potencias occidentales, a las que se había sumado Rusia, estaban empeñadas en una lucha contra el islam para la que contaban con instrumentos como la ONU, los gobernantes amigos de los países musulmanes, las empresas multinacionales, los sistemas internacionales de comunicación, las agencias de noticias internacionales, las cadenas de televisión por satélite y… las organizaciones internacionales humanitarias, que servían para el espionaje, el proselitismo, la preparación de golpes de Estado y el transporte de armas. Frente a esa ofensiva global, Al Zawahiri confiaba en que se formara una coalición islamista, integrada por los movimientos yihadíes y por los dos Estados que en el momento en que escribía habían sido liberados por la yihad, es decir, Afganistán y Chechenia. Una coalición que se estaba

preparando para vengar la sangre y el sufrimiento de los pueblos musulmanes, oprimidos “desde el Turquestán oriental hasta Al Ándalus”, es decir, desde China hasta España. Los pueblos occidentales, que eran responsables de los actos de sus gobiernos, carecían de sentido moral y solo entendían el lenguaje de la fuerza: “Debemos entender que Occidente, liderado por los Estados Unidos, que están bajo la influencia de los judíos, no conoce el lenguaje de la ética, la moralidad y los derechos legítimos. Solo conoce el lenguaje de los intereses respaldados por la fuerza militar bruta. Por tanto, si queremos dialogar con ellos y que reconozcan nuestros derechos, debemos utilizar el lenguaje que ellos entienden”.

Ese lenguaje era el terrorismo, acerca de cuya eficacia Al Zawahiri mostraba un optimismo infundado. Argumentaba que era fácil matar a americanos y a judíos mediante un arma de fuego, un cuchillo, un explosivo casero o una barra de hierro y que con esos sencillos medios incluso pequeños grupos podían provocar terror. Pero los atentados no serían más que un medio para alcanzar un fin: “Los ejércitos alcanzan la victoria solo cuando la infantería ocupa el terreno. De la misma manera el movimiento yihadí no triunfará contra la coalición mundial si no dispone de una base fundamentalista en el corazón del mundo islámico. Todos los medios y los planes que hemos examinado con el fin de movilizar a la nación serán castillos en el aire sin ganancia ni beneficio tangible a no ser que lleven al establecimiento del califato en el corazón del mundo islámico”.

Los triunfos contra Rusia, primero en Afganistán y luego en Chechenia, habían llevado al establecimiento de regímenes islamistas, pero ambos países se hallaban en la periferia y el califato debía crearse en el corazón del islam, es decir, en el mundo árabe. Para ello era necesario el ataque directo contra “los mayores criminales”: los Estados Unidos, Rusia e Israel. “En ese caso, se encontrarán ante una amarga alternativa: o dar la batalla directamente contra los musulmanes, lo que significará que la batalla se convierta en una clara yihad contra los infieles, o que reconsideren sus planes tras reconocer el fracaso de la confrontación bruta y violenta contra los musulmanes.”

El plan que proponía Al Zawahiri era, pues, el de lanzar ataques

directos contra los Estados Unidos, Rusia e Israel que les obligaran bien a intervenir militarmente en los países árabes, favoreciendo así la movilización de las masas musulmanas en la guerra santa contra cristianos y judíos, bien a renunciar a sus propósitos, lo que implicaría la desaparición del Estado de Israel y la retirada absoluta de los Estados Unidos del escenario medio oriental, con la consecuencia de la caída de los gobiernos apóstatas, privados de su apoyo. En cuanto a los métodos a usar, llegaba a dos conclusiones que conducían directamente hacia el tipo de atentados del 11 de septiembre: "la necesidad de infligir el máximo de bajas al oponente" y "la necesidad de concentrarse en las operaciones de martirio, que representan el método más exitoso de infligir daño al enemigo y el menos costoso en términos de bajas para los muyahidines".

Se puede por tanto concluir que el objetivo de los atentados del 11 de septiembre era provocar una intervención bélica de los Estados Unidos que permitiera despertar de nuevo la voluntad de combate de los musulmanes, como había ocurrido años atrás con la yihad afgana. Experiencias como la de la retirada de las tropas de los Estados Unidos de Líbano o Somalia podían hacer suponer a los líderes de Al Qaeda que a la intervención inicial seguiría años más tarde una retirada humillante, como había ocurrido con la Unión Soviética, y en ese caso el califato sería posible. Esa era la trampa. ¿Cayó en ella el presidente Bush? ¿Resultó contraproducente la forma en que condujo "la guerra contra el terror"? ¿Fue la invasión de Irak un regalo del cielo para los yihadíes?

Peter Bergen, autor de excelentes estudios sobre Al Qaeda, escribió en el 2005 un ensayo cuyo título implicaba un juego de palabras: Bush había proclamado una war on terror, es decir "una guerra contra el terror", pero esta se había convertido en una war of error, "una guerra de errores". En su opinión, los grandes fracasos de la política contraterrorista de la administración Bush habrían sido cinco. En primer lugar, haber dejado escapar a Bin Laden de las montañas de Tora Bora en diciembre del 2001, tras varios días de combate, en el que solo se empeñó un número muy reducido de tropas norteamericanas. En segundo lugar, no haber comprometido suficientes recursos para la reconstrucción de Afganistán, de manera que, tras el éxito inicial de la intervención, los talibanes pudieon

reorganizar sus fuerzas y promover una insurgencia que comenzó a adquirir gravedad a partir del 2005. En tercer lugar, haber lanzado una intervención en Irak que se ha convertido en una "causa célebre" que ha facilitado el reclutamiento de voluntarios para la yihad en todo el mundo musulmán. En cuarto lugar, no haber presionado lo suficiente al general Musharraf para evitar que Pakistán siguiera siendo una base de retaguardia para los talibanes y Al Qaeda. Y, finalmente, haber desdeñado los cauces legales establecidos para la lucha contra el terrorismo, mediante la autorización de medios de interrogatorio asimilables a la tortura y el encierro de los detenidos en Guantánamo, con el resultado de haber obtenido poca información útil y, en cambio, haber desprestigiado a los Estados Unidos ante la opinión pública mundial (Bergen, 2007b).

La última batalla de Bin Laden en Tora Bora se convirtió en un episodio más en su leyenda de héroe protegido por Dios. El líder de Al Qaeda había permanecido en Kabul hasta muy poco antes de que la capital afgana cayera en manos de las tropas de la Alianza del Norte, que llevaron en tierra el peso de la operación que en pocas semanas acabó con el régimen talibán. Washington, cuyas fuerzas aéreas resultaron determinantes para la victoria, no había querido enviar contingentes significativos de infantería y ello hizo posible que Bin Laden se salvara. Su primer destino fue Jalalabad, adonde voló desde Kabul en compañía de otros líderes de Al Qaeda, pero a mediados de noviembre tomó la carretera que llevaba a su refugio en las montañas de Tora Bora, a tres horas de automóvil, donde el núcleo fiel de sus seguidores de Al Qaeda resistiría bravamente a sus enemigos. Era el escenario de la Guarida del León, de la batalla de Yayi contra los soviéticos y de sus entrevistas más tarde con canales internacionales de televisión. Un escenario lleno de recuerdos épicos, que le era grato también por su paisaje de montañas descarnadas y por el que había dado largos paseos en los últimos años. Su hijo Omar, que se distanció de su padre tras los atentados del 11 de septiembre y escribió más tarde un libro de memorias, se ha referido a esos paseos agotadores, en los que a veces cruzaban la frontera pakistaní. En cierta ocasión le dijo: "Omar, no sabemos cuándo comenzará la guerra. […] Debemos grabar cada roca en la memoria. Nada es más importante que conocer rutas secretas de huida" (Bin Laden, Bin Laden y Sasson,

2009: 173).

Un equipo de la CIA, dirigido por Gary Bernsten, seguía su pista. Y, a finales de noviembre, detectaron a los centenares de hombres de Al Qaeda que defendían la posición de Tora Bora, bien dotados de armamento. Inmediatamente comenzaron los bombardeos masivos, que se prolongaron durante días y que los supervivientes recordarían con espanto. Murieron 220 militantes y otros 52 fueron capturados, en su mayoría árabes, pero Bin Laden no estaba entre ellos. Más tarde un sitio de Al Qaeda en Internet explicaría que una noche soñó con un escorpión que se introducía en su trinchera y que por ello la abandonó, salvando así la vida cuando uno o dos días después una bomba la destruyó. Pero al margen de sueños premonitorios, un factor muy real contribuyó a facilitar su huida, la decisión del mando estadounidense de no enviar a los ochocientos Rangers que el jefe de equipo de la CIA había solicitado para el asalto final. Esto supuso que el grueso de las fuerzas que cercaron a Bin Laden fueran hombres de caudillos afganos locales, mientras que solo participaron poco más de cincuenta estadounidenses, en su mayoría pertenecientes a Delta, la unidad secreta de operaciones especiales, y una docena de comandos británicos. Puesto que se había difundido la noticia de que allí estaba Bin Laden, el número de periodistas en Tora Bora era por entonces mayor que el de soldados occidentales. Pero la gran noticia no se produjo, pues una tregua temporal con un caudillo afgano facilitó la huida de Bin Laden y centenares de sus seguidores (Bergen, 2009).

El gobierno de Bush, todo cuyo interés se centraba ya en preparar una nueva guerra en Irak, no parece haber dado demasiada importancia a que el líder de Al Qaeda hubiera escapado a Pakistán. La operación Libertad Duradera, así se denominó la intervención en Afganistán, parecía haber sido un éxito total, logrado sin apenas bajas propias, ya que el peso lo habían llevado las fuerzas aéreas y los aliados locales. El régimen talibán se había hundido en pocas semanas, los campos de entrenamiento en los que durante años se habían formado peligrosos terroristas estaban desmantelados, Al Qaeda había perdido a numerosos militantes, muertos o capturados, y según muchos indicios el desánimo se había apoderado de la organización. Así que Bush destinó muy pocos recursos, tanto financieros como militares, a una reconstrucción de Afganistán que

asegurara la paz a largo plazo. El resultado fue que tres o cuatro años después los insurgentes talibanes, con una sólida retaguardia en Pakistán, amenazaban seriamente la estabilidad del frágil régimen democrático establecido en Kabul.

La propia Al Qaeda no tardó en recuperarse del revés sufrido, mediante su propaganda, que alcanzaría un eco mundial sin precedentes a través de Internet, y nuevos atentados. Durante los diez últimos años Bin Laden mantuvo su presencia global a través de cintas de audio o de vídeo, canalizadas en un primer momento a través de emisoras comerciales como Al Jazeera, distribuidas más tarde a través de una productora clandestina propia, As Sahab, y repetidas miles de veces a través de múltiples sitios en Internet. Pero la modernidad del medio de difusión no debe hacer olvidar que tales mensajes responden a una tradición cultural milenaria. Michael Scheuer, el antiguo analista de la CIA, ha destacado que para comprenderlos es necesario situarlos en su contexto religioso. En particular, muchos de ellos responden a las críticas que Al Qaeda ha recibido por parte de clérigos musulmanes, e incluso de islamistas radicales, que la acusaban de haber violado las reglas de la yihad por sus ataques lanzados sin haber conminado al enemigo a someterse al islam, ni haberle ofrecido una tregua en caso de que renunciara a sus actos hostiles. De ahí las sorprendentes exhortaciones de Bin Laden a los occidentales a que abrazaran la fe islámica o sus ofertas de tregua, como la que hizo a los europeos un mes después de los atentados de Madrid. Por otra parte no ha cesado en sus denuncias de la apostasía en que habrían caído muchos musulmanes que lo eran solo de nombre. Ha acusado de apóstatas a los gobernantes árabes que apoyaron la invasión de Irak, favoreciendo a los infieles en su ataque contra un país musulmán, y a los teólogos que ante ello habían permanecido en silencio los ha denunciado con epítetos como “clérigos del rey” y “ulemas del vicio” (Scheuer, 2011: 135-139).

Un buen ejemplo de la capacidad retórica de Bin Laden es su carta a los americanos, colgada en Internet primero en árabe y luego en inglés en octubre del 2002, que daba respuesta a las cuestiones de por qué los había atacado y qué les exigía. En ella se combinaban una denuncia de la política exterior americana, supuestamente hostil a los musulmanes en todos los rincones del mundo, desde

Palestina hasta Cachemira; una denuncia de su perversión moral, que concluía en un llamamiento a su conversión al islam; y una denuncia política que respondía a críticas comunes en Occidente, como las relativas a la corrupción del sistema político por la influencia del dinero o la negativa a firmar los acuerdos de Tokio sobre el cambio climático. Pero su condena de la civilización americana como "la peor civilización en la historia de la humanidad" partía del rechazo a dos pilares básicos de la democracia: el fundamento de la legislación en la voluntad popular y la separación del Estado y la religión: "Ustedes son la nación que, en vez de regirse por la ley de Dios [sharia], prefiere inventar sus propias leyes según su voluntad y deseo. Ustedes separan a la religión de sus decisiones políticas, contradiciendo a la propia naturaleza que afirma la Absoluta Autoridad del Señor vuestro Creador" (Lawrence, 2005: 160-172).

Pero Al Qaeda no solo difundía su desafío global mediante palabras, también lo hacía mediante hechos de terror. Entre unas y otros existía además una concatenación, pues a las amenazas que lanzaba en sus mensajes les seguían atentados. Peter Bergen ha observado cómo poco después de que en octubre del 2002 Bin Laden llamara a una reanudación de los ataques contra Occidente, un atentado en una discoteca en Bali mató a doscientas personas, en su mayoría jóvenes turistas australianos; cómo tres meses después de que en septiembre del 2003 Al Zawahiri amenazara al general Musharraf por su participación en la lucha contra Al Qaeda, hubo dos intentos de asesinarlo; y cómo a la amenaza de Bin Laden en octubre de ese año contra los miembros de la coalición que habían participado en la intervención en Irak, le siguieron en el año y medio siguiente atentados contra el consulado británico en Estambul y contra medios de transporte en Madrid y Londres (Bergen, 2007a: 474).

La cuestión de en qué medida estos y otros atentados fueron obra de Al Qaeda, de grupos locales asociados a esta o de grupos yihadíes independientes resulta muy compleja, pero no hay duda en cambio de que los atentados relacionados con Al Qaeda han sido más frecuentes en los primeros años del siglo XXI de lo que lo fueron a finales del siglo XX. Javier Jordán, gran experto español en la materia, ha estimado que, prescindiendo de los casos especiales de Irak y Afganistán, el núcleo central de Al Qaeda estuvo implicado

en ocho atentados entre 1995 y 2001 y en dieciséis entre 2002 y 2007, mientras que otros grupos asociados a ella cometieron dos atentados en el primer periodo y diecinueve en el segundo. Esto muestra que el renombre alcanzado por Al Qaeda tras sus atentados de Nueva York y Washington la convirtió en un polo de atracción para grupos islamistas violentos de diversos países (Jordán, 2010: 21-22).

El impacto en la opinión pública mundial de atentados antioccidentales con gran número de muertos, como los de Bali, Madrid y Londres, fue considerable, pero la mayor parte de las víctimas del terrorismo yihadí en la primera década del siglo XXI han sido musulmanas. El gran frente de la yihad mundial, desde la invasión que en el 2003 derribó el régimen de Sadam Husein, ha sido Irak, que se ha convertido en un gran activo en la propaganda de Al Qaeda. Si el propósito de los atentados del 11-S era provocar que los Estados Unidos intervinieran en el corazón del mundo árabe, provocando la indignación de la opinión pública musulmana y la afluencia de voluntarios extranjeros, como había ocurrido veinte años antes en Afganistán, ese propósito se logró con la invasión de Irak. La presencia dominante de los chiíes en el sistema político iraquí surgido tras la caída de Sadam contribuyó también a legitimar la yihad contra los Estados Unidos y sus aliados locales a ojos de muchos suníes. Al Qaeda no tenía una presencia significativa en el país antes del 2003, pero tampoco tuvo que crearla desde la nada, sino que aceptó la integración de un grupo independiente, dirigido por el jordano Abu Musab al Zarkawi, que asumió la denominación de Al Qaeda en Irak (AQI) y destacó muy pronto por su letal recurso a los atentados terroristas, sobre todo contra objetivos chiíes. Los voluntarios yihadíes llegados de otros países desempeñaron en Irak, por otra parte, un papel mucho más importante del que habían tenido veinte años antes en la yihad afgana.

Por unos años, hasta el 2007, pareció que la guerra de Irak solo ofrecía beneficios a Al Qaeda. Como ha escrito un analista: “La campaña de AQI engrandeció a Al Qaeda a efectos de mantener su presencia en los medios, distraer la atención de Estados Unidos de Afganistán, adquirir una enorme experiencia táctica y participar en una lucha muy popular” (Fishman, 2009). Sin embargo, a medio

plazo la estrategia de Al Zarkawi le enajenó el apoyo de la población suní de Irak y le condujo a un rotundo fracaso. Su proyecto era tan sencillo como letal: una campaña de atentados contra los chiíes que provocara las represalias de estos contra los suníes y condujera así a Irak hacia una guerra civil de la que resultaría un conflicto de mayor magnitud que el engendrado por la lucha contra las tropas de la coalición internacional. Él mismo explicó en una carta a Bin Laden, interceptada por los americanos a comienzos del 2004, que solo si se lograba arrastrar a los chiíes a una guerra contra los suníes, estos despertarían de su sopor (Bergen, 2007a: 463-464).

No era este el planteamiento de Bin Laden y Al Zawahiri, cuya estrategia se basaba en la convicción de que solo la lucha contra el enemigo externo podía generar el entusiasmo del conjunto de la nación musulmana, mientras que los enfrentamientos internos, aunque fueran dirigidos contra los heréticos chiíes, resultarían contraproducentes para tal fin. No se atrevieron sin embargo a condenar a Al Zarkawi en público, dado que representaba una gran baza propagandística por la letalidad de sus acciones contra las tropas ocupantes y sus aliados afganos, pero trataron de modificar su línea de actuación mediante cartas privadas, dos de las cuales nos son conocidas (Scheuer, 2011: 136-139). La primera es una carta de Al Zawahiri de julio del 2005, en la que le recordó que sus objetivos inmediatos eran expulsar a los americanos y establecer un emirato islámico en Irak, para lo cual era fundamental el apoyo de las masas musulmanas de Irak y de los países vecinos, que solo se movilizaban si el enemigo era el ocupante extranjero, judío o americano. Le recomendó también que abandonara la práctica de degollar rehenes y de mostrarlo en vídeos, porque esas escenas desagradaban a muchos musulmanes y aquella era una batalla que en buena parte se libraba en el campo de los medios de comunicación (Al Zawahiri, 2005). La segunda, escrita unos meses después por Atiyá, un dirigente de Al Qaeda de origen argelino que conocía bien el efecto contraproducente de las matanzas de civiles perpetradas por los islamistas en la guerra civil que ensangrentó Argelia a mediados de los ochenta, repitió argumentos similares y le pidió directamente a Al Zarkawi que no tomara decisiones importantes sin antes consultarlo con el jeque Osama y la dirección de Al Qaeda (Atiyá, 2005).

La preocupación que revelaban estas cartas estaba justificada. Lo cierto es que la brutalidad y la arrogancia demostradas por Al Qaeda en Irak, integrada en gran medida por extranjeros, acabaron por granjearle el rechazo de la población árabe suní local e incluso de grupos que participaban en la insurgencia. Por el contrario, varios grupos insurgentes suníes optaron por aceptar los ofrecimientos americanos de llegar a bien pagados acuerdos. A partir del 2008 la intensidad de los combates se redujo notablemente y se abrió la posibilidad de una retirada norteamericana que no llevara consigo el hundimiento del nuevo sistema político iraquí. El éxito de la yihad afgana no se ha repetido en las riberas del Éufrates y el Tigris.

Capítulo 8. Bin Laden y España. ¿Intervino Al Qaeda en el 11-M?

El jueves 11 de marzo del 2004, exactamente dos años y medio después de que cuatro aviones fueran destruidos en los atentados del 11 de septiembre, cuatro trenes de cercanías que se dirigían a Madrid fueron destruidos mediante explosiones, causando la peor matanza en toda la historia del terrorismo en España. Centenares de personas que a primera hora de aquella mañana iban a sus lugares de trabajo o estudio sufrieron heridas y ciento noventa y una murieron. La conmoción que aquella atrocidad causó entre los españoles fue enorme, pero condujo sobre todo a un debate interno, sin que apenas se haya mostrado en estos años un interés colectivo por la cuestión de si Bin Laden y su organización estuvieron implicados.

Aquella misma tarde el ministro del Interior Ángel Acebes dio a conocer una primera pista que apuntaba hacia una autoría islamista, pero durante varios días el gobierno de José María Aznar se esforzó en privilegiar la hipótesis de que fuera ETA la responsable. Dos días después, en una cinta de vídeo depositada en una papelera, de cuya existencia se supo por una llamada anónima a Telemadrid, una rama militar de Al Qaeda en Europa, hasta entonces desconocida, reivindicaba los atentados. Y el 14 de marzo la convicción de muchos españoles de que los atentados eran una respuesta yihadí a la decisión de Aznar de apoyar la intervención en Irak y de que el gobierno estaba tratando de enmascarar esa realidad contribuyó a una inesperada victoria electoral del PSOE. Esto tuvo un efecto traumático sobre el sector conservador de la opinión pública española y creó el ambiente favorable para una amplísima difusión de absurdas teorías conspirativas, según las cuales la autoría de ETA habría sido ocultada deliberadamente y los atentados habrían sido atribuidos a “los moritos de Lavapiés”, como los llamaba algún notorio comentarista radiofónico, para beneficiar

electoralmente a los socialistas.

Los autores materiales de los atentados fueron identificados, y varios de ellos se suicidaron colectivamente en Leganés, antes de que se produjera el cambio de gobierno, y su culpabilidad quedó demostrada por la Audiencia Nacional y confirmada por el Tribunal Supremo. Se trataba de un grupo islamista local, que no tenía estructura definida, ni una denominación para designarse, ni contactos probados con Al Qaeda. Sin embargo, existen muchos indicios sobre su conexión con el movimiento de la yihad global, aunque esta conexión no haya sido aclarada por la justicia ni haya recibido la debida atención en el debate público sobre el tema, durante mucho tiempo enredado por especulaciones infundadas que trataban de desacreditar la investigación oficial. Queda por tanto en pie la cuestión capital de si aquellos terribles atentados fueron cometidos por unos terroristas que tan solo compartían la ideología de Al Qaeda o si más bien tenían vínculos con ella, como sostienen varios destacados analistas, entre ellos, Fernado Reinares.

Algunos indicios apuntan incluso a que los atentados respondieron a un estímulo que partió del propio líder de Al Qaeda. En primer lugar hay que recordar que el 18 de octubre del 2003, Al Jazeera había emitido un mensaje sonoro de Bin Laden en el que este incluía a España entre los países que consideraba legítimo atacar: “Nos reservamos el derecho de responder en el momento y el lugar oportunos, contra todos los países que participan en esta guerra injusta [la de Irak], en particular Gran Bretaña, España, Australia, Polonia, Japón e Italia” (El País, 19-10-2003). Bin Laden volvió sobre el tema un mes después de que se produjeran los atentados, con un mensaje emitido el 15 de abril del 2004 por Al Jazeera en el que los presentó, al igual que los de Nueva York y Washington, como una respuesta a los ataques sufridos por los musulmanes en Afganistán, Irak y Palestina. Ofreció entonces a los europeos una tregua de tres meses para que se disociaran de la agresión promovida por Washington y explicó que su oferta respondía “a las evoluciones positivas que se dieron a raíz de los últimos acontecimientos y de los sondeos que muestran la disposición de la mayoría de los pueblos de Europa a la paz” (Bin Laden, 2004). Esas “evoluciones positivas” incluían con toda seguridad la derrota electoral del Partido Popular y el anuncio de la retirada de las

tropas españolas de Irak por parte del nuevo gobierno socialista.

Aunque ello pueda resultar polémico en el tenso ambiente del debate político español, la conclusión de que el objetivo estratégico de los atentados era precisamente el de provocar la retirada de las tropas españolas puede deducirse de los datos disponibles. Unos meses antes de los atentados, España había sido amenazada en un "mensaje al pueblo español" que un denominado "departamento de información para apoyar al pueblo iraquí" colgó en diciembre del 2003 en una página yihadí de Internet. El pueblo español, se podía leer en el mensaje, había sido engañado por sus políticos, que lo habían llevado a la guerra de Irak, pero había tomado "una postura de honor en contra de esta guerra injusta". Sin embargo, añadía, no se había efectuado ningún intento de derribar al belicoso gobierno de Aznar, por lo que los españoles debían saber que la intervención en Irak traería consigo una amenaza para la seguridad nacional española. Tras recordar la muerte de siete agentes del CNI en Irak, los anónimos autores del texto advertían: "Responsabilizaremos al gobierno español por la muerte de cualquier miembro de su fuerza, tanto en Irak como fuera de Irak" (Audiencia Nacional, 2006a: 542-544).

No sabemos si este "departamento de información para apoyar al pueblo iraquí" tenía alguna vinculación con Al Qaeda, con los terroristas del 11-M o con algún grupo de la insurgencia iraquí, pero sí sabemos que Internet se ha convertido en el lugar óptimo para la propaganda yihadí e, incluso, para debatir la estrategia a seguir. Por otra parte, ese mismo "departamento de información" colgó, en el mismo sitio de Internet y también en diciembre del 2003, un documento más extenso que luego ha sido muy comentado. La tesis de este documento, titulado "El Irak del yihad", era que la guerra de Irak representaba una batalla crucial para "la nación islámica entera" y que si se lograba la victoria, se dispondría por primera vez de una base para el resurgimiento islámico y para la prosecución de la yihad situada cerca de la tierra de los dos lugares santos (Arabia Saudí) y de la mezquita de Al Aqsa (en Jerusalén). En esa batalla estaban implicados todos los países infieles de Occidente, con los Estados Unidos y Gran Bretaña a la cabeza, por lo que una retirada de las tropas británicas resultaría muy útil, pero no se produciría a no ser que tuvieran pérdidas

enormes o se produjera la retirada de los otros dos aliados más destacados, España e Italia. El caso español era singular, porque la posición del gobierno de Aznar no era compartida en absoluto por el pueblo y, por tanto, podría verse obligado a retirar sus tropas por la presión de sus propios ciudadanos en caso de sufrir bajas. Era, pues, necesario que la resistencia iraquí propinara "golpes dolorosos a sus tropas" y que ello fuera acompañado de un esfuerzo informativo acerca de la situación real dentro de Irak. Había que aprovechar al máximo "la proximidad de las elecciones generales en España en el tercer mes del próximo año". El gobierno español no soportaría más de dos o tres golpes, como máximo, antes de verse obligado a retirarse debido a la presión popular. Y si no lo hacía, estaría "prácticamente garantizada" la victoria del Partido Socialista, que llevaría la retirada de las tropas en su proyecto electoral (Audiencia Nacional, 2006a: 534-542).

No hay ninguna prueba de que este documento fuera conocido por los autores de los atentados y claramente alude a ataques contra las tropas españolas, no contra la población civil. Ofrece sin embargo una argumentación que encaja con lo que finalmente sucedió, pues los atentados contribuyeron a la derrota electoral del PP y por tanto, indirectamente, a la retirada española de Irak. Un detallado estudio sobre el tema concluye que el 11-M tuvo una influencia crucial en el resultado de las elecciones, porque "la conmoción por los atentados activó el rechazo a la posición del gobierno español en la guerra de Irak, y este rechazo activó el deseo latente de cambio de un sector determinante del electorado" (Michavila, 2005).

La vinculación de los atentados con la intervención española, no solo en la guerra de Irak, sino también en la de Afganistán, aparece de manera explícita en la cinta de vídeo en la que se reivindicaban los atentados en nombre de Al Qaeda y que concluía así: "Esto es un aviso del portavoz del ala militar de Ansar al Qaeda en Europa, Abu Dujan al Afgani" (Audiencia Nacional, 2007b: 69). La pista para identificar a quien se escondía bajo este nombre de Abu Dujan surgió de una operación de la policía belga, que apenas una semana después de los atentados detuvo al militante marroquí Yusef Belhadj y en el registro de su piso encontró varias tarjetas para teléfono móvil. Un análisis de los números telefónicos contenidos en sus memorias y de los nombres asociados a ellos permitió deducir que

Belhadj utilizaba el de Abu Dujan. Resulta también notable que, al adquirir una de esas tarjetas el día 19 de octubre del 2003, quien lo hizo diera un nombre falso y como fecha de nacimiento el 11 de marzo de 1921 (Audiencia Nacional, 2006a: 1309-1319 y1326). Alguien, quizá el propio Yusef, usó la fecha del 11 de marzo al adquirir su nueva tarjeta cinco meses antes de los atentados y justo al día siguiente de que Bin Laden amenazara a España en la cinta emitida por Al Jazeera. No es más que una coincidencia, a la que no habría que dar importancia alguna si no fuera porque también se da otra coincidencia: cuando Rabei Osman el Sayed, alias Mohamed el Egipcio, que sería procesado por los atentados, contrató en Italia una dirección de correo electrónico, dio también como fecha de nacimiento la del 11 de marzo de 1970 (Audiencia Nacional, 2006b: 97).

No es difícil imaginar el motivo de esta curiosa predilección por tal fecha, pues, según destacó el vídeo reivindicativo de Al Qaeda, el 11 de marzo del 2004 representa exactamente dos años y medio respecto al 11 de septiembre del 2001. Se buscaba, así, una conexión simbólica entre ambos ataques. Por otra parte, en octubre del 2003 se sabía que las elecciones generales iban a tener lugar en unos meses, pero no su fecha exacta, así que el hecho de que los atentados tuvieran lugar justo tres días antes de las elecciones debió de ser una simple coincidencia, muy afortunada desde la perspectiva de los terroristas.

La fiscal del 11-M, Olga Sánchez, sostuvo la tesis de que Yusef Belhadj habría transmitido al grupo de Madrid, en octubre del 2003, la fecha elegida para la ejecución del ataque terrorista que se venía preparando (Audiencia Nacional, 2007a: 22). Esto es difícil de probar, pero hay algunos indicios de que Belhadj pudo actuar de enlace entre la dirección de Al Qaeda y el grupo de Madrid. En primer lugar, un sobrino suyo declaró que el propio Yusef le había dicho que pertenecía a Al Qaeda (Audiencia Nacional, 2006a: 1318). Es notable también que en las últimas semanas del 2003 le visitaran en Bélgica dos de los implicados en el 11-M, Abdelmajid Bouchar, que ha sido condenado a dieciocho años de cárcel, y Mohamed Afalah, procesado en rebeldía y supuestamente fallecido como suicida en Irak. Y, además, el propio Belhadj viajó a España en febrero del 2004, de donde partió el 3 de marzo, ocho días antes

de los atentados (Audiencia Nacional, 2006b: 73). ¿Por qué no participó en ellos? Una posible explicación es que fuera un agente demasiado importante para sacrificar su vida, quizá un destacado miembro de Al Qaeda en Europa: el Abu Dujan del vídeo reivindicativo.

Lo cierto es que los preparativos concretos para los atentados comenzaron diez días después de que se emitiera la grabación en que Bin Laden amenazaba a España, es decir el 28 de octubre del 2003, cuando se produjo el primer contacto directo entre los responsables de los atentados y los delincuentes asturianos que les proporcionaron la dinamita, un encuentro en Carabanchel en el que estuvo presente Jamal Ahmidan, conocido como el Chino, quien más tarde se suicidaría en Leganés (Audiencia Nacional, 2006b: 68-70).

La formación del grupo yihadí madrileño que cometería los atentados había comenzado, sin embargo, bastante antes y un confidente de la policía asistió a sus reuniones en los últimos meses del 2002, cuando todavía no había surgido el proyecto de atentado. Este confidente se desdijo de sus declaraciones en el juicio, pero, dado que entre tanto el diario El Mundo había revelado su identidad, sus motivos para desdecirse resultan obvios: había perdido el anonimato. Se han dado a conocer también las notas policiales sobre la información que en su momento proporcionó este confidente, que no pudo sin embargo contribuir a que se evitaran los atentados, porque algunos miembros del grupo habían empezado a sospechar de él y en febrero del 2003 salió de Madrid. Según su testimonio, los dos líderes de este grupo islamista eran el marroquí Mustafá Maymouni, más tarde condenado en su país por su implicación en los atentados de Casablanca de mayo del 2003, y Sarhane ben Abdelmajid Faket, más conocido como el Tunecino, otro de los suicidas de Leganés. A mediados de octubre del 2002, Maymouni les explicó que la campaña se estaba enfocando "hacia los centros de diversión nocturnos frecuentados por los no creyentes en suelo musulmán", una afirmación muy significativa, porque encaja con los atentados que se produjeron en Casablanca siete meses después. En las reuniones, que se celebraban una vez a la semana y duraban seis u ocho horas, los asistentes veían cintas de vídeo con sermones o con escenas de combate yihadí y comentaban

libros y folletos. Maymouni recitaba versos relativos a la yihad y Sarhane disertaba con gran convicción acerca de la necesidad de combatir a los cristianos, a los judíos y también a los falsos musulmanes, como los gobernantes del Magreb. Por entonces el grupo estaba también en contacto con alguien al que conocían como Mohamed el Egipcio, pero este no asistía a las reuniones porque extremaba las medidas de precaución. Un marroquí que estaba en estrecho contacto con el Egipcio le comentó al confidente que para combatir en la yihad no era necesario ir a Afganistán o Chechenia, porque cada uno podía hacerlo en el país donde vivía (Audiencia Nacional, 2006a: 1224-1238). Esto coincide con lo que consta en un informe policial acerca de una reunión celebrada en Estambul en febrero del 2002, a la que habían acudido representantes de los "grupos islámicos combatientes" de Libia, Marruecos y Túnez, en la que se acordó que los activistas actuarían en sus países de residencia (Audiencia Nacional, 2007a: 14).

La fiscal acusó de haber planeado el atentado a cuatro personas: Yusef Belhadj, el supuesto Abu Dujan; a Sarhane Faket, conocido como el Tunecino, que no pudo ser procesado por haberse suicidado; a Rabei Osman el Sayed, alias Mohamed el Egipcio; y al marroquí Hasan el Haski, alias Abu Hamza (Audiencia Nacional, 2007 b, 16-17). El caso más interesante de los cuatro resulta ser el de Mohamed el Egipcio, que estuvo en España desde el verano del 2001 hasta que en febrero del 2003 se marchó a Italia. Antes de detenerlo, la policía italiana lo sometió en Milán a una estrecha vigilancia, fruto de la cual se consiguieron unas interesantes grabaciones que se han dado a conocer. En particular resultan reveladoras sus conversaciones con un joven compañero de piso, Yahya, a quien trataba de convencer de que se incorporara a la yihad. Le hizo ver una grabación de Internet en la que aparecía la ejecución de un rehén americano y, ante la pregunta del joven de si aquello no era pecado, le replicó que para ellos, que luchaban en el nombre de Dios, nada era pecado. Le recomendó que leyera sobre la yihad y el martirio, que viera algunos vídeos sobre los muyahidines de Chechenia, Argelia, Cachemira o Afganistán y que escuchara una y otra vez grabaciones sobre el martirio. Respecto a su propio pasado, le comentó a su joven amigo que a partir de septiembre del 2001 no le había resultado fácil moverse por Francia ni por España, porque los servicios de inteligencia vigilaban a los sospechosos de

yihadismo. No mencionó que él mismo perteneciera a la organización de Bin Laden, pero a su amigo Yahya le dio este consejo: "Hay que entrar en las filas de Al Qaeda […] esta es la solución […] ya que las puertas de Al Qaeda están abiertas".

Pero lo más notable de aquellas grabaciones es esta afirmación: "Escúchame, Yahya, ten cuidado y no hables, la operación entera de Madrid fue mía […] Fueron de los más queridos amigos […] cayeron mártires que Alá les tenga en su misericordia […] El hilo de la operación de Madrid fue mío, ¿entiendes? Los trenes […] En realidad, yo no estuve con ellos el día de la operación, pero el día 4 me puse en contacto con ellos y me enteré de todos los detalles. Ten cuidado y no hables. Ellos se movían juntos mientras yo me muevo solo. El programa fue de alto nivel, incluso yo estaba preparado para ser mártir, pero ciertas circunstancias me lo impidieron. […] Esta operación requirió muchas lecciones y mucha paciencia a lo largo de dos años y medio" (Audiencia Nacional, 2006a: 1267-1297).

Dos años y medio: de ser cierta esta afirmación, la operación se habría empezado a planear nada menos que en septiembre del 2001. ¿Decidió Al Qaeda que, tras el éxito del 11-S, el siguiente gran atentado debiera dirigirse contra un aliado europeo de Washington? En ese caso, ¿cuándo y por qué se optó por atentar en España? Son preguntas para las que de momento no hay respuesta. Tampoco tenemos que dar necesariamente crédito a la afirmación de Rabei Osman de que él había sido el principal diseñador de los atentados, pero es más que probable su implicación en los preparativos, y llama la atención la referencia a que sus amigos de Madrid "se movían juntos" mientras que él se movía solo. Esa descripción puede aludir a la distinción entre un amplio grupo de base y un agente de enlace. Al igual que en el caso de Yusef Belhadj, el Egipcio podía ser un agente de Al Qaeda.

La policía italiana grabó también una conversación de Mohamed el Egipcio con un cierto Murad, quien le saludaba como jeque Mohamed, en una evidente muestra de respeto (Audiencia Nacional, 2006a: 1294-1297). Este Murad ha sido identificado como Mourad Chabarou, a quien había conocido en España y que más tarde fue condenado en Bélgica por su vinculación con el Grupo Islámico

Combatiente Marroquí (GICM), un grupo sobre el que se dispone de poca información precisa pero que parece haber estado implicado en los atentados de Madrid. Una célula francesa del GICM fue desarticulada en mayo del 2004 y uno de sus miembros, Attila Turk, declaró en el interrogatorio que el grupo había sido responsable de los atentados de Casablanca y Madrid. Según él, el jefe del GICM en Bélgica era desde enero del 2004 Hasan el Haski, que tenía tarjeta de residencia en España y que tras los atentados se refugió en Lanzarote, donde fue detenido en diciembre del 2004. Sin embargo, otro de los detenidos en Francia declaró que Hasan el Haski estaba orgulloso por los atentados de Madrid, pero que nunca le había oído ni a él ni a otros miembros del grupo referirse a su organización con un nombre determinado (Audiencia Nacional, 2006a: 1248-1309).

De nuevo nos encontramos con la reticencia de los terroristas yihadíes a dar una denominación precisa a sus grupos, quizá en parte por motivos de seguridad, y también porque su proselitismo se basa en afirmar que representan a la comunidad musulmana en su conjunto, la Umma. En todo caso, la fiscal pidió para El Haski una pena de 38.952 años, lo mismo que para Yusef Belhadj y Rabei Osman, considerados los “autores intelectuales” de los atentados. Pero la gran sorpresa que deparó la sentencia de la Audiencia Nacional de octubre del 2007 fue la de no haber asumido las tesis del ministerio fiscal respecto a ninguno de los tres. Belhadj fue condenado a doce años; El Haski, a quince, y Osman fue absuelto, con el argumento de que ya había sido condenado en Italia por el mismo delito, el de integración en una organización terrorista. El tribunal presidido por el juez Javier Gómez Bermúdez no encontró pruebas de que alguno de los tres hubiera desempeñado un papel dirigente en la preparación de los atentados.

La misión de la justicia no es establecer la verdad histórica, sino castigar a los responsables probados de los delitos que se juzgan. No podemos, pues, reprochar a la Audiencia Nacional que no esclareciera las conexiones de los autores del atentado con Al Qaeda. La justicia marroquí tampoco ha resuelto el tema de la conexión entre el GICM y Al Qaeda. Quizá la documentación informática incautada en la casa donde Bin Laden encontró la muerte revele en el futuro nuevas pruebas.

Capítulo 9. Morir en Abbotabad. ¿Acción de guerra o ejecución extrajudicial?

El presidente Barack Obama anunció la muerte de Osama bin Laden en un sobrio discurso pronunciado el 2 de mayo del 2011, pocas horas después de que un comando de operaciones especiales hubiera penetrado en su refugio pakistaní y hubiera eliminado al responsable de los atentados del 11-S. Obama explicó que poco después de su toma de posesión había ordenado al director de la CIA Leon Panetta que hiciera de la muerte o captura de Bin Laden la principal prioridad en la lucha contra Al Qaeda. El objetivo se había alcanzado y el presidente tuvo buen cuidado en subrayar que aquello nada tenía que ver con el islam: “Bin Laden no era un líder musulmán; era un asesino en masa de musulmanes. De hecho, Al Qaeda ha matado brutalmente a docenas de musulmanes en muchos países, incluido el nuestro. Por ello su desaparición debe ser bienvenida por todos los que creen en la paz y la dignidad humana”.

El comando que asaltó la residencia de Bin Laden se llevó consigo una enorme masa de documentación, incluido un buen número de papeles escritos de su mano y sobre todo una inmensa cantidad de archivos informáticos que los especialistas de la CIA tardarán bastante en analizar enteramente, pero de cuyo contenido ya se han filtrado algunos datos. De ellos se desprende que el líder de Al Qaeda se mantenía en contacto con su organización, estaba al tanto de muchos proyectos de atentados y daba consejos sobre ellos. No disponía de Internet ni de teléfono, por evidentes motivos de seguridad, pero utilizaba un canal de comunicación en el que se combinaba el recurso tradicional a los mensajeros de confianza con la tecnología avanzada de los pequeños pendrive, en los que se transportaba la información y de los que en su residencia había un centenar. Era un método lento pero seguro, aunque al final fue la identificación de un mensajero lo que puso a la CIA tras su pista. Su

principal consejo a sus seguidores era que pensaran en atentados a gran escala, como los del 11 de septiembre, porque era la única manera de forzar la retirada estadounidense del mundo árabe. Recomendaba que se estudiaran no solo nuevos ataques en Nueva York, sino también en Los Ángeles o en ciudades menores, y que se pensara en la posibilidad de atentados contra trenes. No parece sin embargo que existiera un proyecto concreto en marcha.

Su residencia en Abbotabad, una ciudad cercana a la capital pakistaní, conocida por ser la sede de una prestigiosa academia militar, era un amplio pero sencillo edificio de tres plantas con escasas ventanas hacia el exterior, situado en un amplio terreno protegido por elevados muros, en el que se levantaba también una segunda vivienda. Nunca salía de allí y los agentes de la CIA, que durante meses lo habían estado vigilando desde un edificio cercano con sofisticados medios ópticos y acústicos, solo pudieron observar a una persona de elevada estatura que daba largos paseos tras aquellos muros, a la que no pudieron identificar con seguridad. Según las noticias todavía no muy precisas de las que por el momento se dispone, con él vivían tres de sus esposas, varios de sus hijos y nietos, los dos supuestos propietarios de la vivienda, que al parecer eran su mensajero de confianza y el hermano de este, así como al menos otra mujer, quizá una doctora árabe, que murió en el fuego cruzado de los primeros momentos del ataque. Cabe suponer que la vida cotidiana estaría marcada por una estricta separación de género y que Bin Laden pasaría buena parte del tiempo con sus acompañantes masculinos.

Los vídeos hallados en su residencia muestran que cuidaba su imagen, pues se teñía la barba para que mantuviera el color negro de antaño, y ensayaba ante la cámara los discursos que luego aparecerían en numerosos sitios de Internet. Por otra parte, también se localizó un diario que había llevado en los últimos años, del que hasta ahora se han dado a conocer unos pocos fragmentos que revelan una cotidianeidad bastante trivial. Un día estuvo unas horas viendo televisión, en busca de reportajes sobre sí mismo, y se encontró con una entrevista de Sarah Palin, que le parecía una mujer estúpida y, sobre todo, una “tentadora” que se exhibía “prácticamente desnuda” [sic], mostrando el cabello, las muñecas, los tobillos, en fin, “todo”. Al parecer la obsesión saudí por el velo

genera marcados fetichismos.

En un aniversario del 11 de septiembre, en 2009, Bin Laden salió al patio para celebrarlo pegando tiros al aire, algo que a todos sus acompañantes, unos cobardes según él, les pareció una malísima idea porque podía llamar indebidamente la atención. Otra mañana se la pasó dándole vueltas a posibles ataques masivos en los Estados Unidos y a la fecha más adecuada para hacerlo, que debía ser "sagrada" para los americanos: ¿el 4 de julio quizá?, ¿o mejor el cumpleaños de Madonna? Al final convocó a quienes vivían con él, entendemos que solo a los varones, y les expuso su nuevo plan: un ataque al sistema de transporte público de Los Ángeles, "la Sodoma de nuestros días". Ello le puso del mejor humor: "Es bueno sentirse en el centro de todo otra vez". Quizá Bin Laden, como otros terroristas, mostrara síntomas del síndrome de Eróstrato, así llamado por aquel griego que en el siglo IV antes de Cristo prendió fuego al templo de Éfeso, una de las siete maravillas del mundo, con el confesado propósito de inmortalizar su nombre. Las autoridades no solo lo ejecutaron, sino que prohibieron bajo pena de muerte pronunciar su nombre, un saludable intento de no exaltar el ego de posibles imitadores que, sin embargo, tuvo poco éxito: dos milenios más tarde cualquiera puede encontrar a Eróstrato en Wikipedia.

Su patio en Abbotabad, en el que se sentaba a leer y reflexionar bajo un olivo, era un lugar solitario y pacífico en el que a veces se sentía aislado del mundo. La llegada del mensajero representaba una agradable distracción. Un día le llegaron a la vez mensajes secretos de Al Qaeda, baterías para el mando a distancia, catálogos de Ikea, que no entendía por qué se los mandaban, ya que nunca había pedido nada, y un vídeo pirata de Buscando a Nemo, con el que se divirtieron al verlo, cabe pensar que con los niños, aunque al final él lo condenó, suponemos que como un producto de la decadencia occidental. También tenían un club de lectura en el que por turnos alguien leía en voz alta a los demás, pero la elección del libro podía ocasionar disputas. Todos estaban hartos de que él insistiera en leer el Corán, decían que ya lo habían leído, pero a él en cambio le pareció fatal que Abu, probablemente Abu Ahmed al Kuwaiti, el fiel mensajero, escogiera una vez Las cenizas de Ángela, la divertida novela irlandesa de Frank McCourt. Por supuesto, no podía faltar el fútbol, pero en los octavos de final de la Champions

de este año Bin Laden se llevó una decepción cuando en la segunda vuelta el Barça le metió 3-1 al Arsenal. Dibujos animados de Pixar, best sellers de calidad y goles de Messi: como puede verse, ni siquiera la guarida del peor enemigo de Occidente se libraba de la omnipresente cultura popular de nuestros días.

La entrada más intrigante de estos extractos del diario de Bin Laden, publicados por un prestigioso periódico británico, corresponde al 30 de abril del 2011 y dice así: “Algo extraño está pasando en la vecindad. No puedo entenderlo del todo, pero hay algunas antenas adicionales en un tejado al otro lado de la calle, y una furgoneta blanca lleva ahí unos cuatro días. Me preocupé tanto que llamé a los ISI, pero me dijeron que me estaba volviendo paranoico” (The Guardian, 11-5-2011). Los ISI son los servicios de inteligencia militar de Pakistán, aunque antes de llegar a ninguna conclusión al respecto conviene recordar que la autenticidad de estos extractos no ha sido confirmada por ninguna fuente oficial. No sería extraño, sin embargo, que la filtración del último párrafo mencionado respondiera a un propósito de Washington de hacer ver a las autoridades pakistaníes que en la documentación de Bin Laden puede haber muchos datos comprometedores para sus servicios de inteligencia.

De hecho, hacía meses que la CIA vigilaba su residencia con teleobjetivos, cámaras de fotografía infrarroja y aparatos de escucha. La pista que les había conducido a ese barrio residencial de Abbotabad, muy lejos de las montañas del área fronteriza con Afganistán en la que se había supuesto que se ocultaba Bin Laden, había surgido años atrás a partir de los interrogatorios de un miembro de Al Qaeda detenido en Irak, Hasan Ghul. No se sabe qué tratamiento sufrió Ghul, ni si se le aplicaron algunas de las medidas de interrogatorio “reforzadas” que el gobierno de Bush había autorizado y que se asemejan extraordinariamente a prácticas de tortura, tales como someter a los sospechosos a violentos empujones contra las paredes, hacerles permanecer atados en posturas forzadas, privarles de sueño durante periodos de incluso una semana o el notorio waterboarding, consistente en cubrir la boca y la nariz del interrogado con un paño que luego se moja para que no transpire, provocando así una angustiosa sensación de asfixia. Lo cierto es que Ghul cooperó con sus interrogadores y mencionó a un

mensajero que tenía la confianza de Bin Laden y de Khaled Sheik Mohamed, el arquitecto de los atentados del 11-S, que había sido capturado en Pakistán y entregado a los Estados Unidos. Sabemos que en el tiempo que pasó en un centro de detención clandestino, antes de ser conducido a Guantánamo, Mohamed fue sometido a un tratamiento brutal que incluyó 183 sesiones de waterboarding. Tras la confesión de Ghul, y meses después de aquellas sesiones, Mohamed fue interrogado sobre la identidad del mensajero, pero no reveló nada, y lo mismo ocurrió con su sucesor como jefe operativo de Al Qaeda, Abu Faraj al Libi, detenido a su vez en el 2005 (The New York Times, 3-5-2011).

La CIA terminó por averiguar la identidad del mensajero, Abu Ahmed al Kuwaiti, y lo localizó en Pakistán, hasta averiguar que residía con su hermano y bajo una identidad falsa en la hoy famosa casa de Abbotabad. Aquel gran edificio dotado de medidas de seguridad en el que residía un importante mensajero de Al Qaeda podía ocultar a alguien de importancia, lo que explica por qué fue vigilado durante meses, hasta que el presidente Obama optó por autorizar su asalto. La operación fue coordinada por la CIA, pero efectuada por miembros de la más importante unidad de operaciones especiales de las fuerzas armadas americanas, los Navy Seals. Llegados en dos helicópteros en plena noche, cuando en Pakistán era ya el día 2 de mayo, los comandos actuaron con contundente eficacia. La primera versión de lo ocurrido, proporcionada por el consejero de Seguridad Nacional de Obama, John Brennan, sostenía que en el momento de su muerte Bin Laden estaba armado y que utilizó como escudo humano a una mujer que también fue abatida; pero a medida que las declaraciones de los Navy Seals permitieron conocer con mayor precisión los hechos, esa versión se vino abajo y, finalmente, el portavoz de la Casa Blanca la desmintió. Bin Laden no estaba armado y no hubo intercambio de disparos en el edificio principal. El único miembro de Al Qaeda que hizo fuego fue el mensajero Abu Ahmed al Kuwaiti, quien lo hizo desde la segunda vivienda y cayó muerto por disparos de comandos junto a una mujer que también estaba allí. A continuación los Navy Seals entraron en la casa principal, mataron al hermano del mensajero, encontraron en la escalera a un hijo de Bin Laden de veintidós años, a quien también mataron, y llegaron al dormitorio de Osama, donde la esposa con quien estaba se precipitó hacia ellos

y resultó herida en la pierna, mientras que el jefe de Al Qaeda recibió un disparo mortal (The New York Times, 4-5-2011). El director de la CIA declaró en una entrevista a la NBC que los comandos tenían orden de matarlo, pero que si hubiera levantado los brazos y se hubiera rendido, lo habrían capturado.

A las pocas horas del discurso de Obama aparecieron en los foros yihadíes de Internet mensajes que calificaban a Bin Laden de mártir y llamaban a sus seguidores a continuar la lucha contra quienes eran denominados en uno de ellos "los adoradores de la Cruz". Un prolífico visitante de tales foros escribió lo siguiente: "Nosotros le decimos a Obama que no lloraremos a Osama, no mostraremos pena por su muerte, no recibiremos condolencias ni escribiremos lamentaciones. Os permitiremos celebrarlo por unos días y después reasumiremos la guerra del islam contra los herejes". El portavoz de los talibanes pakistaníes declaró, según Al Jazeera, que en respuesta a aquella muerte ellos atacarían en primer lugar a las autoridades civiles y militares de Pakistán y, en segundo lugar, a los Estados Unidos. Omar Bakri, durante años uno de los más radicales predicadores islamistas de Londres, y que había huido a Líbano tras los atentados del 2005 en la capital británica, declaró lo siguiente: "La noticia de que el jeque Osama bin Laden ha muerto como un mártir es a la vez triste y gozosa: triste porque era nuestro líder en esta expansión árabe, y gozosa porque ha logrado aquello que ansiaba, la muerte del mártir" (ICT, 2011).

La reacción más común de los líderes mundiales ante la noticia fue positiva. Ban Ki-moon, secretario general de Naciones Unidas, declaró que se sentía aliviado; y la canciller Angela Merkel dijo que se alegraba. Pero no faltaron tampoco las críticas ante lo expeditivo de la operación por parte de defensores de los derechos humanos, juristas, intelectuales e incluso políticos. A Merkel se le reprochó su comentario y un miembro de su propio partido cristianodemócrata dijo que esa manera de reaccionar le parecía medieval. En particular, la alegría que estalló en Nueva York al saberse la noticia, por ejemplo entre los jóvenes que se congregaron ante la Casa Blanca en un ambiente que, a juzgar por las fotografías, recordaba la celebración de un triunfo futbolístico, irritó a bastantes comentaristas europeos. El director del semanario francés L'Express llegó a decir que manifestar en las calles la alegría por la muerte de

Bin Laden equivalía a imitar a los bárbaros con turbante que habían bailado la noche del 11 de septiembre. Por su parte, un abogado británico que defiende al fundador de WikiLeaks Julian Assange comentó en la BBC que la operación contra Bin Laden le recordaba la justicia de la reina del país de las maravillas: "Primero la sentencia, el juicio luego". Pero quien quizá mejor expresara el sentimiento mayoritario de los europeos fue el ministro de Asuntos Exteriores holandés, quien comentó que la desaparición de Bin Laden era un hecho histórico, pero que habría sido preferible capturarlo vivo para que respondiera de sus crímenes ante un tribunal. No faltó, por último, quien sacudiera el sentimiento de autocomplacencia europeo por nuestra superioridad moral, al observar que los bombardeos de Libia, en los que se había intentado matar al coronel Gadafi pero en los que participaban aviones europeos, no habían sido ni mucho menos tan criticados como la operación de Abbotabad (The New York Times, 5-5-2011).

En España, el presidente Rodríguez Zapatero declaró en las Cortes que a él, como a todos los demócratas, le habría gustado que Bin Laden respondiera ante la justicia, pero que probablemente se había buscado él mismo su destino con su sanguinaria trayectoria. Ello le valió una crítica del diputado de Izquierda Unida Gaspar Llamazares, para quien se había producido un "asesinato extrajudicial al margen de la legalidad internacional". Zapatero le replicó con la afirmación de que Bin Laden era "uno de los criminales más sádicos de la historia" y recordó los atentados del 11-S, pero no mencionó los del 11-M. Estos salieron en cambio a colación el 2 de mayo, día de la fiesta de la Comunidad de Madrid, cuando su presidenta Esperanza Aguirre declaró en respuesta a un periodista que Bin Laden jamás había reconocido como obra de Al Qaeda los atentados de Madrid y que la justicia tampoco lo había establecido, pero que estaba de acuerdo con Obama en que su muerte era un paso adelante en la lucha contra el terrorismo. Por su parte, el alcalde de la capital, Alberto Ruiz Gallardón, declaró que el mundo era más seguro tras la muerte de "uno de los máximos responsables de los crímenes más atroces contra la humanidad", pero tampoco mencionó el 11-M. Así que la muerte de Osama bin Laden pasó sin dar lugar a la más mínima reflexión sobre su posible y, en mi opinión, más que probable papel como inspirador de unos atentados que costaron la vida a 191 madrileños, dejaron duraderas

secuelas en muchos heridos y un doloroso recuerdo en sus familiares y amigos. En cambio mucha gente, en particular entre los votantes de Aguirre, sigue probablemente pensando que los verdaderos culpables fueron otros.

Resta, en fin, una importante cuestión de fondo: ¿fue una acción de guerra o una ejecución extrajudicial? El diario El País se la planteó en una encuesta de urgencia a varias personalidades españolas y extranjeras, cuyas respuestas no coincidieron. A Antonio Remiro, catedrático de Derecho Internacional, la operación le recordaba a la justicia del lejano Oeste, en la que se buscaba al delincuente "muerto o vivo", y afirmaba que se había actuado al margen de las leyes internacionales, e incluso del derecho de guerra, si es que este era aplicable en el caso, algo de lo que parecía dudar. En cambio para Antonio Marquina, catedrático de Relaciones Internacionales, resultaba evidente que había sido un acto de guerra y como tal no era ilegal, porque respondía al derecho de legítima defensa de los Estados Unidos, que habían sido atacados el 11 de septiembre (El País, 5-5-2011). A Antonio Elorza, catedrático de Ciencias Políticas, que veía en algunas críticas progresistas de la operación un reflejo de "antiamericanismo primario", tampoco le cabía duda de que había sido un acto de guerra, una opción preferible a la del arresto y juicio, dadas las circunstancias: "Un juicio en Estados Unidos hubiera sido una plataforma de propaganda para Bin Laden, la llamada para una secuencia interminable de atentados y secuestros para liberarle, y por fin su conversión en shahid, en mártir" (El País, 23-5-2011).

Desde España, un país donde apenas se concibe que en ciertas ocasiones el empleo de las fuerzas armadas en misiones de combate pueda ser una opción apropiada, y que de hecho participa en misiones en Afganistán o Libia sin admitir que se trata de países en situación de guerra, las apelaciones al derecho de guerra tienen muy poco eco en la opinión pública. No ocurre lo mismo en los Estados Unidos, donde el recurso a la fuerza puede alcanzar un amplio respaldo social, como ha ocurrido en este caso, pero ello no implica que allí impere la ley del salvaje Oeste ni la de la Reina Roja del país de las maravillas. De hecho, la legalidad de las decisiones gubernamentales es siempre sometida a escrutinio, por lo que la Casa Blanca no toma decisión alguna sin asesoramiento legal.

En concreto la decisión de Obama de autorizar una operación que podía fácilmente concluir en la muerte de Bin Laden se apoya en una resolución del Congreso, adoptada poco después de los atentados del 11-S, que autoriza al presidente a emplear "toda la fuerza necesaria y apropiada" contra aquellas naciones, organizaciones o personas que planearon, autorizaron, cometieron o colaboraron en aquellos atentados, o que den cobijo a esas organizaciones o personas, con el objetivo de evitar que cometan nuevos atentados terroristas contra los Estados Unidos. Para ello, en este caso Obama recurrió a una operación encubierta, una decisión que el presidente está autorizado a tomar en función de sus atribuciones legales (Rollins, 2011).

Puesto que nadie duda de la responsabilidad de Bin Laden y Al Qaeda en los atentados del 11-S, ni su disposición a impulsar nuevos atentados contra los Estados Unidos, la operación tenía por tanto pleno respaldo legal desde el punto de vista del Derecho estadounidense, lo que no supone que no tenga aspectos debatibles desde el punto de vista internacional. El derecho a la legítima defensa de una nación agredida, y Estados Unidos lo fue por Al Qaeda el 11 de septiembre del 2001, es universalmente admitido, pero una operación encubierta en el territorio de un Estado soberano en el que se emplean unidades militares cuyas órdenes implican la muerte del enemigo si este no se rinde al instante, plantea diversos problemas respecto al Derecho internacional y a los derechos humanos.

Dentro de los Estados Unidos ha surgido también el debate sobre si en la operación de Abbotabad se ha violado una Orden Ejecutiva en vigor desde 1976, adoptada a raíz de las revelaciones sobre la implicación de la CIA en intentos de asesinato de gobernantes extranjeros como Fidel Castro, y si se ha cometido una "ejecución extrajudicial". En el foro de debate que sobre la muerte de Bin Laden ha abierto en Internet la prestigiosa revista The New Yorker, uno de sus colaboradores, Raffi Khatchadourian, ha publicado un interesante comentario en el que se descartan ambas posibilidades, para sostener que se trató de una acción de guerra y que su legalidad debe ser abordada desde ese punto de vista. El planteamiento de Khatchadourian es que, dada la porosidad de la frontera entre Afganistán y Pakistán y la presencia de insurgentes

afganos en suelo pakistaní, las operaciones al otro lado de la frontera se han convertido en una necesidad táctica. De hecho, agentes de la CIA y de las fuerzas armadas de los Estados Unidos han actuado en territorio pakistaní con cierto grado de autorización por parte del gobierno de ese país; soldados de las Fuerzas Especiales han apoyado a las tropas pakistaníes en combates contra insurgentes en las áreas fronterizas; y en los últimos años se han multiplicado los ataques de aviones no tripulados, drones, en territorio pakistaní, que han causado graves daños a los talibanes afganos y un cierto número de víctimas civiles. De hecho la guerra de Afganistán se viene combatiendo a ambos lados de la frontera y, en ese sentido, la operación de Abbotabad, aunque efectuada más al interior del país, no carece de precedentes. En cuanto a la decisión de disparar a matar a Bin Laden, es coherente con las normas de una acción de guerra, según las cuales un combatiente enemigo puede ser abatido a primera vista. Por supuesto ello supone una actuación extrajudicial, pero todas las acciones de guerra lo son. "Sentirse inquieto por tales operaciones es, en cierto sentido, sentirse inquieto por la guerra misma" (Khatchadourian, 2011).

Capítulo 10. El fin de una era

La importancia simbólica de la operación de Abbotabad es indudable y, en ese sentido, puede representar el fin de una era que comenzó diez años antes, cuando los atentados del 11 de septiembre pusieron término al periodo optimista de los inicios de la posguerra fría, en que los grandes conflictos parecían un mal recuerdo y el mundo se disponía a disfrutar tranquilamente de los dividendos de la paz. Aquel 11 de septiembre se hizo realidad aquello que nunca había llegado a producirse durante la guerra fría, un ataque directo contra el territorio de los Estados Unidos. No lo protagonizó una nación enemiga, como durante años se había temido, sino miembros suicidas de una organización de la que casi nadie había oído hablar hasta entonces. Ello hizo que durante toda la primera década del siglo XXI la amenaza terrorista, que se tradujo en brutales atentados perpetrados en Madrid, en Londres, en Moscú, en Bombay o en Bali, se convirtiera en una obsesión permanente para los gobiernos y para los medios de comunicación. A ello se sumó la guerra contra el terror del presidente Bush, que dio lugar a prolongados conflictos con la mayor participación de tropas americanas en combate desde los lejanos años de la guerra de Vietnam. De nuevo como entonces, grandes periodistas empotrados en unidades militares que combatían en Irak (Filkins, 2009) o en Afganistán (Junger, 2011) pudieron describir el rostro terrible de la guerra tal como lo veían los soldados de primera línea.

La desaparición de Bin Laden se produce en un momento en que la intensidad de los ataques terroristas se ha reducido en casi todo el mundo, el sangriento conflicto iraquí parece acercarse a su final y las revueltas de la primavera árabe abren las puertas de un cambio pacífico en el mundo musulmán. Esto no significa que el terrorismo de inspiración yihadí vaya a desaparecer a corto plazo, pero sí que el mensaje de Osama bin Laden había perdido buena parte de su atractivo antes de que un comando americano lo matara. El escaso poder de convocatoria que han tenido las manifestaciones de

protesta por su muerte son un indicio de que, aunque muchos le admiraran, no era ya un líder significativo en el mundo musulmán. La aureola del martirio quizá contribuya a que su memoria se perpetúe, pero a su vez ha puesto fin a un mito importante, el de su invulnerabilidad, que sin duda servía de poderoso estímulo para sus seguidores.

La imagen de Bin Laden y Al Qaeda en la opinión pública musulmana era ambigua, pues si bien muchos veían favorablemente sus propósitos y admiraban su valor al desafiar a las grandes potencias mundiales, pocos aprobaban sus atentados contra objetivos civiles. Según dos encuestas recientes del World Public Opinion, un proyecto de la Universidad de Maryland, muchos de los objetivos proclamados por Al Qaeda tienen el apoyo mayoritario de la opinión pública musulmana en Egipto, Indonesia, Pakistán y Marruecos. Por ejemplo, casi nueve de cada diez musulmanes egipcios apoyaban hace un par de años objetivos como forzar la retirada de los Estados Unidos de los países musulmanes, lograr que Washington cese en su apoyo a Israel o evitar la penetración de los valores occidentales en los países musulmanes; y dos de cada tres eran también favorables a la implantación de la sharia. Sin embargo, solo el 20 por ciento de los musulmanes egipcios, el 15 por ciento de los pakistaníes y el 10 por ciento de los indonesios y los marroquíes declaraban apoyar los ataques de Al Qaeda contra los Estados Unidos. En cuanto a la opinión sobre Bin Laden, variaba mucho entre los musulmanes de los distintos países: más de la mitad de los palestinos y casi la mitad de los egipcios tenían una opinión favorable de él, pero el 70 por ciento de los turcos tenía una opinión negativa, mientras que admiradores y detractores estaban casi equilibrados en Indonesia, Pakistán y Marruecos (WPO, 2009).

Las encuestas del Pew Research Center, una fundación independiente con sede en los Estados Unidos, revelan sin embargo un dato del mayor interés: en los últimos años se ha producido un notable declive tanto en la confianza de los musulmanes en Bin Laden como en el apoyo al terrorismo suicida. Entre el año 2003 y el 2010, la confianza en Bin Laden ha descendido del 59 por ciento al 25 por ciento entre los musulmanes indonesios, del 56 por ciento al 14 por ciento entre los jordanos, del 46 por ciento al 18 por

ciento entre los pakistaníes, del 15 por ciento al 3 por ciento entre los turcos y del 19 por ciento a un porcentaje insignificante entre los libaneses, tanto chiíes como suníes, mientras que solo entre los nigerianos se mantiene en torno al 50 por ciento. Respecto a la propia Al Qaeda, solo tienen una opinión favorable de ella los musulmanes nigerianos, muy enfrentados a sus compatriotas cristianos, mientras que tienen una imagen desfavorable el 72 por ciento de los musulmanes egipcios, el 74 por ciento de los turcos y nada menos que el 94 por ciento de los libaneses (PRC, 2010).

En conclusión, se puede afirmar que Bin Laden y Al Qaeda contaban con un respaldo popular nada desdeñable, pero sin duda en declive. Debe tenerse en cuenta además que esas encuestas son anteriores a la primavera árabe del 2011, en la que manifestaciones pacíficas han logrado lo que jamás consiguieron los terroristas yihadíes: derrocar a dictadores árabes que llevaban décadas aferrados al poder. En Túnez ha caído Ben Alí; en Egipto, Mubarak; en Libia, la intervención internacional a favor de los rebeldes puede llevar a la caída de Gadafi; en Bahrein, las protestas han sido reprimidas con ayuda de tropas saudíes; en Yemen, las protestas se prolongan; en Siria, los manifestantes desafían la feroz represión del régimen y Marruecos parece encaminarse por la senda de las reformas. El resultado final de esta oleada de protestas es todavía incierto, pero hay al menos dos conclusiones claras: que las potencias occidentales ya no están dispuestas a respaldar a unos dictadores, a quienes no ven como un eficaz baluarte contra el extremismo islamista sino como un factor de inestabilidad, y que el papel de Al Qaeda en las revueltas ha sido nulo. El mundo árabe ha pasado página y la sangrienta y fútil yihad contra los gobernantes apóstatas ha sido sustituida por una movilización pacífica como la que en las últimas décadas ha contribuido al triunfo de la democracia en muchos países del mundo.

Como ha escrito un analista del Real Instituto Elcano, Al Qaeda ha sido, muy a su pesar, la gran ausente en todo este proceso de cambio político, por no haber podido articular un mensaje al que prestaran atención los manifestantes de Túnez, El Cairo o Bengasi (Torres, 2011). El primer mensaje de Bin Laden sobre el tema no ha sido divulgado por Al Qaeda hasta unos días después de su muerte, y solo alude a los casos de Túnez y Egipto, quizá porque había sido

grabado hace bastantes semanas, lo que muestra la incapacidad de la organización para seguir el ritmo de los acontecimientos. Su mensaje, por otra parte, se limita a mostrar su apoyo a las revueltas y apenas responde a la doctrina específica de Al Qaeda, sino que se limita a afirmaciones tan poco polémicas como estas: “El sol de la revolución se ha alzado en el Magreb. La luz de la revolución llega desde Túnez. Ha dado a la nación tranquilidad y ha hecho que el rostro de la gente resplandezca de felicidad” (The Washington Post, 19-5-2011).

Ahora bien, si las manifestaciones pacíficas pueden derribar a un tirano aliado de Occidente sin que las potencias occidentales hagan nada por evitarlo, ¿para qué hacen falta los atentados masivos? Sin embargo, algunos grupos yihadíes siguen a lo suyo: ha habido atentados atribuidos a las filiales locales de Al Qaeda en Argelia y Yemen y el 28 de abril del 2011 una bomba detonada a distancia y llena de clavos sembró el horror y causó diecisiete muertos en un café lleno de turistas en la popular plaza de Jamaa el Fna en Marrakech. Por otra parte, la rama magrebí de Al Qaeda ha negado su implicación en este último atentado (Agencia Reuter, 5-5-2011).

Lo más probable es que Al Qaeda siga actuando a corto y medio plazo, aunque con una intensidad decreciente, a lo que contribuirá también la desaparición de Bin Laden, a cuyo liderazgo carismático ningún sucesor podrá aspirar. Conviene recordar, por otra parte, que lo que denominamos Al Qaeda es en realidad una estructura compleja que combina el liderazgo central con las iniciativas locales mediante la articulación de cuatro círculos concéntricos: el núcleo central, localizado en Pakistán y debilitado por continuas operaciones americanas, de las que la de Abbotabad es la más importante; el integrado por las organizaciones directamente afiliadas, como las que llevan la denominación de Al Qaeda en Irak, en la península Arábiga y en el Magreb islámico, y otras más autónomas como Lashkar e Tayiba en Pakistán o Al Shabab en Somalia; en tercer lugar, otras redes menos estructuradas pero conectadas con el núcleo central, una categoría en la que posiblemente se encuadre el grupo del 11-M; y, finalmente, el variado conjunto de aquellos que se sienten impulsados a la acción por el discurso de Al Qaeda sin tener contacto con ella (Jones, 2011).

El fracaso crucial de Al Qaeda se produjo en Irak, donde intentó contribuir a una derrota de los Estados Unidos similar a la de los soviéticos en Afganistán, pero donde la brutalidad de su rama local terminó por desacreditarla a los ojos de los mismos árabes suníes a los que proclamaba defender. Aunque la violencia sigue muy presente hoy en Irak, parece que su sistema político, basado en un limitado entendimiento entre las tres comunidades étnicas del país, sobrevivirá a la próxima retirada de las tropas americanas. En el año 2010 los militares de la coalición internacional solo tuvieron sesenta muertos, frente a los casi mil anuales del periodo del 2004 al 2007 (ICasualties, 2011). En cuanto a las muertes civiles iraquíes, contabilizadas por un grupo independiente, fueron en el 2010 cuatro mil, una cifra horrenda, pero muy inferior a la de casi veintiocho mil del 2006, el peor año del conflicto (IBC, 2011).

En Afganistán, en cambio, el conflicto se ha intensificado en los últimos años, con lo que las tropas de la coalición internacional han sufrido más de seiscientas muertes en el 2010 frente a sesenta en el 2004, pero la contribución de Al Qaeda a la poderosa insurgencia talibán es muy poco relevante. En cuanto a Pakistán, la situación resulta extraordinariamente compleja, pues las autoridades han detenido y entregado a los Estados Unidos a importantes líderes de Al Qaeda, pero a su vez resulta difícil imaginar que la presencia de Bin Laden no fuera conocida por los poderosos servicios de inteligencia militares. Al Qaeda, sin embargo, no es más que un elemento en el panorama del terrorismo pakistaní, integrado por diversos grupos, algunos apoyados en su momento por los servicios de inteligencia y utilizados como instrumento en el inacabable enfrentamiento con la India. No es sorprendente que el primer atentado en todo el mundo que se ha presentado como represalia por la muerte de Bin Laden, aunque sus motivaciones reales sean de carácter más local, haya tenido lugar en Pakistán, donde el 13 de mayo un ataque suicida contra una academia de la guardia de fronteras causó más de ochenta muertes en la localidad de Charsabad. Se estima que en el 2010 Pakistán fue el tercer país más afectado por atentados terroristas, con un balance de algo más de 2.500 muertos, frente a 3.200 en Irak y más de 3.600 en Afganistán. Esos tres países sufrieron en el 2010 el 70 por ciento de las muertes por terrorismo que se produjeron en el mundo (NCTC, 2011).

La trayectoria de Osama bin Laden responde a fuerzas diversas, unas profundas y otras circunstanciales, como la tensión entre las tradiciones islámicas y la modernidad, el resentimiento ante la hegemonía occidental, el fracaso de los regímenes árabes en satisfacer las aspiraciones de sus pueblos, el recuerdo glorioso del primigenio islam guerrero, la fascinación por la muerte y el martirio, el ejemplo de otros grupos terroristas o las ilimitadas expectativas generadas por la derrota soviética en Afganistán. En ese contexto la aportación específica de Osama bin Laden y de Al Qaeda fue simple, inteligente y perversa. Se basó en la intuición de que en un mundo saturado de terrorismo todavía se podía obtener un eco descomunal si los atentados tenían una magnitud y una fuerza visual que les diera acceso a todas las pantallas de televisión del mundo. Lo lograron con los atentados del 11-S y lograron también el esperado efecto de que los Estados Unidos invadieran tierras musulmanas. Pero no consiguieron que de ello se derivara la segunda victoria afgana que deseaban y su mensaje fue perdiendo atractivo a medida que la victoria se alejaba. Hasta que, un día, un joven vendedor ambulante tunecino se sintió humillado y se inmoló como protesta, sin utilizar la violencia contra nadie que no fuera él mismo. Ese día empezó una nueva etapa de la historia árabe, que no sabemos a dónde conducirá, pero en la que Al Qaeda resulta irrelevante. Osama bin Laden había muerto como líder ya antes de que un soldado le disparara en su último refugio de Abbotabad.

Fuentes y bibliografía

Fuentes documentales

11-S: el informe. Comisión Nacional de Investigación (2005): Extracto del informe final de los atentados terroristas contra Estados Unidos, Barcelona, Paidós.

Al Zawahiri, Ayman (2001): "Al-Sharq Al-Awsat publishes extracts from Al-Jihad leader Al-Zawahir new book" (Knights under the Prophet's banner) [www.fas.org/irp/world/para/ ayman_bk.html].

— (2005): Letter from al-Zawahiri to al-Zarqawi, 9-7-2005 [http:// www. globalsecurity.org/security/library/report/2005/zawahiri-zarqawi-letter_9jul2005.htm].

Atiyá Abd al Rhaman (2005): Letter from Atiyah to al-Zarqawi, dic. 2005 [http://www.ctc.usma.edu/wp-content/uploads/2010/08/ CTC-AtiyahLetter.pdf].

Audiencia Nacional (2006a): Auto del juez Juan del Olmo, 10 de abril de 2006, Juzgado Central de Instrucción nº 6 de la Audiencia Nacional, sumario 20/2004.

— (2006b): Auto del juez Juan del Olmo, 5 julio de 2006, Juzgado Central de Instrucción nº 6 de la Audiencia Nacional, sumario 20/2004.

— (2007a): Informe de la fiscal Olga Emma Sánchez Gómez a la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional, 4-6-2007, sumario 20-2004.

— (2007b): Informe de la fiscal Olga Emma Sánchez Gómez a la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional, 7-11-2007, sumario

20-2004.

Azzam, Abdullah (1987): Join the caravan [www.religioscope.com/ info/ doc/jihad/jihadfile.htm].

Bin Laden, Osama (1996): Declaration of war against the Americans occupying the land of the two holy places, 23-8-1996 [http:// www.pbs.org/ newshour/terrorism/international/ fatwa_1996.html#].

— (2001): Transcript of Usama Bin Laden videotape, nov. 2001 [http:// www.defense.gov/news/dec2001/d20011213ubl.pdf].

— (2004): Message to our neighbours north of the Mediterranean Sea, 15-4-2004 [http://www.freerepublic. com/focus/f-news/1118204/posts].

IBC (2011): The Irak Body Count Project [http:// www.iraqbodycount.org/database/].

ICasualties (2011): Operation Iraki Freedom, Operation Enduring Freedom Afghanistan [http://icasualties. org/]

NCTC (2011) National Counterterrorism Center: Worldwide Incidents Tracking System [https://wits.nctc. gov/ FederalDiscoverWITS/index.do?N=0].

NSA (2011a): The Osama Bin Laden file, National Security Archive Electronic Briefing Book No. 343 [http:// www.gwu.edu/ ~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB343/index.htm].

— (2011b): Pakistan Bin Laden policy, National Security Archive Electronic Briefing Book No. 344 [http:// www.gwu.edu/ ~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB344/index.htm].

PRC (2010): “Obama More Popular Abroad than at Home, Global Image of U.S. Continues to Benefit, 22-Nation Pew Global Attitudes Survey”, Pew Research Center [http://pewresearch.org/pubs/1630/ obama-more-popular-abroad-global-american-image-benefit-22-nation-global-survey].

Qutb, Sayid (1964): Milestones [www. youngmuslims.ca/online-

library/ books/milestones].

Tareekh Osama Memo [http://intelfiles.egoplex.com/1988-08-11-founding-of-al-qaeda.pdf].

USA v. Arnaout (2001): "United States of America versus Arnaout: Government´s evidentiary proffer supporting the admissibility of co-conspirator statements" [http://fl1. findlaw.com/ news.findlaw.com/wsj/docs/bif/usarnaout10603prof. pdf].

US PDB (6-8-2001): President Daily Brief: "Bin Laden determined to strike in US" [http://www.gwu.edu/ ~nsarchiv/NSAEBB/ NSAEBB343/osama_bin_laden_file02.pdf].

US State (22-8-1998): "Taliban´s Mullah Omar's 8/22 contact with State Department" [http://www. gwu.edu/ ~nsarchiv/NSAEBB/ NSAEBB134/Doc%202.pdf].

Wikipedia, the free encyclopedia [http://en.wikipedia.org].

WPO (2009): "Public opinion in the Islamic world on terrorism, al Qaeda and US policies" World Public Opinion [http:// www.worldpublicopinion.org/pipa/pdf/feb09/ STARTII_Feb09_rpt.pdf].

Bibliografía

Abou Zahab, M. y Roy, O. (2002): Réseaux islamiques: la connexion afghano-pakistanaise, París, Autrement.

Arístegui, Gustavo (2004): El islamismo contra el Islam, Barcelona, Ediciones B.

— (2005): La Yihad en España: la obsesión por reconquistar Al-Andalus, Madrid, La Esfera de los Libros.

Atran, Scott (2004): "Mishandling suicide terrorism", The Washington Quarterly, verano.

Avilés, Juan (2009a): “De la yihad clásica al terrorismo yihadí”, Revista de Historia Militar, número extraordinario.

— (2009b): “Los atentados del 11-M y el movimiento yihadista global”, Historia del Presente, 14.

Benjamin, D. y Simon, S. (2003): The age of sacred terror, Nueva York, Random House.

Bergen, Peter (2002): Guerra Santa, S.A, Barcelona, Random House Mondadori.

— (2007a): Osama de cerca: una historia oral del líder de Al-Qaeda, Madrid, Debate.

— (2007b): “War on error: how Osama Bin Laden beat George W. Bush”, The New Republic, 22-10-2007.

— (2009): “The battle for Tora Bora“, The New Republic, 22-12-2009.

Bergesen, Albert (ed.) (2007): The Sayyid Qutb Reader: selected writings on politics, religion, and society, Londres, Routledge.

Berman, Paul (2004): Terror and liberalism, Nueva York, W. W. Norton.

Bin Laden, Najwa, Bin Laden, Omar y Sasson, Jean (2009): Growing up Bin Laden: Osama’s wife and son take us inside their secret world, Nueva York, St. Martin’s.

Bin Ladin, Carmen (2004): Un reino lejano: mi vida con la familia Bin Laden, Madrid, Temas de Hoy.

Blanchard, Christopher M. (2007): “Al Qaeda: statements and evolving ideology”, Congressional Research Service, CRS Report for Congress.

Borowitz, Albert (2005): Terrorism for self-glorification: the Herostratos syndrome, Kent State University Press.

Burke, Jason (2003): Al Qaeda: casting a shadow of terror, Londres,

I.B. Tauris.

Campanini, Massimo (2004): Il Corano e la sua interpretazione, Roma, Laterza.

Clarke, Richard A. (2004): Contra todos los enemigos: la lucha antiterrorista de Estados Unidos vista desde dentro, Madrid, Taurus.

Coll, Steve (2004): Ghost wars: the secret history of the CIA, Afghanistan, and bin Laden, from the Soviet invasion to September 10, 2001, Londres, Penguin Books.

—(2008): Los Bin Laden: una familia árabe en un mundo sin fronteras, Barcelona, RBA.

Cook, David (2005): Understanding yihad, Berkeley, University of California Press.

—(2007): Martyrdom in Islam, Cambridge University Press.

Corte Ibáñez, L. y Jordán, J. (2007): La yihad terrorista, Madrid, Síntesis.

Cozzens, Jeffrey B. (2009): "Al-Takfir wa'l Hijra: unpacking an enigma", Studies in Conflict and Terrorism, 32.

Crenshaw, Martha (1990): "The logic of terrorism: terrorist behaviour as a product of strategic choice", en W. Reich (ed.): Origins of terrorism, Washington, Woodrow Wilson Center.

Da Lage, Olivier (2006): Géopolitique de l'Arabie Saudite, Bruselas, Complexe.

Elorza, Antonio (2004): "Anatomía de la yihad en el Corán y los hadices", en F. Reinares y A. Elorza: El nuevo terrorismo islamista, del 11-S al 11-M, Madrid, Temas de Hoy.

Filkins, Dexter (2009) La guerra eterna: partes desde la guerra contra el terrorismo, Barcelona, Crítica.

Fishman, Brian (2009): "Dysfunction and decline: lessons learned from inside Al Qaeda in Irak", The Combating Terrorism Center at

West Point.

Glucksmann, André (2002): Dostoievski en Manhattan, Madrid,Taurus.

Hersh, Seymour M. (2004): Obediencia debida: del 11-S a las torturas de Abu Ghraib, Madrid, Aguilar.

ICT (2011): The death of Osama Bin Laden: special report, Herzliya, International Institute for Counter-Terrorism.

Jiménez Martín, Domingo (2009): "Análisis cuantitativo del terrorismo internacional en Europa occidental, 1968-2008", Athena Intelligence Journal.

Jones, Seth G. (2009): In the graveyard of empires: America's war in Afghanistan, Nueva York, Norton.

— (2011): "Al Qaeda´s persistent sanctuary", Real Instituto Elcano, ARI 67/2009.

Jordán, Javier (2010): "La evolución del terrorismo yihadista global después del 11-S", en J. Jordán, P. Pozo y M. G. Gunido (eds.): Terrorismo sin fronteras, Pamplona, Aranzadi/ Thompson Reuters.

Jordán, J., y Horsburgh, N. (2005): "Mapping jihadist terrorism in Spain", Studies in Conflict and Terrorism, 28.

Jordán, J., Mañas, F. M. y Horsburgh, N. (2008): "Strenghts and weaknesses of grassrooot jihadist networks: the Madrid bombings", Studies in Conflict and Terrorism, 31.

Junger, Sebastian (2011): Guerra, Barcelona, Crítica.

Kalpakian, Jack (2005): "Building the human bomb: the case of the 16 May 2003 attacks in Casablanca", Studies in Conflict and Terrorism, 28.

Kepel, Gilles (2000): Jihad: expansion et decline de l'islamisme, París, Gallimard.

— (2004): Fitna: guerre au Coeur de l'Islam, París, Gallimard.

Khatchadourian, Raffi (2011): “Bin Laden: the rules of engagement” [http://www.newyorker.com/online/ blogs/newsdesk/2011/05/ bin-laden-the-rules-of-engagement. html].

Kirby, Aidan (2007): “The London bombers as ‘self-starters’: a case study in indigenous radicalization and the emergence of autonomous cliques”, Studies in Conflict and Terrorism, 30.

Kohlmann, Evan (2010): “A beacon for extremists: the Ansar al-Mujahideen web forum”, CTC Sentinel, 3.

Lawrence, Bruce (ed.) (2005): Messages to the world: the statements of Osama Bin Laden, Londres, Norton.

Lia, Brynjar y Hegghammer, Thomas (2004): “Jihadi strategic studies: the alleged Al Qaida policy study preceding the Madrid bombings”, Studies in Conflict and Terrorism, 27.

Malalana, Antonio (2010): “Los atentados de Madrid del 11 de marzo de 2004 en la primera historiografía”, Spagna Contemporanea, 37.

Michavila, Narciso (2005): “Guerra, terrorismo y elecciones: incidencia electoral de los atentados islamistas en Madrid”, Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, DT 13/2005.

Musallam, Adnan (2005): From secularism to jihad: Sayyid Qutb and the foundations of radical Islam, Westport, Praeger.

Nacos, Brigitte L. (2002): Mass-mediated terrorism, Lanham, Rowman & Littlefield, 2002.

— (2009): “Revisiting the contagion hypothesis: terrorism, news coverage and copycat attacks”, Perspectives on Terrorism, 3.

Nesser, Petter (2006): “Jihadism in Western Europe after the invasion of Iraq: tracing motivational influences from the Iraq war on jihadist terrorism in Western Europe”, Studies in Conflict and Terrorism, 29.

— (2008): “Chronology of Jihadism in Western Europe 1994-2007:

planned, prepared and executed terrorist attacks", Studies in Conflict and Terrorism, 31.

Pape, Robert (2006): Morir para ganar: las estrategias del terrorismo suicida, Barcelona, Paidós.

Pargeter, Alison (2008): The new frontiers of jihad, radical Islam in Europe, Londres, I.B. Tauris.

Racine, Jean-Luc (2002): Cachemire au péril de la guerre, París, Autrement.

Raphaeli, Nimrod (2002): "Ayman Muhammad Rabi' Al-Zawahiri: the making of an arch-terrorist", Terrorism and Political Violence, 14.

Reinares, Fernando (2010a): "A new composite global terrorism threat to western societies from Pakistan? Making sense of the January 2008 suicide bomb plot in Barcelona", Real Instituto Elcano, WP 28/2010.

— (2010b): "The Madrid bombings and global jihadism", Survival, 52.

— (2011): "Después de Osama Bin Laden: ¿cómo quedan al-Qaeda y el terrorismo global?", Real Instituto Elcano, ARI 83/2011.

Reinares, Fernando y Elorza, Antonio (2004): El nuevo terrorismo islamista: del 11-S al 11-M, Madrid, Temas de Hoy.

Reuter, Christopher (2004): My life is a weapon: a modern history of suicide bombing, Princeton, NJ, Princeton University Press.

Rollins, John (coord.) (2011): Osama bin Laden's Death: Implications and considerations, Congressional Research Service, CRS Report for the Congress.

Sageman, Marc (2004): Understanding terror networks, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

— (2008): Leaderless jihad: terror networks in the twenty-first century, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

Scheuer, Michael (2011): Osama Bin Laden, Oxford, Oxford University Press.

Seib, Philip (2008): “The Al-Qaeda media machine”, Military Review, mayo-junio.

Strenski, Ivan (2003): “Sacrifice, gift and the social logic of Muslim human bombers”, Terrorism and Political Violence, 15.

Torres Soriano, Manuel (2009): El eco del terror: ideología y propaganda del terrorismo yihadista, Madrid, Plaza y Valdés.

— (2011): “¿Qué nos dice la propaganda yihadista sobre las revueltas del Norte de África?”, Real Instituto Elcano, ARI 63/2011.

Vidino, Lorenzo (2005): Al Qaeda in Europe, Nueva York, Prometheus Books.

Weimann, Gabriel (2004): “www. terror.net: how modern terrorism uses the Internet”, United States Institute of Peace, Special Report 116.

Wiktorowicz, Quintan (2005): “A genealogy of radical Islam”, Studies in conflict and Terrorism, 28.

Wright, Lawrence (2006): The looming tower: Al Qaeda and the road to 9/11, Nueva York, Knopf.

Zimmerman, John C. (2004): “Sayyid Qutb’s influence on the 11 September attacks”, Terrorism and Political Violence, 16.

Textos sagrados (se han citado conforme a las siguientes versiones)

El Corán, Edición preparada por Julio Cortés, Barcelona, Herder, 2005.

Sagrada Biblia, versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, Madrid, Biblioteca de Autores

Cristianos, 1966.

Table of Content

Créditos

Capítulo 1. El terrorista millonario. ¿Era tan rico Osama bin Laden?

Capítulo 2. Afganistán y la conexión americana. ¿Ayudó la CIA a Bin Laden?

Capítulo 3. Hacia la ‘yihad’ global. ¿Cómo nació Al Qaeda?

Capítulo 4. El salafismo yihadí. ¿Es el islam responsable?

Capítulo 5. La estrategia de Al Qaeda. ¿Cuáles son sus objetivos?

Capítulo 6. Las Torres Gemelas. ¿Se pudo evitar el 11-S?

Capítulo 7. La guerra contra el terror. ¿Fue contraproducente la respuesta de Bush?

Capítulo 8. Bin Laden y España. ¿Intervino Al Qaeda en el 11-M?

Capítulo 9. Morir en Abbotabad. ¿Acción de guerra o ejecución extrajudicial?

Capítulo 10. El fin de una era

Fuentes y bibliografía